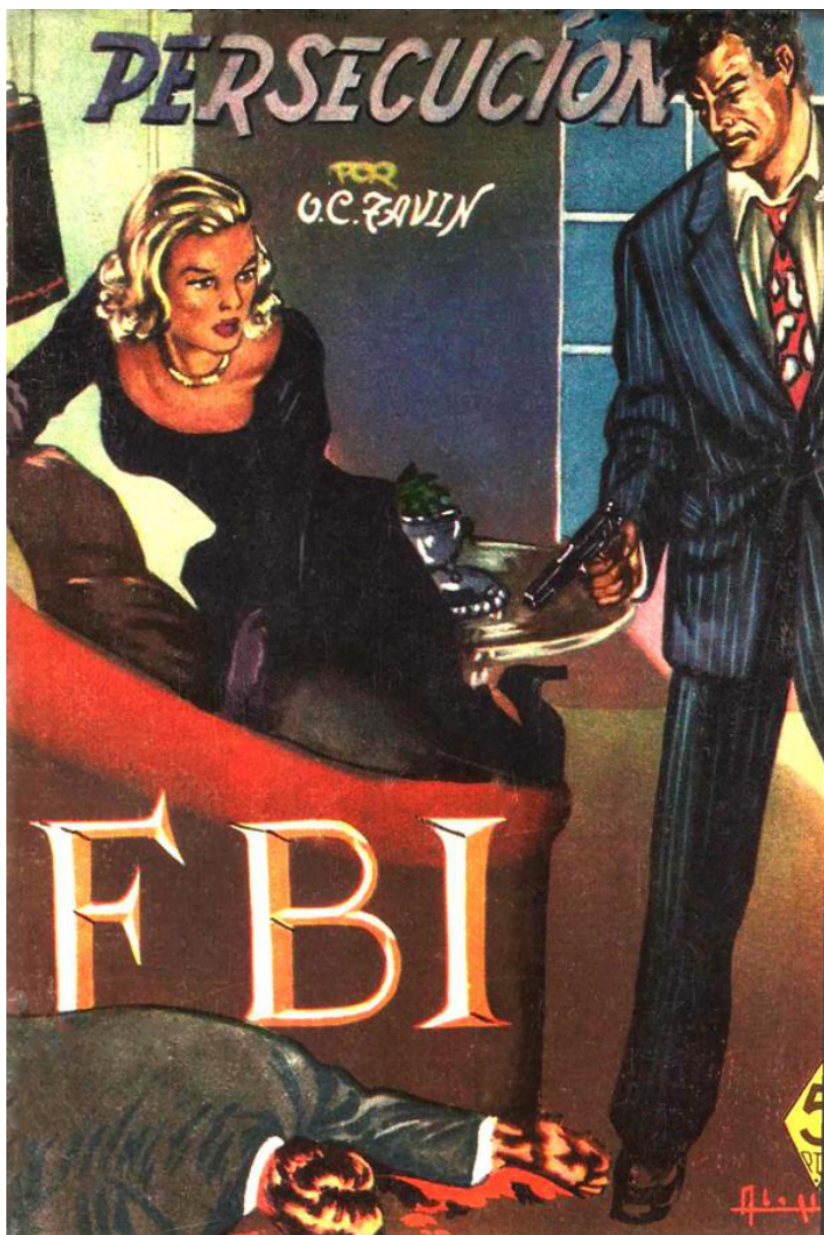




O. C. TAVIN

PERSECUCION



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1954
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

COLECCION F. B. I.

OBRAS PUBLICADAS

1. ¡Culpable! (7.ª ed.) (1).
4. El cobarde (3.ª ed.) (1).
8. La ruta de la locura (2.ª edición.) (3).
11. Shanghai (3.ª ed.) (1).
18. Tragedia en Berlín (2.ª edición.) (4).
19. Alta traición (2.ª ed.) (2).
20. Terror en la Academia de Quantico (2.ª ed.) (1).
21. El delator (6).
22. Armonías de muerte (3).
23. Destinos cruzados (1).
25. Una ciudad abierta (4).
27. La muerte alada (3).
28. Doctor X (1).
30. Trampas mortales (5).
31. Contrabando funesto (3).
32. Nueva York-San Francisco (7).
34. Muerte en el Caribe (6).
35. Secuestro (5).
83. Carne de horca (4).
84. Tráfico mortal (8).
92. ¡Sabotaje! (8).
93. La marca trágica (5).
94. Misión suicida (4).
95. Lucha a muerte (5).
96. Rebelión (3).
98. Caza mayor (4).
99. La muerte falsifica dólares (15).
100. Yo, director del F. B. I. (2.ª ed.) (1).
101. De Herward a Quantico (16).
103. Tragedia en Chinatown (14).
104. Soborno (3).
105. Vida en deuda (17).
108. Contraespías (18).
109. Noches de Nueva York (5).
110. ¡Aniquilados! (19).
111. La risa sardónica (3).
112. Chantaje (4).
113. Canon de protección (20).
114. El misterio de los locos del aire (21).
115. El hombre de Witechapel (5).
116. Al llegar la noche (8).
117. Ciudad vertical (22).
118. Hombres y bestias (1).
119. La máscara (3).
120. Destino manda (23).
121. Sin esperanza (4).
122. La tela de araña (24).
123. Una sombra... (5).
124. Sin nada que perder (4).
125. Fidelidad, Bravura, Integridad (3).
126. La ciudad prohibida (2).
127. Fatalidad (6).
128. Escalera de color (16).
129. La muerte blanca (15).
130. Ojo siniestro (3).
131. El espectro del pasado (25).
132. Club nocturno (8).
133. Persiguiendo cadáveres (26).
134. Prisión de oro (4).
135. Pasión inmortal (1).
136. ¿Volverá O'Regan? (5).
137. Cubil de alimañas (17).
138. La aventura de Harris (3).
139. Ratas del puerto (27).
140. Billete para la eternidad (4).
141. El triunfo de los mejores (21).
142. Al final, la muerte (5).
143. La encrucijada sangrienta (28).
144. Horas eternas (3).
145. Buck «Farabellum» (17).
146. El hombre de la camelia escarlata (1).
147. Intolerancia (4).
148. Actuación extralegal (8).
149. La máscara y el rostro (29).
150. Héroes del F. B. I. (5).
151. Peligro nacional (4).
152. El Dragón de Bronce (23).
153. El profesor (3).

154. Crimenes en Reno (4).
155. La mujer sin alma (1).
156. Desafío (14).
157. La verdad de una vida (5).
158. Encrucijada (4).
159. Bajo la piel del león (25).
160. Maldad (3).
161. Injusta sentencia (12).
162. El asalto (5).
163. Pesadilla trágica (4).
164. De poder a poder (7).
165. Cuando la Patria llama (23).
166. Precinto «C» (3).
167. Un hombre (1).
168. Yo, el juez (4).
169. El capitán de su alma (5).
170. El verdugo espera... (30).
171. Fuego en la sangre (29).
172. ¡Ultimátum! (4).
173. El ángel de Harlem (5).
174. El quinto viajero (3).
175. Agente num. 1 (4).
176. Rata acorralada (14).
177. A una carta (3).
178. Hay que saber morir (7).
179. Grita una mujer (5).
180. Cuatro deben morir (4).
181. Sublime amistad (12).
182. Disparos en la noche (32).
183. Morir no es fácil (3).
184. La silla espera (5).
185. Falsas apariencias (33).
186. Cien blancos en el interior (31).
187. Ojos en la noche (4).
188. Problema resuelto (33).
189. El disco rojo (29).
190. Una pista en Ceylán (24).
191. La heredad de los Law-son (34).
192. La pista perdida (5).
193. Misión de guerra (15).
194. El crimen de las esme-
radas (35).
195. Muerte robada (29).
196. El agente fantasma (5).
197. Confesion (4).
198. La muerte de Loise Ber-
nard (34).
199. Zona de ocupación (17).
200. F. B. I. contra Cri-
men, S. A. (1).
201. 30.000 dólares (36).
202. ¡Ni un paso atrás! (5).
203. Viaje sin final (29).
204. Pistas truncadas (37).
205. Gran Hotel (38).
206. La coartada falló (7).
207. Lydia (3).
208. El peso de la Ley (30).
209. La única oportunidad
(28).
210. Aquelarre (4).
211. La muerte ronda (33).
212. Error fatal (39).
213. Hacia el abismo (7).
214. Ojos delatores (37).
215. Reportero de sucesos (4).
216. ¡Fugitivo! (40).
217. Rehabilitación (33).
218. El extraño agente (5).
219. No escaparás de mí (8).
220. La garra enguantada (4).
221. Sombras en rojo (37).
222. Aprendiz de policía (30).

AUTORES

- | | | |
|--|--|--|
| <ol style="list-style-type: none"> (1) Alf Manz. (2) Fred Baxter. (3) Frank McFar. (4) Eddie Thorny. (5) O. C. Tavin. (6) Alar Benet. (7) A. G. Murphy. (8) Lewis Haroc. (9) J. L. Martin. (10) Jack Brooklyn. (11) Thomas Settee. (12) John Nebot. (13) Thomas Wan-
ton. | <ol style="list-style-type: none"> (14) F. N. Graw. (15) Robert Deaf. (16) Alan Carson. (17) Alv Cortroa. (18) Jack Grey. (19) Edgar Ford. (20) Andre O'Sun. (21) Fel Marty. (22) Dana Yonell. (23) Al Gallard. (24) Chester King. (25) Josep Tell. (26) Med Ryman. (27) Lou Dark. (28) Jan Hutton. | <ol style="list-style-type: none"> (29) Richard Jack-
son. (30) Jim Murray. (31) Sand Burl. (32) Joe Greig. (33) Bill O'Creigh. (34) Don Lassister. (35) John Est. (36) Edward Good-
man. (37) Angelo de Tar-
turus. (38) Gary Belsan. (39) Paul Coster. (40) Herman Tel-
son. |
|--|--|--|

I



El «pullman» de la Western Pacific San Francisco-Nueva York corría a toda máquina por la áspera Utah, llegando ya a la capital, Salt Lake City.

En el vagón-mirador trasero del convoy, Elisa fumaba y leía aburridamente un «magazine». A veces dejaba de leer para contemplar distraídamente el agreste paisaje montañoso, que desfilaba raudamente, con instantes de oscuridad cuando pasaban por los túneles.

Tras una serie de mugidos de la aerodinámica locomotora, entró en agujas, y comenzó el desfile de abigarrados edificios de las afueras de la ciudad. Al fondo, el lago Salado parecía un mar intensamente azul, bordeado por bellísimas arboledas y enormes colonias de villas.

Paró el convoy. Elisa contempló curiosamente a la multitud que esperaba la llegada del tren para subir a él o que, buena parte de ella, esperaba a alguien. Mucho bullicio, que poco a poco fué aminorando, hasta quedar el andén casi solitario. Y dos minutos después, arrancaba de nuevo el tren camino de Nueva York, la lejana ciudad ansiada.

Volvió ella a su lectura del «magazine», encendiendo un nuevo cigarrillo. Cuando un camarero negro pasó empujando el carrito con las bebidas heladas, pidió una Coca-Cola.

Un hombre de alta estatura, atlético, fuerte, muy joven, penetró en el salón, donde solamente estaba Elisa, y, tras una leve inclinación de cabeza, sonriendo, a modo de saludo, se sentó frente a ella en un butacón, dando la espalda al mirador.

Ella también hizo un gesto de saludo, pero apartó diestramente su «magazine» por delante para examinar de reojo al recién llegado.

«Endiabladamente bonita... —se dijo el joven, contemplándola con miradas huidizas mientras fingía recorrer con la vista el vagón—. Perfecto tipo moderno, como ahora se dice. Yo creo que la mujer bella siempre ha sido “modernamente” perfecta, aun en los tiempos de los griegos. Sus piernas son maravillosas, es cierto. Su rostro es conocido. Cualquier rostro de estrella del cine lo tiene, y esto es lo fastidioso. La belleza se hace “standard” gracias a los cuidados y maquillajes. Pero esta nena es maravillosa. Su busto...».

«Tiene cara de hombre, y esto es lo raro hoy día entre los hombres —pensó ella, dedicando un ojo al “magazine” y otro a la contemplación del nuevo viajero—. Ojos castaños, que me parece corresponden a un fresco, a un tipo de esos que saben que son guapos y abusan de ello. Quizá me llegase a hacer verdadero daño si me apretase contra su pecho...»

»¡Vaya, ya se ha dado cuenta de que le estoy admirando!«.

El terminó de examinar detenidamente el vagón-mirador, y entonces, sacando un estuche de cigarrillos, encendió uno con excesiva calma, mientras volvía a contemplar a la joven.

Se cruzaron sus miradas, como tenía que ocurrir al fin. Él, viendo que ella ya no fumaba, se levantó y la ofreció su pitillera.

—¿Un cigarrillo?

—Sí. Gracias...

Él ofreció también la llamita de su encendedor. Y entonces buscó el sentarse más cerca de ella, en un sillón que arrimó al de Elisa, todo ello con un aire sumamente natural.

—¡Ah!... Por fin mi amigo Garret pudo colocar un famoso dibujo —dijo él, inclinándose sobre la revista de ella, que se la tendió un poco asombrada—. Sí, es la portada de ese tonto de Garrett.

—¿Es tonto? Pero, bueno, parece que dibuja bien —repuso ella, contemplando la ilustración, que figuraba una escena amorosa—. No es que entienda gran cosa, mas creo que ésta es la postura exacta para el beso de dos enamorados, estando sentados y siendo ella casi tan alta como él...

—Precisamente por eso es tonto Garrett —dijo en tono de enfado él—. Porque es un buen artista, un magnífico ilustrador, y apenas si trabaja. Liba mucho, si me comprende usted. Y entonces hace cosas cubistas, que le rechazan. Conocía esta ilustración, y me alegra que al fin haya podido colocarla. Doscientos dólares que se habrá gastado en beber... Pero, con todo esto, creo que no me he presentado —se levantó y dijo con tono suave, un poquito burlón, sonriendo y mostrando con ello una dentadura propia de un anuncio de pasta dentífrica—. Ray Saddle, en camino de Nueva York, mi pueblo natal.

—Elisa Broome —replicó ella, sonriendo también—. De...

—Los Ángeles, seguramente...

—No.

—Quería decir que usted debe venir de la Gloria. No concibo un lugar terreno para haber nacido usted, ni aun la misma Arcadia.

—Lo dejaremos en San Francisco, que es muy corriente —replicó ella riendo, y mostrando a su vez una dentadura que en nada era inferior a la de Ray Saddle.

—¿Qué tal Frisco? Hace dos años que no he estado por allí...

—Creciendo, creciendo... Maravilloso, si puedo alabar el sitio donde nací, sin usted molestarse. Pero, ya ve, lo abandono para ir a Nueva York. «El ingente farallón de la ciudad, enorme, fantástico, deslumbrante... Alarde regio de la noble piedra...», según Tomás Wolfe, ¿no?

—¡Oooh! —exclamó Ray, silbando quedamente, admirado—. ¿Poetisa? Sí, es un farallón, ciertamente. A veces es bello y merece un verso, pero otras...

—Lo conozco. Hace cinco años estuve allí y pasé seis o siete meses. Si me deja, le diré que me gusta más Frisco —dijo ella, mirándole coquetonamente.

—También a mí, señorita Broome. Por eso no nos pelearemos. No quisiera preguntarle, por si le molesta, si es usted artista de «cine». Si no lo es, merece serlo —inquirió él, contemplándola ahora descaradamente.

—Ni lo soy ni creo que merezca serlo —repuso ella, un poco secamente—. ¿Qué le ha hecho juzgarme de esa forma?

—¡Dios mío! Pues todo, todo... Es usted bella, ¡huum!, sabe sonreír, es culta, tiene «*sex appeal*»...

—¡Oiga! —Y rió ella con más coquetería aún—. Creo que los frescos tienen mucha aceptación en la pantalla. ¿Ha probado? Puede hacer fortuna.

—¡Bah! «Aunque tuviera yo el cielo con todas sus estrellas, y el mundo con sus tesoros sin fin, pediría más; pero me contentaría con cualquier rinconcito de la Tierra sólo con que ella fuera mía...» —repuso Ray, poniendo una mano sobre su corazón y dejando que sus ojos tomaran un poético gesto. Después rió francamente.

—No me irá a decir que eso es suyo —dijo Elisa, mirándole con severidad—. Yo dije que el parrafito era de un autor. ¿De quién es eso?

—De uno de esos tipos que andan envueltos en sábanas, allá por la India —repuso Ray—. Es algo que me vino a la memoria al verla a usted. No desearía sino lo que Rabindranath Tagore deseaba, y eso que no la conoció a usted...

—¡Pobre! —murmuró ella, poniendo una cara de profunda lástima—. Estoy viendo que ya se siente... Oiga: ¿quiere que dejemos este duelo de citas, que no revelan sino una regular memoria en ambos, pero en usted con cierta tendencia hacia lo anacrónicamente cursi? Dígame, por ejemplo, qué hace en Nueva York, y si dispondrá de algunas horas para acompañarme a ver sitios que aún no conozco. ¿No es más práctico esto?

—¡Magnífico, señorita Broome! «Guardémonos de la ilusión que una mujer pueda ofrecernos algo más que el placer momentáneo del instante que pasa», y...

—¡Eso tampoco es suyo! Usted hace «coktails» de citas, Ray... ¿No fue Goethe él que dijo eso? Mire, ya sé que es usted culto, ¿eh?

No se ponga pesado y conteste a mi propuesta.

—¡Encantado, Lissa! Es que se me escapan, de veras. ¿Quién, al ver la belleza plasmada...?

Se levantó ella con aire fingidamente ofendido, dándole la espalda. Ray la cogió de una mano, riendo, y la obligó a sentarse.

—«¡Siento tanto! La pasión por ella lo devora todo; siento mucho, y sin ella todo se reduce para mí a nada...» —dijo él suavemente.

—¡Suelte de una vez todas las citas que sepa, haga el favor, y luego sea natural, sencillo, caritativo!... ¿Adonde me va a llevar, Ray? Me gustaría ir a Chinatown. Mi padre siempre se ha negado a ello, creyendo que iba a salir malparada si asomaba por aquellas callejas.

—¡Claro que la llevaré! Aquello no es peor ni mejor que el Chinatown de Frisco, ni que el East End londinense, por ejemplo. Irá conmigo, y creo que hasta le parecerá bello.

—¿Por el solo hecho de ir con usted? —preguntó ella, mirándole con algún desdén—. Es posible...

—Porque yo sé ir a los rincones típicos, amiguita. Y sé encontrar a esos hombres que parecen estar siempre ocultos a las miradas del turista, salvo cuando saltan sobre él para desvalijarlo. ¡Y eso no es broma!

—¡Qué bien! Entonces, quizá es usted uno de esos que saltan... —dijo Elisa, contemplándole con renovada y burlona curiosidad.

—Uno de los que les impiden saltar, que no es lo mismo —replicó Ray, con afectada solemnidad—. Soy un agente especial del F. B. I., para servirla.

—¡Oooh! Del Federal Bureau of Investigation, y no me he caído de espaldas, admirada... ¿Es verdad que llevan ustedes una enorme pistola bajo la axila, y aparatos de radio emisores en los bolsillos, y un laboratorio, y que disparan sin avisar, y que aplican el tercer grado, y que, cuando algo les sale bien, es el F. B. I.,

el que lo ha hecho, pero si meten la patita es la Policía Federal o la Metropolitana la que lo estropeó?

—¡Frene, frene, muchacha! —gritó Ray, riendo—. Yo llevo la pistola, sí, aquí —abrió la americana para mostrar a la joven el

arma, en su funda y con correa especial, bajo la axila izquierda—. Pero de lo demás, nada. Algunas veces, la radio portátil... Ahora, dígame a qué va usted a Nueva York, si no es indiscreción.

—Pues mire... —Pareció recapacitar ella, apoyando el mentón sobre la mano—. Soy una jefe de «gangsters», sabe... Vi que usted era de esos del

F. B. I.,

porque noté que llevaba la pistola como ellos, y porque tiene cara de ser del F. B. I...

—¡Hum!... —rezongó Ray, arrugando cómicamente el ceño—. ¡Siga! En la próxima estación la bajo detenida. Tiene usted cara de ser... angelicalmente endiablada...

—... y me dije: «A éste hay que atraerlo, para que me libre de todos los líos que puedan salir. Está perdidito por mí». Y ya ve... —repuso ella, haciendo un gesto de conmiseración hacia su oyente, que pugnaba por contener la risa.

Charlaron ininterrumpidamente de esta forma, cada vez más amigos, porque todo parecía indicar que el Destino hubiese dispuesto que lo fuesen en aquel día del mes de mayo de 1950, y en aquella ocasión llevados por un tren a toda marcha hacia Nueva York.

En realidad, ella iba a la gran ciudad llamada por su padre, que hacía un mes se había establecido allí, montando un gran restaurante —club de noche, en la Forty Second Street, más bien llamada la calle Cuarenta y Dos—. El señor Broome, viudo, al mes de funcionar su establecimiento con un éxito escandaloso, vió que él solo no podía abarcar las múltiples atenciones que requería el llevar la dirección de aquel negocio. Y llamó a su hija, que estaba en San Francisco estudiando, más por placer que por procurarse una carrera con la que vivir después. El señor Broome era rico y no necesitaba Elisa mirar de buscarse una colocación para vivir.

Y comentando todo esto, pasaron los dos días que requería el trayecto hasta la llegada a Nueva York. Pasaron ante sus ojos los Estados de Colorado, Kansas, Missouri, Illinois, Indiana, Ohio, Pensilvania y, al fin, el de Nueva York, cada cual con su especial configuración geográfica, sus paisajes, sus bellezas, sus riquezas y sus habitantes.

Y un día apareció ante su vista, por la mañana, recortada en un

gris horizonte, con sus inmensas torres, sus farallones ingentes, milagro de la piedra, el acero y el cemento, Nueva York.

En la estación de Pensilvania, un hombre de unos sesenta y dos años, muy alto, fuerte, como esculpido en piedra de Sierra Nevada, un californiano ansioso, temblando de emoción, buscaba con afán a su hija Elisa, que sonreía traviesamente al verle ir de un lado a otro, cada vez más nervioso, mientras se ocultaba tras la imponente figura de Ray, en la encristalada ventanilla del vagón.



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

II



—APA, este señor es Ray Saddle —y se irguió sobre sus pies para alcanzar la oreja derecha de su padre y susurrarle en tono misterioso—: Es del F. B. I., ya sabes...

—¿Cómo está usted? —preguntó Clark Broome, contemplando con sus grises ojos, de franca mirada, al joven, y le estrechó la mano con rudeza, tal que si buscase en aquel apretón de gigante el temple de corazón del joven.

—¿Cómo está usted? —preguntó también, sonriendo, Ray, y su mano, dura como el granito, grande, apretó férreamente la del

viejo, temblando ambas con la tensión, pero sin ceder ninguna.

—Vamos, Lissa —dijo, al fin, Broome—. El coche está en la puerta. ¿Dónde vive usted, Saddle? Venga con nosotros. Será difícil encontrar ahora un taxi. ¿Fatigoso el viaje, chica? No sé por qué no quisiste venir en el avión...

—Deseaba conocerme, señor Broome —explicó cínicamente Ray, sonriendo a la joven—. No hubiera sido posible, de venir en avión.

—Ray es de lo más cara dura que hayas podido ver en tu vida, papá —dijo ella—. Me ha pedido relaciones tres veces, durante el camino, y en cada una de ellas se había olvidado de que lo había hecho anteriormente y que le di calabazas.

—Lissa es difícil, Ray —dijo riendo el viejo—. Ea, suba en ese cacharro —señaló un magnífico «Lincoln» negro, que sobrecogió de admiración al joven agente especial. ¿Adónde vamos, muchacho?

—Gracias. Al setenta y cinco de Waverley Place —dijo Ray al chofer, ante la portezuela—. Esquina a Broadway y Washington Sfluare Parle.

El coche enfiló la avenida de las Américas y no la abandonó hasta el cruce con la misma Waverley Street Este, donde se bajó el joven.

—¿Arroja el guante, Ray? —inquirió riendo el viejo Broome, haciendo un guiño al joven y señalando con un dedo a la joven—. ¿Volveremos a vernos? Me ha sido simpático, y aunque Lissa no quiera verlo más...

—Vaya esta noche a Sausalito, el establecimiento de mi padre, Ray —dijo ella, sonriéndole con ternura—. Ya sabe, en la Cuarenta y Dos, el treinta y tres, esquina a Times Square. Estaré yo...

—Ya sabe. La cuarta declaración. Broome: vaya pensando en quedarse sin hija —repuso Ray, también riendo, mientras estrechaba las manos de sus amigos californianos.

Vió arrancar silenciosamente el inmenso vehículo y perderse entre la multitud de coches, de nuevo avenida de las Américas arriba.

Subió a su departamento, en el edificio Brennox, y mientras se bañaba y acicalaba, daba vueltas a su imaginación, pensando en aquella deliciosa Elisa Broome, por quien no había duda alguna, ya que se estaba metiendo en un serio dilema de tipo amoroso. Todo había sucedido de forma tal, que no era remediable salir del

atolladero sin meterse de cabeza en él por la única salida posible. Decirle que la amaba y estar a las resultas de lo que ella decidiese. Su carácter no era de los que rodean al acometer una empresa, ni vacilan, ni lo piensan demasiado. Solamente, a fuer de hombre íntegro, como lo era fiel y bravo (eso significaba también

F. B. I.,

y sobre ello se hacía gran hincapié en la escuela especial de agentes de Quántico), le contrarió un tanto saber que ella poseía su fortuna particular, no pequeña, y que heredaría íntegramente la de su padre, como hija única y sin madre, que era igualmente considerable. Él solamente tenía su sueldo de agente especial, del que había de deducir una cantidad todos los meses para enviársela a su madre, sola, residente en la lejana Texas, cerca de la frontera mejicana. Si Elisa le aceptaba tal cual era, o el señor Broome no era un finchado ricachón, y esto no lo parecía, la felicidad sería prontamente un hecho para él, que seguiría, eso sí, en su

F. B. I.,

enamorado de todo aquello que suponía de aventura y de «buenos contra malos».

A la siguiente mañana, el señor Broome recibió una visita. La tarjeta que le entregó el «botones» del restaurante acreditaba al visitante como representante de una de las más acreditadas marcas de «*whisky*» nacionales.

Broome, que se encontraba en su oficina del restaurante, se mostró propicio a escuchar al representante aquél. Le compraría una buena partida de «*whisky*», si se mostraba razonable en los precios.

El representante que apareció en la puerta, haciendo una genuflexión que a Broome se le antojó burlona, era alto y esbelto, bien trajeado, pero con ciertos detalles que al californiano también se le antojaron raros. «Un tipo achulado», pensó, mientras seguía su examen del hombre. Tenía un rostro casi aniñado, de suaves facciones, pero aquí Broome también encontró materia para hallarlo repulsivo. Un rostro encanallado, de vicioso cien por cien. «La casa Brucker tiene poco tacto para elegir a sus representantes, si se juzga por su presentación física», se dijo.

—¿Qué tal? —dijo secamente Broome, señalando una silla frente

a su mesa al visitante, olvidándose de estrechar su mano. Broome era, ante todo, franco, abierto, leal, y se propuso no hacer entrar en contacto su mano con la de aquel tipo—. Veamos qué le trae por aquí, hombre...

Los ojos oscuros del hombre, burlones, crueles, parecieron sonreír sarcásticamente al decir con voz un poco atiplada, que levantó náuseas en el estómago de Broome:

—Poca cosa, señor Broome. Bueno; en confianza, puede usted romper tranquilamente esa tarjeta. Soy un representante, pero no de «whisky»...

Broome contempló con asombro a aquel tipo. ¿Era un imbécil, un osado, quizá un periodista que deseaba hacerle alguna información sobre la marcha de su establecimiento?

—Muy chistoso. Pero me desagrada que nadie venga a verme de esta forma —replicó el californiano, con despego—. Entonces, ¿qué desea de mí?

—¿Qué sucedió en este sitio anteanoche, señor Broome? —inquirió el visitante, con acento aún más burlón que antes—. Usted ha procurado echar tierra al asunto, pero las cosas se saben cuando se desean saber...

—Ya, ya... Usted es un periodista, según veo —dijo Broome, malhumoradamente—. Pues si lo sabe, a qué hablar. Tres borrachines se metieron aquí, cuando estaba esto lleno de clientela de la mejor, y sembraron el terror, pistola en mano, insultando y rompiendo vajillas, sillas. ¡La libertad que gozamos a veces en este bendito país, y que permite que los desvergonzados anden sueltos y hagan lo que les venga bien! No creo que vuelva a pasar. He tomado mis preocupaciones para ello.

—No, no, señor Broome —contestó el visitante, sin dejar de sonreír de aquella forma que sublevaba al californiano—. No fueren tres borrachines. Lo parecían, pero después observaría usted que estaban en su sano juicio, cuando procedieron meticulosamente a operar... de cierta manera.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Broome, adelantando agresivamente su mentón, que parecía una roca—. ¿Nos dejamos de misterios, joven?

—Desde luego. Yo represento a aquellos tres hombres, y a otros más. Y vengo a hacerle un seguro de vida, otro seguro de

conservación de su establecimiento y la garantía de que la paz reinará aquí, en su casa y dondequiera esté usted; su hijita, muy bella, por cierto; sus empleados...

—¡Por ahí podía haber empezado! —murmuró Broome, sonriendo—. Pues bien: creo que pierde usted el tiempo, joven. Ya tengo...

—Usted no tiene nada de lo que yo le propongo, señor Broome —dijo, con impaciencia, el visitante, sacando un cigarrillo de un paquete que extrajo de un bolsillo de la americana. Y fuera por casualidad o por ostentación, Broome vió bajo la axila izquierda del hombre aquel una funda de pistola de grueso calibre, y la culata del arma. Encendió tranquilamente el «Camel» el visitante, lanzó el humo con fuerza, y siguió—: Tengo instrucciones para proponerle un convenio. Y estoy seguro de que lo aceptará. Tiene que aceptarlo, señor Broome. Hay cosas con las que no se debe jugar, y ésta es una de ellas. Queremos protegerle, ya ve...

—Me parece que... voy comprendiéndole, joven —dijo pausadamente Broome, palideciendo un poco, mientras clavaba sus grises ojos en los burlones de su visitante—. Debo entender que aquellos hombres hicieron una demostración estilo «gángster» para indicarme la conveniencia de comprar la paz de mi espíritu, de mi establecimiento. Sí, lo que suele llamarse una «protección» de bandoleros a cambio de una suma..., la que sea, ¿no?

—Dios le conserve siempre su claro juicio, señor Broome —contestó el visitante, con su voz afeminada—. Da gusto entenderse con personas inteligentes como usted. Sí; nosotros le protegemos, a cambio de un modesto estipendio, impidiendo así que otros desalmados puedan meterse con usted. La no aceptación de este convenio podría acarrearle graves inconvenientes, tanto a su establecimiento como a ustedes dos...

—Oiga, amigo... —dijo Broome, inclinándose sobre la mesa, rojo de ira—. ¡Míreme bien!... ¡De hombre a hombre, si lo es usted!... Dígame ahora si yo, ¡yo!, voy a dejarme asustar por un canalla como usted y los hijos de perra de sus compinches...

Se levantó, imponente, apretados los enormes puños, lívido de ira, disponiéndose a avanzar hacia el visitante, que, con la rapidez del rayo, esgrimió la pistola, sin dejar de sonreír cruelmente.

—Tranquilo, señor Broome, tranquilo... —dijo el «gángster» sin

levantarse de su silla, pero moviendo un poco el cuerpo hacia Broome—. Una vida humana es muy poca cosa para nosotros, sépalo bien. Terminemos, ¿eh? Usted piensa el asunto como yo se lo enfoco: le protegemos a todo riesgo, a cambio de diez mil dólares mensuales. Sabemos que con sólo llevar abierta, un mes esta casa, hace una venta de tres mil dólares diarios. Esto va viento en popa, Broome, y hay negocio seguro. También deseamos cierta libertad de acción para verificar un pequeño... negocio de venta, por cuenta nuestra, de algunas drogas estupefacientes. Nos habilita un despachito aquí, y vendrán nuestros pobres clientes, siempre tan temerosos de la Policía, a comprarnos. Esto es todo, señor Broome.

—¿Nada más, joven? —repuso, sonriendo ferozmente, Broome, que pugnaba por contener los excitados nervios que le impulsaban a la pelea—. ¡Váyase, váyase!... Si dejase a un lado la pistolita ésa, ¡por Dios que lo iba a reducir a polvo con estas manos de viejo! ¡Largo de aquí, chacal asqueroso!

—Tiene tres días para pensarlo. Es decir, para contestar que acepta —siguió, imperturbable, el «gángster», sin dejar de apuntar con su arma a Broome—. Yo no volveré a, verle. No somos tontos, ¿abe? Dentro de tres días pone usted un anuncio, en letras grandes, en el Times, en la página treinta y cinco de anuncios, que diga así: «ACEPTO, SMITH». Esto bastará. Inmediatamente tendrá una guardia a su lado, aquí y fuera de aquí, que velará por usted, su bella hija y por este establecimiento. No se preocupe sino de ponernos el despachito aquí al lado y dejarnos hacer. Somos correctos cuando hace falta... Cada día treinta de mes, usted deja en nuestro despachito los diez mil dólares a uno de nuestros hombres, y a vivir en paz, Broome.

El «gángster», saliendo de espaldas, mientras sonreía cruelmente, fue seguido por el furioso, pero impotente Broome. Al llegar casi a la puerta del restaurante, el hombre le hizo un gesto imperioso, ordenándole se volviera de espaldas.

—Ni un movimiento, ni un gesto, o le dejo en el sitio... —murmuró, fríamente—. De espaldas y quieto, muy quieto...

Cuando oyó el chasquido de una portezuela de auto al cerrarse, se volvió el californiano vivamente. El coche estaba ya lejos. Un coche gris, un «De Soto» muy usado, sedán. No pudo distinguir la matrícula, porque rápidamente se mezcló entre los innumerables

vehículos que circulaban por la vía.

Una hora después, Elisa y Ray bajaban del coche de ella, penetrando en el restaurante.

Broome paseaba aguadamente por su despacho, las manos a la espalda, farfullando amenazas y deteniéndose de cuando en cuando para encender un cigarrillo y seguir su desesperada cavilación.

—¡Hola, papá! —dijo ella, cuando penetraron en el despacho—. Ray me ha llevado al nuevo túnel Brooklyn Battery. Es magnífico...

—¡Hola, hija! ¡Hola, Ray! —dijo, distraídamente, el viejo, tomando asiento ante su mesa.

Y la joven se le quedó mirando inquietamente, así como Ray, que cruzó una mirada interrogadora con la joven.

—¿Pasa algo, papá? —inquirió Elsa, yendo al lado de su padre y sentándose sobre sus muslos, mientras le pasaba un brazo por detrás del cuello.

—He de marcharme... —dijo Ray, algo confuso, y tendió la mano a Broome, que aparecía huraño, esquivo.

—Espere, joven —dijo el anciano, recobrando un poco de su habitual viveza—. Creo que usted me podría dar un buen consejo en este maldito asunto. Pertenece al

F. B. I.,

y tal vez...

—Encantado de poder hacerlo, señor Broome —dijo Ray, interesado—. Si quiere decirme de qué se trata...

—No sé si esto es realmente peligroso o simplemente el juego de un chantajista desvergonzado, que no tratará de seguir adelante. El caso es éste. Siéntese, Ray. Mira, Lissa: si puedes elegir otro asiento más cómodo que las piernas de tu pobre padre... ¡Estoy reventando de rabia, palabra!

Rieron los dos jóvenes al ver al anciano levantarse como un león enfurecido y ponerse a pasear por el despacho, mientras fumaba incansablemente.

Y así fué como relató a su hija y Ray la entrevista sostenida con el «gángster», así como el incidente acaecido la noche última en el club nocturno.

—No me cabe en la cabeza —siguió después, rojo de ira, sentándose de nuevo ante su mesa y colocando ambas manos sobre la luna que cubría la tabla, repicando los dedos sobre ella

nerviosamente— que esto pueda suceder en Nueva York... Ni en este año de gracia de mil novecientos cincuenta, contando el ciudadano como cuenta, pagado a precio de oro, con la Policía Metropolitana, la Federal, y ahora ustedes, los del F. B. I.

Uno no puede trabajar honradamente, por lo visto.

—Un momento, señor Broome —repuso Ray, con gran tranquilidad, sonriendo a la asustada Elisa, que había escuchado a su padre con angustia—. Los malhechores existen en todas partes, y existirán, pese a que se les combata a muerte. Esto del «gangsterismo» parece que ha llegado a ser como una cosa típicamente americana...

—Hay tipismos que avergüenzan, Ray —dijo, sofocadamente, Broome—. Por mi parte, no estoy dispuesto a colaborar porque subsista.

—Espera, papá. No dejas explicarse a Ray —intervino Elisa.

—Quiero decir que, en definitiva, estos «gangsters» van muy de capa caída. Desde los tiempos de la ley seca a nuestros días están en verdadera decadencia. No encuentran «negocios» de qué vivir. Ahora les da por el proteccionismo, que es el caso de usted. Lo que hay que hacer, usted mismo lo sabe, por supuesto...

—Claro que sí. Voy a echar el cerrojo a este negocio y marcharme de nuevo a California —repuso acremente Broome, encogiéndose de hombros, desdeñosamente—. No me hace falta tener esto para vivir. Lo hacía por entretenerme. Si me ponen zancadillas, todo a paseo, y a mi Frisco, a cuidar mis naranjos, mis ganados... ¡Bandoleros! ¡Proponerme que haga de tapadera para sus ventas de estupefacientes! ¡Pedirme que les dé, por su cara bonita, diez mil dólares mensuales y tener que soportar su asquerosa presencia!

—Mi consejo no es que cierre esto, señor Broome —dijo, suavemente, Ray—. Creo que no adelantaría nada con ello. Hay que entender un poco la psicología del «gángster». Ellos se han fijado en usted y han creído ver un filón por explotar. Usted ha gastado de veras para establecerse...

—Doscientos mil dólares, joven —repuso, furiosamente, Broome—, solamente en alquilar el local y decorarlo. Muebles, instalaciones, personal, propaganda, proveedores, qué sé yo...

—Han hecho cuentas —siguió Ray, sonriendo— y han visto que merece la pena explotarle a usted. Pero déjeme decirle que si usted cierra esto y se va, ellos le seguirán como una jauría sigue a la pieza, y tratarán de sacarle lo que desean. No es ése el camino a seguir, señor Broome...

—¡Tampoco a mi me agrada aparecer como cobarde ante esos degenerados! —chilló Broome, dando sendos puñetazos sobre la mesa—. Yo, joven, a los catorce años, ya disparé sobre bandoleros, ladrones de ganado. Pude aún presenciar en California la fiebre del oro, y cómo una vida valía menos que un cigarrillo. Me vi metido, a balazo limpio, en las luchas por el petróleo... No es por mí, joven, por lo que voy a escurrir el bulto. Mire esa nena, Ray... —apuntó con su dedo índice a su hija, que le escuchaba anhelante—. Es por ella. Me lo ha dicho claramente ese hijo de coyote: «Su vida y la de su bella hija...». Saben buscar el lado flaco, el punto vulnerable.

—Por mi parte, lucha, papá —repuso Elisa, brillantes los ojos de indignación—. Ray tiene razón. No cabe sino rendirse o luchar.

Ray rió al ver a la joven tan entregada a una indignación que apenas si a él, veterano ya en estas lides, le hacía efecto alguno. Ray miraba ya al «gangsterismo» como una enfermedad casi crónica de la sociedad americana, que tenía sus altas y bajas. Era un producto de la vida extraña y endemoniada de tantos miles de hombres sin conciencia, sin inteligencia, de vagos y degenerados, que se asían desesperadamente, como garrapatas, al cuerpo vigoroso y sano del pueblo americano. Todo era irlos exterminando conforme rebrotaban.

—Como en este asunto existe la agravante de pretender vender en su establecimiento estupefacientes —dijo el joven, cuando padre e hija se desahogaron un poco, maldiciendo a los «gangsters»—, el F. B. I.,

puede intervenir inmediatamente, señor Broome. Usted no pondrá ese anuncio en el «Times». Y si lo hace, será porque nosotros se lo aconsejemos. Hasta pasado mañana hay tiempo de hacerlo.

—¿Y mi hija, Ray? Ustedes ven las cosas desde otro punto de vista que el mío. Me confío a ustedes..., y me la matan. Y después, ¿qué me imperta todo lo que pueda sucederme? —Casi imploró el viejo Broome, apretando frenéticamente a su hija contra su pecho—. No pueden garantizarme que eso no pueda suceder, Ray... ¡Dios:

decir que me han metido miedo esos hijos de zopilotes pelados!

—Señor Broome: usted no puede proceder de otra manera que como le indico —contestó, severamente, Ray—. No se trata de ceder ante ellos, ni de retirarse, dejando el negocio. ¡No se lo permitiremos, por lo menos hasta que esos bandoleros sean exterminados! Comprenda lo que sería el que ellos saliesen vencedores en sus tretas contra el ciudadano honrado, intimidándole..., como lo está usted. Yo mismo me haría entonces «gángster».

—Tiene razón Ray, papá —dijo Elisa, apretando las manos de su padre con efusión—. No se puede tolerar que se salgan con la suya. Ray: pida al F. B. I., que intervenga.

—Ya está interviniendo, amiguita —repuso, riendo, el joven, haciéndola una cómica reverencia—. Esto se ha puesto en marcha, y se detendrá cuando no haya enemigo delante. Vamos, señor Broome: levante ese espíritu...

—Dios quiera, Ray —murmuró el anciano, moviendo tristemente la cabeza—. Y ¿qué hago con esta chica? Vas a volverte a Frisco, hija...

—Ni lo sueñes —repuso ella, con energía—. Para que no viva yo, lejos de ti, pensando mil barbaridades... Ray: ¿qué hacen de mí? Creo que usted podrá tener una idea, ¿no? —le sonrió, coquetamente.

—Con papá... y conmigo —contestó Ray, sonriendo dulcemente a la joven—. ¿No le parece, señor Broome, que hacemos un trío perfecto, digno de nunca más disgregarse? Creo que no debe darle usted excesiva importancia a este asunto. El

F. B. I.,

ya está advertido, y creo que procederá como acostumbra. Ustedes dos nunca se separen. No acudan a citas mediante recados telefónicos, sea quien sea el que les diga que les habla. No hagan caso de cartas citándoles. Vayan armados. Yo les daré unas pistolas...

—Las tengo yo estupendas, amigo. Si me llega a dar tiempo el granuja ese para sacar una, no lo cuenta —dijo el anciano.

—Si se ven seguidos discretamente por alguien, no hagan gran caso. Puede ser un «gángster», pero también puede ser uno de mis camaradas, que les está protegiendo. No pierdan la fe en nosotros,

ni la serenidad, pase lo que pase. Y me voy, para comenzar a actuar. Ellos van a esperar tres días, seguramente, hasta saber si usted se da por vencido. De aquí a entonces..., quizá estén destruidos.

Broome tendió su manaza, nervuda, al joven.

—Lo haré así, Ray —dijo, conmovidamente—. Creo que podré estar algo tranquilo mientras a Lissa no la ocurra nada. Si usted necesita dinero para algo...

—No, gracias. El

F. B. I.,

lo tiene en abundancia —repuso, riendo, Ray—. Hasta la vista, señor Broome.

Elisa le acompañó hasta la salita de servicio, pues Ray deseaba no dejarse ver con ella en ninguna otra ocasión, según dijo a la joven.

—Amiguita —dijo, cuando se estrecharon las manos—: si yo la cito en alguna ocasión, por cualquier medio, acompañaré a mi nombre la contraseña de «Fidelidad». Tanto de palabra como por escrito o por teléfono... Si alguien en mi nombre la llama y no acompaña esta palabra, no será yo el que lo hace. ¿Comprende?

—Comprendo. Oiga, Ray: ¿es absolutamente imprescindible que sea usted mismo el que se meta en este jaleo por nosotros? —dijo ella, apretando entre sus manos la de él y mirándole con ternura y temor.

—Bueno... Pues yo creo que sí, Lissa —replicó él, sonriéndola—. Supongo que es lo que debe hacer todo hombre que ama a una mujer cuando sobre ella se cierne algún peligro. Yo no sabría decirle a un amigo que se encargase de tal menester, mientras me ponía sobre seguro. Podría suceder que el amigo, convertido en héroe, me birlase la novia...

—Pero yo no soy su novia, Ray —protestó ella, mientras su mano derecha, muy despacio, avanzó hasta colocarse sobre un hombro de él, atrayéndole suavemente.

—¡Oh! Es verdad... Se me olvidó decirla que sí, que aceptaba su petición de que lo fuéramos —se disculpó él, fingiendo atolondramiento.

—¡Ray...: tú no tienes vergüenza! —exclamó Elisa, riendo y ocultando su cabeza en el pecho de él—. En mi vida he visto un tipo tan descarado como tú. Pero, querido, ya ves... Es como si partieras

para la guerra. Decirnos que nos queremos, y te vas en busca de la muerte.

—No me pongas coronas en la sepultura, por favor —sugirió él, riendo alegremente—. Si acaso, una inscripción, que diga: «Fué Fiel, Bravo, Integro, y me amó hasta morir por mí».

—No bromees con eso, por favor —dijo ella, arrasados los ojos en lágrimas—. Ray: no sabía, no podía suponerme que te amase tanto... en tan poco tiempo como hace que te conozco.

—Habilidad que tiene uno, queridita —replicó él, después de besarla apasionadamente y mirándose en los turbios ojos de ella—. Es mi especialidad...

—Serías capaz, ladrón —murmuró Elisa, rechazándole para seguidamente cogerle por las orejas y besarlo de nuevo en los labios, con trémula prisa—. Vete, vete, y que Dios te bendiga. Haz por verme, y si no, no haberme engañado. Ahora te necesito como no sabes...

—Adiós. «Adiós, sombras de los héroes. Vuestro descendiente, al alejarse...».

Y se alejó de ella, riendo con sana alegría, para mezclarse entre el gentío que discurría por la calle.

Elisa recostó su cabeza sobre el quicio de la puerta y prorrumpió en agitados sollozos, mientras se decía que aquellas frases finales de él, tan bellas, debían de ser del inmortal lord Byron. Era notable cómo Ray sabía sacar a colación alguna frase, no suya, claro, pero que servía para afirmar y embellecer cuánto decía. Ray era un... adorable fresco. Un tipo de hombre como el que siempre soñó podría ser para ella. Un hombre que incluso supiere morir bromeando, dando ánimos a los demás. Fuerte, optimista, alegre, acreedor a toda la confianza que se depositase en él. Y debía ser muy valeroso, precisamente porque era alegre y sereno, optimista y fuerte.

Regresó al lado de su padre, que estaba examinando una gran pistola automática, y otra más pequeña. Levantó la mirada cuando se acercó.

—De ahora en adelante, hija, irás armada. Para matar a esos bestias... o para matarte tú. ¿Me comprendes? A veces es mejor morir...

—Ray nos librará de todo mal, papá —repuso ella, con fe ciega

—. He visto en sus ojos esa luz especial del hombre invencible. La muerte le teme...

Por la noche, hacia las once, Ray, vestido con un traje raído, asomando los flecos en los bajos de los pantalones, cuyas rodilleras estaban ya tan pasadas que casi dejaban asomar la carne; sobre el traje, una trinchera de las que dió en la guerra mundial la Intendencia del Ejército, toda desvaída de color y con las bocamangas rotas; cubriendo su cabeza un sombrero flexible de color pardo, con el ala muy bajada, paseaba indolentemente por la Cuarenta y Dos Street.

Llegó hasta situarse casi frente al restaurante y club de noche de Broome, cuyo portero, de lujosa librea, permanecía inmóvil a la entrada.

Vió bastantes coches de lujo, parados un poco más abajo, que indudablemente pertenecían a los clientes que estaban en Sausalito cenando.

Se recostó sobre una farola, y miró descuidadamente a su alrededor. Después metió la mano en el bolsillo de la derecha de su trinchera y sacó un vacío paquete de cigarrillos. Lo miró largamente y, lanzando un suspiro, lo arrojó al suelo.

Cerca de él, un hombre no mal trajeado, con el sombrero flexible muy bajado sobre la frente, le estaba contemplando curiosamente. Llevaba también una trinchera, porque el cielo neoyorquino estaba aquella noche muy cubierto y, de cuando en cuando, caía una ligera llovizna. Era un hombre alto y delgado, de hombros caídos, y su rostro apenas se podía distinguir, al permanecer en una zona no alumbrada por la luz de la farola.

Ray se acercó a él lentamente. El hombre llevaba en la mano una boquilla y con ella un cigarrillo encendido, del que de cuando en cuando daba chupadas largas, lanzando el humo lejos de sí. Pudo observar, desde hacía largo rato, el agente especial, que estaba vigilando atentamente, aunque con indudable pericia, la puerta del club de noche de Broome.

Dió una vuelta alrededor del hombre, y finalmente le abordó, sonriendo estúpidamente. Se dió un golpecito en el ala del sombrero, a modo de saludo, y dijo, en tono azorado, no exento de buen humor:

—Me va a perdonar... ¿Tendría un cigarrillo, aunque fuese roto?

Me olvidé del talonario de cheques —rió, dolorosamente— y no tengo ahora dinero... Dispense la libertad.

El hombre sonrió levemente. Sacó del bolsillo de la trinchera un paquete de «Chesterfield» y le ofreció a Ray.

—Vaya, gracias —dijo el agente especial, tomando uno nerviosamente—. Ahora falta la lumbre... Todo me lo dejé en casa... de

Sing-Sing.

Encendió el cigarrillo del mechero que el hombre le tendió. Tenía éste un rostro delgado, torvo, de ojos azules clarísimos.

—Gracias. Cuando me falta el tabaco, me dan ganas de volver a las andadas...

—¿Qué hizo para ir allá? —inquirió el hombre, sin dejar de observar la entrada del club de noche.

—Soy excombatiente. Al regresar a casa, me encuentro con que en el taller me habían birlado el puesto. Uno bebía un poco, ¿comprende?... Aprovechó el patrón la ocasión para eliminarme, colocando a otro. Yo digo que el hombre mejor del mundo regresa loco de la guerra. ¡Qué no será cuando uno no es lo mejor! Vea ahí —señaló con la mano al club de noche—: unos pocos se divierten de lo lindo, y en tanto, hay tres millones de parados... Si viene otra guerra, nos cogerán a los mismos, nos pondrán delante una banda de música tocando eso de las estrellas y las barras..., y al matadero. Y cuando regresamos, una humillante pensión de excombatientes, y a morir de hambre dignamente, como un libre ciudadano de la libre América.

—¿Es usted orador de mitin? —preguntó, socarronamente, el hombre, sacando otro cigarrillo y entregándoselo a Ray, que lo aceptó alegremente.

—No sé lo que soy. Pero si sé que no entra en mi cabeza el morirme de hambre dignamente. Voy a ir a Chicago, donde creo que hay más ambiente...

—¿Para qué? Puede hablar con confianza, amigo. Yo también pase lo mío, pero me cansé de padecer, y ahora sé cómo ganar en una noche cien dólares o más.

—Suerte que tiene usted. En Chicago hay más ambiente, me parece, que aquí. Iré a ver a un tal Nene Brossi. ¿Sabe quién digo? Un «boss» estupendo que me apreciaba...

—¡Pobre Nene! —exclamó, riendo, el hombre—. Se conoce que durante su estancia en

Sing-Sing

no se enteró de que fue liquidado. El F. B. I...

—¡Liquidado! —exclamó Ray, con asombro—. Nunca lo hubiera creído, la verdad... Bien; entonces, la cosa varía. Estoy desplazado del ambiente de siempre... Oiga, amigo: habló usted antes de que ganaba cien dólares cada noche, ¿no?

—Y más, dije —repuso el hombre, dándose importancia—. Claro que hay que ser muy hombre y conocer el «oficio».

—Si no se ofende, le diré que donde pueda ir usted voy yo también —dijo Ray, abombando el pecho y poniéndose muy erguido. Era más alto que el otro hombre, más fuerte, más sólido e imponente—. ¿No le haría falta a su «boss» un colaborador más? Me parece que debemos dejar ya a un lado la diplomacia, ¿no? Somos de la misma cuerda... Yo tengo hambre —sonó su voz roncamente—, y por el camino de la honradez no saco nada en limpio. Si no encuentro nada ahora, apretaré el gizonte a un irlandés de la Metropolitana, sin matarlo, y volveré de nuevo a la cárcel. Allí se come y se fuma.

—Yo no voy a hacer por ti más que decirte dónde has de presentarte —repuso el hombre—, y ya verán si convienes o no. Las palabras no bastan, y ahora hay que hilar fino. Los del

F. B. I.,

tienen hombres especializados en infiltraciones en nuestras bandas, para destrozarlas. Toma —sacó de un bolsillo un papel arrugado y una estilográfica, y escribió unas líneas—. Vete a Frankfort Street, al lado del puente de Brooklyn. Es una taberna, en el cuarenta y cinco. Pregunta por Maiden, Dick Maiden, y dile que te envío yo. Cuéntale ese cuento, a ver si te cree...

Ray tomó el papel y lo leyó.

«Maiden: el dador te contará, algo que parece interesante, si es verdad. Como dijiste que hacía falta gente, examínale. Yo no le conozco, por supuesto. Beery».

—Gracias, camarada. No es cuento, puedes estar seguro. Y tampoco soy desagradecido. Pero Frankfort Street está lejos de aquí.

Oye...: mis zapatos no resistirán otro trote hasta allá. Si pudieras...

El hombre sacó una moneda de medio dólar y se la entregó, con un gesto hosco.

—Voy para allá ahora mismo, Beery. Me llamo Pitkin, por si me necesitas; pero de veras, como camarada...

El hombre se encogió de hombros, despectivamente.

—Lárgate ya, hombre... Viene uno de la Metropolitana, y con tu tipo eres capaz de levantar sospechas.

—Adiós, Beery.

Ray partió rápidamente de allí y penetró en la estación del «tube» de Broadway, en la misma esquina con la Cuarenta y Dos Street. Sacó un billete hasta Canal Street, y de allí la derivación a Centre Street.

Salió a la calle, y anduvo un par de minutos sin rumbo fijo, pero acercándose al edificio de la Policía Metropolitana insensiblemente. Cuando estuvo ante la puerta, de un salto penetró en el vestíbulo. Un agente de uniforme salió a su encuentro, asombrado.

—

F. B. I.

—dijo, brevemente, y le mostró la insignia en la palma de la mano.

Subió rápidamente la escalera y penetró en un largo pasillo. Se detuvo ante una puerta, sobre la que dió dos golpecitos con las puntas de los dedos.

—Pase, Ray —dijo una voz grave—. Estaba ya un poco...

—¡Hola, jefe! —dijo el joven, sonriendo—. Creo que ya está... Uno de la banda está vigilando ante la puerta del establecimiento... Dice que se llama Beery...

—Beery —apuntó el inspector Irvington—. ¿Cómo es?

—Menos alto que yo. Quizá dos pulgadas. Delgado, pelo y ojos castaños. Debe ser del Sur, por el acento. Dos dientes de abajo de oro. Un chirlo en el mentón, a la izquierda. Nariz recta, algo respingona. Y me parece que estoy contratado para ingresar en la banda. Escuche.

Y relató rápidamente la conversación tenida con el «gángster» y cómo éste le dió unas líneas de presentación.

—Deme ese papel. Van a hacer una «foto» de él para ver la letra —dijo el inspector. Y tocó un timbre, sobre la mesa—. Una «foto» de ese papel —dijo al empleado que se presentó—. Rápidamente,

Neil. Siéntese, Ray. Es de esperar que todo vaya bien, ¿eh? Recuerde que ante ellos ha de aguzar el ingenio. Lleva el certificado de haber estado un año en

Sin-Sing.

Intento de asesinato, y todo eso... Su labor será la de desarticular esa banda. Ya sabe cómo. Es interesante saber quién es el «boss». Desde ahora mismo habrá vigilancia en esa taberna de Frankfort Street. Veamos...

Se acercó a un gran mapa mural de la ciudad, sobre el que había numerosas banderitas de colores diversos clavadas en determinados sitios, así como cordones finos, también de colores, que partían de diferentes puntos, tejiendo una espesa red como de araña.

—El sitio es conocido nuestro, Ray —dijo el inspector Irvington—. Pero no creíamos que ahora fuese estado mayor de esos tipos. Es igual, si lo sabemos ahora. Les dejaremos cuerda larga hasta que se cumpla el plazo que han fijado a Broome. Averigüe quién es el «boss», Ray. Es lo más interesante. Las cabezas son lo peligroso y lo que hay que «esterilizar».



¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a **EDITORIAL ROLLAN**

III



AY llegó a Frankfort Street una hora después de haberse despedido de Beery, el «gángster» que vigilaba el establecimiento de Broome.

De Frankfort Street arrancaba, en el número 45, un estrecho callejón sin salida, que no tenía nombre. Era realmente como una prolongación oblicua de un caserón destartado, que dejaba un hueco largo y estrecho, formado también por el edificio de enfrente, que oblicuaba a su vez.

La taberna era una más de las infinitas que había por allí. De bajo techo, sucio, maloliente, con varias mesas mugrientas y sillas desvencijadas. Al fondo, el mostrador, de cinc, con aparatos anticuados para servir cerveza y café. Tras el mostrador, un dependiente malcarado, que charlaba con los clientes, numerosos a aquella hora.

—¿Maiden? —inquirió Ray, apoyándose en el mostrador, después de haber entregado el papel de Beery—. Quiero verle, si está.

El dependiente, joven y robusto, de mirada desconfiada, leyó la misiva y después examinó largamente a Ray, que se dejaba observar, sonriendo maliciosamente.

—Pasa a esa habitación —dijo el dependiente—. Voy contigo.

Ray se dejó guiar a un cuarto lóbrego, alumbrado por una pequeña lámpara eléctrica. Había allí una mesa y dos sillas, y nadie lo ocupaba.

—Deja ahí las armas, si las tienes.

Ray dejó sobre la mesa una pistola, que sacó de su funda, en la axila izquierda. El dependiente, sin decir palabra, le hizo levantar los brazos y le cacheó minuciosamente. El agente especial le dejó hacer sin oponer resistencia alguna.

—Espera ahí. ¿Quieres beber algo? —dijo el dependiente.

—Que no valga más de cinco centavos, y que no mate —repuso, riendo, Ray.

—Te traeré un refresquito de naranja, entonces —comentó, burlonamente, el tabernero.

Y se dispuso a salir. Pero una mano de Ray lo sujetó férreamente y lo redujo a la inmovilidad.

—Oye: si no puedo beber más que eso es porque no tengo dinero, ¿sabes? Soy más hombre que tú para meterme una botella de «*whisky*» o «*gin*» sin decir una palabra —dijo Ray, acercando su rostro al del asombrado tabernero—. No sabes con quién hablas, y por eso...

El hombre, aturdido, salió del cuarto silenciosamente. Poco después volvía con un vaso de «*whisky*», que dejó sobre la mesa, mientras sonreía.

—Ya le he pasado el recado a Maiden. Bebe eso. Lo paga la casa.

—Gracias, hombre. Me gusta la franqueza, ¿sabes?, y no quiero que se me tome el número cambiado. Hazte la cuenta de que no dije nada antes.

—Lo mismo digo, muchacho. Espera un momento.

Salió el hombre, no sin mirar antes con cierta admiración a Ray, que bebía con evidente gusto el horrendo «*whisky*» que le sirviera.

Cinco minutos después se abrió una puertecilla, y un hombre

bien trajeado, alto, esbelto, al parecer fuerte, con un rostro aniñado, de suaves facciones, pero repulsivas, se plantó ante Ray, que se levantó y le miró casi con desdén, burlona la mirada.

—¿Tú eres éste... Pitkin? —preguntó Maiden, leyendo el papel y mirando después fríamente a Ray.

—Yo soy Pitkin. No tengo la culpa de apellidarme así, te lo aseguro —repuso, riendo, Ray—. Mira mis pasaportes, por si te interesa...

Sacó una vieja cartera del bolsillo de la americana, y de ella extrajo unos papeles amarillentos y sucios, que entregó a Maiden.

—El certificado de
Sing-Sing...

Copia de la sentencia del Tribunal, por intento de asesinato...

—¿Por qué? —preguntó Maiden en el mismo frió tono.

—Cosas, hombres, cosas... —dijo Ray, encogiéndose de hombros—. Al regresar de la guerra, me quieren reducir la pensión a la mitad. Sin decir por qué... Voy a ver al intendente de mi regimiento y, como no me convence, le meto una bala en un hombro. Iba a la cabeza, pero se agachó... Bueno; aparte de eso, tengo otros méritos. He estado en el «gang» de Nene Bossi, en Chicago. Ahora me ha dicho Beery que lo liquidaron. Entonces me «cargué» a varios. A uno del F. B. I...

—¿Del
F. B. I.?

—preguntó Maiden, sin poder ocultar cierta admiración.

—Tiene gracia... —replicó, riendo, Ray—. ¿Qué tiene un hombre del

F. B. I.

más que otro cualquiera? Para mí, no son los peligrosos los hombres del

F. B. I.,

sino el mismo

F. B. I.,

a ver si me entiendes. Su organización, su dinero para hacer las cosas a lo grande.

—Bueno; sí... Es lo mismo —dijo Maiden, moviendo la cabeza—. Los hombres del

F. B. I.,

son los que te meten mano y te llevan a la «silla». Bueno, y ¿qué quieres tú? Ya sabes lo que somos y lo que se exige en el oficio. Buena paga, si se cumple. Nuestro «boss» no es tacaño. Es otra cosa, pero no eso.

—¿Quién es? —inquirió Ray.

—No te interesa saberlo por ahora. Puede ser que nunca lo sepas. Yo soy su segundo, si te gusto...

—Me gustaría más que tuvieras faldas y fueses una nena bonita —repuso Ray, apretando las mandíbulas y mirándole muy fijamente—. Pero si eres hombre que sepa mandarme sin ofenderme, acepto. No es muy fácil, te lo advierto. Yo quiero trabajar, en lo que sea. Tiro bien, y no hay quien me haya dicho nunca que me he echado para atrás cuando ha habido que afrontar el peligro. Decide si entro o no con vosotros, porque ya tengo sueño y quiero irme a dormir.

—Tú serás el que nos digas si vales o no cuando lo hayas demostrado —repuso Maiden, observando con detenimiento a Ray—. Hasta ahora, no te podemos decir si entras o no. Tal vez mañana te pongamos a prueba. Tenemos un asunto regular...

—Me voy a dormir. Oye: quisiera un pequeño anticipo para alquilar una alcoba por ahí —dijo Ray—. Estoy sin un centavo.

Maiden sacó una cartera de su bolsillo interior de la americana, y extrajo de ella un billete de cinco dólares, que le tendió.

—Dormirás aquí, con los demás —dijo al joven—. Sal al pasillo y en la tercera puerta encontrarás la alcoba.

—Me es igual. Entonces voy a comer un poco. Desde ayer a esta hora no ha entrado nada en mi estómago. ¿Me puedes devolver mi pistola?

—No. Para dormir no hace falta tener armas. Es la costumbre, hasta que no sabemos con quién tratamos, tener a los amigos nuevos sin preocupaciones de que se les pueda disparar el arma.

—Me es también igual —se encogió de hombros Ray, sonriendo—. Hasta luego.

Salió a la taberna y se sentó ante una mesa, pidiendo al dependiente le sirviera unas salchichas con pan y mantequilla, y café con leche.

—¿Te quedas con nosotros? —inquirió el tabernero.

—Por mi parte, acepto. Ellos decidirán. Tráeme un paquete de «Chesterfield». Oye: ¿quién es el «boss»? Maiden no me lo ha

dicho...

El dependiente sonrió misteriosamente. Fué hasta el mostrador, preparó las salchichas con pan y mantequilla, el café y volvió ante Ray, dejando todo sobre la mesa.

—El jefe ya te conoce —dijo el hombre, sentándose frente a él. La taberna estaba ya sin clientes—. Te ha estado mirando bien...

—¿Era alguno de los que estaban cuando yo entré? —preguntó Ray, mientras devoraba las salchichas con auténtico apetito, pues era cierto que no había cenado.

—Sí. Y le has gustado. Lo ha dicho cuando estuvo aquí hace un rato, después de oírte hablar con Maiden. Estaba en el cuarto de al lado y te oyó explicarte.

—Pero ¿cómo es? ¿Se porta bien con los que trabajan con él? ¿Paga bien? Siempre me ha gustado conocer a quien me manda.

—Paga bien. Portarse, se porta; pero es duro, muy duro. Puede ser que dentro de un rato te des cuenta de lo duro que es. Va a ocurrir algo serio... Le gusta imponer una disciplina, que no todo el mundo puede tragar.

Ray bebió el café con leche, encendió un cigarrillo y pagó lo que había consumido.

—Voy a dormir. Oye: ¿cómo se llama ese Napoleón?

El dependiente sonrió burlonamente, encogiéndose de hombros.

—Te va a dar igual saberlo o no. Él se deja ver poco de los subalternos. Ya le conocerás. Y yo que tú no insistiría mucho en querer verlo y saber cómo se llama. Eso no le gusta, y menos que sean hombres recién admitidos los que tengan esa curiosidad.

—No será una mujer, ¿verdad? —preguntó, burlonamente, Ray.

—Casi... —replicó el tabernero, haciendo un gesto de repugnancia—. Pero vete ya. Son casi las tres de la madrugada.

Ray salió al pasillo y se metió en la alcoba. Era ésta una habitación grande, con una ventana a un patio. Había varias camas, y sobre ellas, varios hombres, que fumaban y charlaban en voz queda, vestidos aún.

Ray saludó secamente a los «gangsters», que le examinaron fríamente.

—No te desvistas —le dijo uno de ellos, joven hercúleo, moreno y de rostro pálido, con una extraña mirada de desesperación o tristeza—. Nos ha de llamar el «boss» y no le gusta que perdamos

tiempo. ¿Vas a ser de los nuestros?

—Creo que sí. Depende de las condiciones que me fijen. ¿Queréis fumar?

Repartió cigarrillos, y se tumbó en su cama, examinando a su vez a aquellos hombres con minucioso interés. Eran todos ellos jóvenes y vestían bien, al estilo corriente entre ellos. Trajes de colores chillones, con un corte achulado, como eran también de colorines chillones y del peor gusto las corbatas de seda y los zapatos. Eran, en total, seis los hombres, se veían aún dos camas más, vacías.

Se oyeron de repente pasos en el pasillo. Los seis hombres se levantaron a una, expectantes, mirándose unos a otros con evidente azoramiento.

—Ya está ahí el pobre Roy —dijo uno de ellos.

Salieron todos al pasillo. Ray les siguió, lleno de curiosidad. Estaban en fila, pegados a la pared.

Entre dos «gangsters», pistola en mano, iba otro, muy joven, tal vez de unos dieciocho años, cuyo rostro aniñado aparecía ahora empavorecido, lívido de terror. Pasaron los tres entre los otros «gangsters», pegados a la pared, poseídos también de una emoción que no podían disimular, mirando al prisionero con muda conmiseración.

Ante la puerta del final del pasillo se detuvieron los dos vigilantes y el joven. Uno de ellos dió unos golpes sobre dicha puerta y esperó.

Una voz aflautada, casi femenina, se oyó, seca, autoritaria:

—Si es Roy, que pase solo. Permaneced ahí hasta que os ordene marcharos.

Roy intentó luchar, lanzando un gemido de terror. Prevalecía en él lo que en realidad era: un muchachuelo cuyo destino incierto había tomado un fatal rumbo, quién sabe por qué serie de aterradoras circunstancias.

Los guardianes le empujaron, después de abrir uno de ellos la puerta. La volvieron a cerrar cuando el joven entró. Se quedaron esperando, pistola en mano. A su lado se colocó Maiden, el segundo del «boss». También estaba muy pálido, y un temblor nervioso hacía que la pistola que esgrimía oscilase como si la llevase un anciano.

Unas palabras del «boss» se oyeron, al otro lado de la puerta. Su

voz afeminada sonaba casi chillona, cargada de tonalidades sarcásticas, hirientes, frías:

—... dejaste a tu camarada solo... Por ti lo han cogido... Antes que eso se mete uno una bala en la cabeza... ¡Has traicionado!...

El joven, llorando, trataba de excusarse con acento humilde, asintiendo a lo que el «boss» decía, pero pidiendo una oportunidad nueva para borrar el mal hecho.

Los «gangsters», en el pasillo, escuchaban anhelantes, inclinadas las cabezas, mientras fumaban nerviosamente. De cuando en cuando se miraban unos a otros, apretadas las mandíbulas, brillando en sus ojos una apenas contenida indignación.

—... No perdono estas cosas, Roy... —decía la voz del «boss» con entonación glacial, casi con alegría—. La traición...

—¡No, jefe! —gritó Roy en un alarido espantoso, que hizo que los hombres del pasillo se irguiesen, como sacudidos por una tremenda corriente eléctrica.

El agente especial, también sobrecogido por aquella escena tan extraña y llena de horror, cuyos intérpretes principales eran invisibles, dió un paso hacia la puerta, pero Maiden le hizo un gesto imperioso en el que había mucho más temor que energía. Los otros hombres aguzaban el oído, previendo quizá el desenlace de lo que iba a ocurrir tras la puerta cerrada.

—¡No, jefe! —volvió a gritar el aterrado Roy—. ¡Perdón!... ¡Deme una oportunidad y seré otro!...

Sonó un alarido espantoso de terror, y los pasos frenéticos de Roy, quizá. Cayeron al suelo algunos muebles... Un jadeo, gemidos...

Y alguien se puso a silbar, allá adentro, entre dientes, pero lo suficientemente fuerte para que fuese oído por los que estaban en el pasillo. Era una vieja canción napolitana, dulce, evocadora. La «Santa Lucía», tan popular en Italia y fuera de ella.

Los «gangsters», al escuchar aquella tonada, silbada quedamente por el «boss», aguzaron aún más el oído, tensos, lívidos de horror, mirándose con espanto.

Y mientras seguía sonando la canción, oyeron también un disparo de pistola, que sonó como un restallido sin eco. Después, mientras seguía silbando entre dientes el «boss» invisible, la caída de un cuerpo al suelo y unos sollozos, que fueron debilitándose

poco a poco hasta extinguirse totalmente. Y otro disparo más, quizá el de gracia, sonó secamente.

Maiden, recostado contra la pared, como los demás hombres del «gang», se limpiaba el sudor helado que corría por su frente, mirando espantadamente a sus compañeros.

Ray escuchaba como hipnotizado la canción napolitana, que seguía silbando bajito el «boss». Estaba también lívido de horror, y en aquéllos instantes se sentía extrañamente compenetrado, unido a aquellos asesinos y ladrones a quienes se proponía exterminar. Toda aquella escena aterradora le había causado una impresión, jamás sentida antes, de espanto y secreto miedo a no sabía qué. Le parecía como si aquel «boss» invisible fuese un genio del mal, un dios pagano o de una secta misteriosa oriental a quien se le ofreciese el sacrificio ritual de una vida humana para aplacar su furor.

Cesó el «boss» de silbar entre dientes, oyéndose ahora sus cortos pasos, mientras iba de un lado a otro de aquella habitación donde estaba.

—Sacadlo... —dijo su voz afeminada, suave, delicada, cerca de la puerta—. Y después podéis iros a la cama. Maiden: entra tú.

Penetraron los dos hombres que habían conducido a Roy, seguidos de Maiden, que aparentaba ahora decisión, energía. Pero su rostro estaba de color ceniza y un destello de temor brillaba en sus ojos oscuros.

Antes de que los «gangsters» penetrasen en la gran alcoba salieron los dos hombres, llevando, cogido de debajo de los brazos y por los pies, el cadáver de Roy. El agente especial, como los demás, abrieron paso para verlo.

Una de las balas le había penetrado en el ojo izquierdo, produciéndole una herida espantosa, que le desfiguraba el rostro, cubierto de sangre y blancuzca masa encefálica. La otra bala le dió en la nuca, y por la herida aún manaba un hilillo de sangre.

Penetraron en la alcoba silenciosamente y fueron a sentarse en sus camas, encendiendo cigarrillos, que fumaron meditativamente, lanzándose de cuando en cuando miradas extrañas. A lo lejos sonó el zumbido de un motor de auto.

—Se lo llevan —dijo uno de ellos, roncamente—. Mañana aparecerá su cadáver en el Hudson o en cualquier cuneta. Es el tercer camarada que corre la misma suerte.

—Porque queremos —respondió otro de ellos, delgado y nervioso, levantándose y poniéndose a pasear por la estancia—. Porque toleramos que lo haga...

Ray coligió que allí había una ocasión para averiguar lo que deseaba y quizá también para minar aquella organización de bandidos y deshacerla.

—¿Qué había hecho ese muchacho? —preguntó al que estaba más cercano a él, un tipo perfecto de maleante, con el rostro desfigurado por un costurón que partía en dos el caballete de la nariz.

—Estaba encargado, con otro, de ir a recoger un cargamento de opio en el puerto, en el muelle Trece Oeste, en el Hudson. Debía traerlo aquí él solo. Pero la Policía interceptó la maniobra, y echó mano a Norris. Este chico logró escapar y vino con el cuento de lo que había pasado. Pues por eso, por no haberse quedado con el otro, para defenderlo y ayudarlo a escapar, el jefe le ha eliminado, llamándolo traidor y cobarde.

—Yo digo que a ese paso nos liquida a todos —dijo otro, el que paseaba por la alcoba—. Estamos a merced de un loco, de un sádico, de un degenerado... ¿Creéis vosotros que eso mismo de ponerse a silbar cuando va a matar no es cosa de un loco?

—Más bajo, Ned —dijo el que había hablado a Ray—. Si te oye, ya sabes lo que te espera. Te silbará «Santa Lucía», y ya puedes decir que es lo último que has oído en tu vida.

—Sabiendo que lo va a hacer, le tomaré la delantera —exclamó, rabiosamente, Ned, golpeando la culata de su pistola, que llevaba bajo la axila.

—Si te llama y comienza a silbar, Ned —dijo, sonriendo lúgubremente, el otro—, te pondrás de rodillas, como ha hecho ese pobre Roy. Y creo que todos haríamos lo mismo.

—¿Por qué? —inquirió Ray, ofreciendo de nuevo cigarrillos a aquellos hombres, que hablaban quedamente y lanzaban continuamente miradas temerosas a la puerta—. ¿Tan terrible es el «boss»?

—No tiene media bofetada, amigo —replicó Ned, haciendo un gesto de desprecio—. Su estatura es la de un chico de catorce años. No te llega ni al hombro. Pero no te pongas delante de su pistola ni a cien pasos, ni ante su cuchillo, que te arrojará de una manera

infalible sin saber cómo ni cuándo.

—Yo no entiendo de ciertas cosas —dijo otro, un tal Brown, que había permanecido silencioso hasta entonces—; pero tiene algo especial, no sé si en la mirada, en su sonrisa de degenerado, en esa frialdad que le deja a uno como ante una serpiente, más tieso y atontado, sin poder revolverse.

—Es que es de los que llevan la muerte consigo —atestiguó Ned, arrojando la colilla del cigarrillo al suelo y pisándola con rabia—. Uno se da por vencido antes de pensar si sería fácil meterle una bala en la cabeza.

—Los italianos saben cosas de magia, y él es napolitano —murmuró Brown, mirando a sus compañeros sombríamente—. Estoy seguro que ni una ni diez balas le harían morir.

La puerta se abrió, y apareció Maiden, el segundo del «boss». Su rostro estaba cubierto de sudor y denotaba una extraña inquietud en la mirada y en el gesto, preocupado. Se sentó en una cama, sacó un cigarrillo y lo encendió lentamente, aparentando estar tranquilo. Los demás hombres le observaban atentamente, expectantes.

—Mañana por la noche, a las doce y media, damos el golpe en el asunto de ese Broome —dijo al fin, y se encogió de hombros.

Ray se sintió sacudido por un estremecimiento indefinible. De alegría y de temor al mismo tiempo.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Ned, plantándose ante Maiden.

—Raptar a la hija. El «boss» teme que Broome de cuenta a la Policía de lo que le pasa y entonces sea más difícil o imposible actuar.

El agente especial hubo de emplear toda su fuerza de voluntad para no delatar su emoción. Su papel todavía era el de mero espectador, esperando que todos aquellos bandoleros le fuesen concediendo confianza. Pero ahora se trataba de algo que suponía un peligro inminente sobre Elisa, la mujer a quien amaba. Una mujer como ella en manos de aquel misterioso hombre que estaba a pocos pasos de allí, pero que era invisible... Un degenerado, un loco esquizofrénico seguramente, a juzgar por lo que de él decían sus hombres; un italiano de aquéllos, ejemplo de perversión y crueldad quizá atávicas, que silbaba una bella melodía cuando mataba.

—... Iremos a Weehauken, a la otra orilla del Hudson, en Nueva

Jersey, donde viven —seguía diciendo Maiden a sus hombres en voz baja.

—Por el túnel de Lincoln —dijo Ned—. ¿Viven en un hotel particular?

—Sí. En una finca de recreo, con un jardín espléndido. Broome tiene un gran capital y ha de pagar por ella lo que pidamos, además de acceder a lo que le solicitamos antes. Es un bien plan.

—Si sale bien —dijo Ned, sonriendo despectivamente—. Pero si fracasamos, yo os diga que no pongo aquí los pies. A mí no me asesina el «boss» a placer. Oye, Maiden: todos somos camaradas, ya lo sabes, y todos estamos deseosos de quitarnos de encima a ese degenerado. Hemos hablado de ello en otras ocasiones, pero tú nunca has soltado tu opinión. ¿Qué dices ahora, después de que hemos permitido que mate al pobre Roy? Detrás de él vas tú, o yo, o ese...

—He pensado sobre ello —dijo Maiden, bajando aún más la voz y mirando azoradamente a la puerta—. Venid aquí, a mi lado. Nuestras cabezas juntas... Tú también, aunque eres nuevo —dijo a Ray, que se acercó inmediatamente.

Todos ellos, en corro, sentados en la cama o en el suelo, anhelantes, mirando al segundo del «boss» como si fuese un ser todopoderoso que fuese a librarles de un espantoso nial que ellos no se atrevían a afrontar.

—Habla —dijo Ned, ansiosamente—. Yo propongo que tú seas nuestro «boss» cuando... estemos libres de ese maldito degenerado.

Maiden sonrió, halagado. Después se inclinó para hablar en un susurro:

—Estoy conforme con vosotros en que no es posible tener un jefe que nos causa más bajas que la misma Policía. Es un degenerado, un loco, aunque tiene talento para planear asuntos.

—Bueno: pero ¿qué hacernos con él? —inquirió, impacientemente Ned—. Yo digo que liquidarlo, pero sobre la marcha. Ahora mismo...

—Se marchó hace un rato. A uno de sus cuatro o cinco refugios. No creas que es tonto —dijo Maiden, sonriendo, malicioso—. Propongo que lo liquidemos, todos a una, para que no haya pánico del que lo va a ejecutar, cuando hayamos raptado a la hija de Broome. Este asunto hay que acabarlo, cor brando la cantidad que

se fije como rescate. Entonces, cuando el «boss» quiera quedarse con la parte del león, le damos lo suyo... ¿Conformes?

—Conformes —dijeron todos, quedamente.

Ray levante una mano, solicitando hablar. Los otros le miraron curiosamente.

—Si me dejáis, yo lo liquido —dijo, sencillamente, mirándoles a uno tras otro con fijeza—. Yo nunca le he visto y por eso a mí no me va a asustar con su silbido de «Santa Lucía» ni su mirada de serpiente. Decidme quién es, dónde puede estar ahora oculto y no os preocupéis. Os traeré su cabeza... —Maiden y los demás le contemplaron con algún asombro. Ray se quedó silencioso, levantándose—. Si queréis deliberar sin mi presencia, me marchó a otra habitación. Ya sé que, como no me conocéis, lo que os digo podéis ponerlo en duda. Pero nada perdéis con decirme dónde puedo encontrar a ese idiota. Pensadlo...

Iba a salir, cuando Maiden le hizo una seña para que se quedase.

—Cuando terminemos el golpe contra Broome, hablaremos de esto —dijo, dando un golpecito amistoso en un hombro al agente especial—. Ahora, lo principal es cobrar los miles que nos dé ese viejo avaro. Tú vendrás mañana con nosotros, y ya veremos qué sabes hacer. Hasta ahora, Broome no ha dicho nada a la Policía...

~~~~~  
**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!**

triunfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase  
de públicos, como lo es el invencible

**F. B. L**

#### IV



Como los demás hombres del «gang», apenas durmió Ray aquella noche, de la que se acordaría toda su vida. Eran ya las cinco pasadas, cuando pudieron echarse sobre las camas y quedarse amodorrados, zumbando todavía sus pensamientos en torno a lo hablado respecto al «boss» y por el recuerdo de aquel jovencuelo Roy, cuyo cadáver ya estaría tirado en alguna cuneta de cualquier carretera o flotando sobre las aguas del Hudson o el East River.

A las nueve de la mañana despertó pesadamente. Ya sus compañeros habíanse levantado y, cuando fue al salón de la taberna, estaban ellos desayunando café con leche, jamón y huevos.

Se estremeció cuando vio a un hombre que también estaba desayunando mientras leía un diario de la mañana. Era, al parecer, un obrero mecánico, a juzgar por su «mono» azul manchado de

grasa y los guanteletes de piel. Pero Ray sonrió levemente cuando él levantó la cabeza para mirarle distraídamente. Aquel obrero era, en realidad, el agente especial del

F. B. I.,

Duncaster, que iba a establecer contacto con Ray.

El agente especial se sentó entre sus compañeros de «gang», que ahora le acogieron con más confianza y afabilidad. Pidió también huevos fritos con jamón y café con leche, y al dependiente le pidió igualmente un diario de la mañana.

—¿Y Maiden? —preguntó a Ned, que estaba a su lado, sentado ante una mesa de mármol, mientras fumaba silenciosamente.

—Salió a entrevistarse con el «boss» —replicó, quedamente, el «gángster».

—Es de confianza el segundo, ¿verdad? —inquirió Ray, mientras comía con buen apetito—. Uno no sabe, siendo nuevo en un «gang», si está vendido o no. Después pensé si todo lo hablado anoche no sería para ponerme a prueba el mismo «boss»...

—Maiden es de confianza. Sabe, además, que si fuese un «chivato» del «boss» y nos delatase, le costaría la vida tarde o temprano, como le va a costar a ese tipo que nos dirige.

—Pero ¿cómo se llama ese hombre, camarada? —preguntó Ray, inclinándose sobre Ned amistosamente, deseoso de ganarse su confianza total—. Ninguno de vosotros le llama por su nombre... Todo esto es muy misterioso, me parece a mí. Yo concibo que no se deje ver de los nuevos, por si somos espías, o porque él está acosado por la Policía, pero si no sucede nada de eso...

—Nunca ha estado en la cárcel, y me apuesto a que ni la Policía ni el

F. B. I.,

tienen un solo dato de él, ninguna filiación —repuso Ned, sonriendo—. Vale lo suyo, hay que reconocerlo. Lleva en Estados Unidos desde el año cuarenta y siete, en que vino de Italia, entrando aquí de contrabando. Figuró en el «gang» de Fossetti, en Chicago. A los tres meses era el segundo. Y un mes después, una noche muy oscura, yendo yo con él y acudiendo a una cita que nos había dado Fossetti en el puente de Brooklyn, le arrojó un cuchillo que lo dejó muerto en medio minuto. Fossetti andaba huido, por haber fallado un golpe de mano, y estaba muy perseguido. Así se erigió en «boss»

nuestro. Recuerdo que fué cuando por primera vez le oí silbar esa maldita canción napolitana. Sonreía como un endemoniado... Goza cuando mata.

—Muy interesante —respondió Ray, estremeciéndose a su pesar—. Bueno; voy a salir a dar una vuelta...

—No. No puedes salir de aquí amigo. Estamos acuartelados todos, menos Maiden. Hasta que partamos esta noche para el secuestro de esa chica, ninguno de nosotros ha de asomar la nariz a la calle —replicó Ned, encogiéndose de hombros.

—¡Ah, bueno! —replicó, riendo, Ray—. Si ésa es la orden, por mi parte no hay inconveniente en cumplirla. Bueno; a todo esto, no me has dicho cómo se llama nuestro querido y sentenciado «boss»...

—El nombre es lo de menos. ¿Sabemos los demás cómo, en realidad, se llama? —contestó secamente Ned—. ¿Te llamas tú como dijiste? ¿Me llamo yo Ned?

—Bien, bien, pero tendrá un nombre de guerra, me figuro...

—Llámale Pietro Bossatti, y en paz. Así se hace llamar él. Lo que no puede negar es que es napolitano... y degenerado. Y ahora me voy adentro a dormir un poco más.

Ray quedó solo ante su mesa, teniendo enfrente a su camarada del

F. B. I.,

Duncaster, que estaba muy ocupado leyendo su periódico. Solamente de cuando en cuando dirigía una oblicua mirada a Ray.

El agente especial desdobló su periódico y buscó la sección de crucigramas. Sacó después un lapicero del bolsillo y pareció entregarse con entusiasmo a la tarea de rellenar los huecos. El establecimiento estaba casi vacío. Dos o tres obreros charlaban ante el mostrador, servidos por el dependiente, y otro hombre más desayunaba apresuradamente mientras leía el periódico.

El lapicero de Ray golpeó el mármol de la mesa, mientras él, la frente apoyada sobre la mano izquierda, de codos sobre la mesa, parecía entregado por entero a su crucigrama.

Los golpes del lapicero sonaron claramente. Un golpecito rápido, otro igual, otro más largo...

Duncaster, el agente del

F. B. I.,

levantó la mirada de su periódico y miró el lapicero de Ray. Tosió

después dos veces.

Ray manejó su utensilio, bajo la mirada de Duncaster, que iba traduciendo el mensaje en Morse rápidamente:

«Esta noche, doce y media, asalto villa Broome, en Weehauken. Seremos siete u ocho hombres para raptar a Elisa. Hagan por evitarla peligro. Yo iré, y cuando silbe dos veces, me tiraré al suelo. Procuren hacer prisioneros».

Cuando Duncaster vió que Ray nada más tenía que decir, golpeó a su vez con los dedos la jarra de cristal que tenía ante él, observándole Ray disimuladamente. Surgió otro mensaje en Morse:

«Estupendo. Comprendido todo. Les prepararemos una buena. Dentro de cinco horas vendré de nuevo, por si tienes algo más que decirme. Valor, muchacho».

Duncaster se levantó, pidió la cuenta y después salió del establecimiento tranquilamente.

Ray también se levantó, perezosamente, y penetró en la alcoba común, en la que ya estaba durmiendo Ned en su cama. Observó al «gángster» detenidamente. Dormía profundamente, a juzgar por su respiración, tranquila, sosegada.

Con la maestría propia de un ladrón, hurgó en los bolsillos de la americana de Ned, sacando su cartera, que examinó detenidamente. En realidad, poco tenía que ver, pues, salvo un centenar de dólares en billetes y algunos papeles con cuentas por él hechas, de gastos, nada más había.

Lo dejó en su sitio y después se sentó en su cama, pensativo. Estaba deseando que llegase la noche, las doce y media, para acabar con aquella pandilla de facinerosos y poderse dedicar de nuevo, y tranquilamente, a acompañar a Elisa, por quien ahora sentía un verdadero temor, ya que, aunque mucho confiaba en la Policía y en el

F. B. I.,

para aniquilar a la banda, en las mejores condiciones, gracias a su informe dado a Duncaster, una bala disparada al azar jamás se sabe adónde va a ir a parar.

Se tumbó y cerró los ojos. Ned roncaba tranquilamente, y la casa parecía entregada a su soledad, exceptuando el salón de la taberna, donde algunos clientes charlaban.

Se quedó dormido profundamente. Pero poco después comenzó a soñar. Una horrenda pesadilla, en la que él figuraba como perseguido a muerte por aquel degenerado Pietro Bossatti, el «boss» que silbaba «Santa Lucía» cuando iba a matar. Iba por las calles de Nueva York, en la noche, durante el día también, corriendo desesperadamente, huyendo de un hombre que no tenía cara, que era invisible, pero que silbaba incansablemente, muy cerca de él, como advertencia de que le iba a arrojar un cuchillo o disparar sobre él. Las gentes le veían correr, asombradas, burlonas, pintado en su rostro un pánico espantoso. También Elisa le llamaba, porque sentía a «alguien» a su lado, que silbaba aquella canción napolitana y que la hablaba con marcado acento italiano, amenazándola de muerte. Y el señor Broome, que, aterrado, oía la misma canción y sentía una extraña presencia invisible, mortal...

El día había sido bochornoso en la ciudad. Densas nubes estuvieron agolpadas en el cielo, negras, plumizas, amenazando una gran tormenta. Las calles despedían un vaho sofocante, irrespirable, bajo aquella cobertura cargada de electricidad.

Hacia las once de la noche, innumerables relámpagos anunciaron la proximidad, tan ansiada por las gentes abrumadas, de calor, del estallido de la tormenta.

Ray, en la puerta de la taberna, fumando, escrutaba el cielo plomizo, deseando también que descargase cuanto antes. Se sentía extrañamente oprimido por no sabía qué angustiosa premonición de desgracia. La pesadilla que le acosara horas antes, con exactas pinceladas de verismo, le había causado aquella depresión angustiosa.

Hacia las dos de la tarde, Duncaster se había presentado de nuevo en la taberna y le comunicó, mediante las señales del Morse, que todo estaba preparado para «recibir» a los «gangsters» en la finca de Broome. Sonrió después afablemente a Ray, dándole ánimos, y se marchó tranquilamente.

A las doce de la noche ya estaba la tormenta deshecha sobre Nueva York, dejando caer sobre la ciudad una cortina de agua en forma de catarata. Los relámpagos cruzaban el espacio en todos

sentidos, iluminando fantásticamente aquella enorme Babel de altas torres desafiantes.

En Weehauken, al otro lado del Hudson, la quinta de Broome, sumida en la oscuridad, parecía como adormecida por la caricia del agua que la bañaba, después de las horas pasadas en fatigosa sequedad. Un olor a tierra mojada, a flores que revivían, exhalando sus aromas por doquier, envolvía el parque, extenso, rodeado de una baja verja de adobe y troncos de árbol pintados en blanco.

Dos coches llegaron hasta un centenar de yardas de la verja. Llevaban los faros apagados, y los ocho hombres que de ellos se bajaron, envueltos en impermeables y con los sombreros flexibles muy bajados sobre la frente, caminaron silenciosamente durante unos segundos, llevando prevenidas armas cortas y dos de ellas ametralladoras de mano «Thompson».

De la semioscuridad, junto a unos árboles, brotó una sombra, que encendió, durante un segundo, una pequeña linterna eléctrica.

—¿Brown? —preguntó Maiden quedamente.

—Sí. Se puede entrar. Hace un rato debieron acostarse, pues se apagaron las luces de las ventanas y han cesado los ruidos de la casa.

—¿No has visto a nadie extraño, Brown? —inquirió Maiden, con seco acento.

—Nadie ha llegado aquí desde las seis de la tarde, en que relevé a Ned. Si a él se le ha escapado alguien... —repuso Brown, con firmeza.

—Nadie se ha dado cuenta de lo que vamos a hacer —replicó Ned—. No perdamos el tiempo.

—Lo primero es cortar la línea del teléfono. Una vez dentro, ya lo sabéis: cubrirnos las caras con pañuelos y actuar rápidamente —dijo Maiden concisamente—. Si el viejo hace resistencia, se le liquida sin compasión. Quedará la chica en nuestro poder, para hacerla cumplir lo que deseamos. Si la servidumbre no obedece, liquidarla... Todo se ha de hacer en menos de diez minutos, y cada cual sabe ya lo que ha de ejecutar.

—¿No ha venido el «boss»? —preguntó Brown.

Maiden rió sarcásticamente en tono apagado.

—Él prepara los golpes, pero se queda siempre a retaguardia para «fusilar» al que flaquea —repuso con desprecio—. No os

apuréis, camaradas, que ésta es la última vez que ese tipejo degenerado nos manda. Dentro de unos días, cuando cobremos el rescate, a él le daremos de baja en el mundo de los vivos.

Ray, pistola en mano, miraba a su alrededor con ansiedad. No se veía señal alguna de la presencia, de la Policía ni de los agentes especiales del

F. B. I.

Quizá estaban dentro del edificio, que se destacaba netamente, sobre un cielo que poco a poco se iba aclarando, apareciendo algunas estrellas.

—Vamos, amigos —dijo Maiden—. Dos de vosotros, a la puerta principal. Que Ned descerraje, que ése es su oficio, la cerradura sin meter ruido. Tú, Brown, con Bruce, a la parte de atrás, a la puerta de servicio. Tú, «novato» —dijo a Ray, sonriéndole—, conmigo, para entrar como balas cuando Ned abra la puerta. Hay que agrupar a todos, buscándolos por la casa, y maniatarlos. Si ofrecen resistencia... El punto de reunión, terminada la operación, será éste. ¿Alguna duda? ¿Las armas dispuestas? ¡Vamos!

De dos en dos, inclinados, corrieron hasta la verja o muro que rodeaba la mansión de Broome. El franquearla era como un juego de chicos, pues no mediría más de tres pies de altura.

Los ocho asaltantes entraron en el parque. Dos de ellos quedaron allí de centinelas, para avisar si alguien se acercaba.

Ray, todo ojos y oídos, lleno de ansiedad, miraba continuamente, a su alrededor, buscando a sus camaradas.

Se estremeció cuando vio, tras el grueso tronco de un pinabete o alerce, un bulto más oscuro, que prestamente se ocultó. El parque estaba vigilado, y lo que tenía que ocurrir no tardaría en llegar. Quizá detrás de aquellos «parterres» hubiese más policías, como asimismo detrás del invernadero y dentro del edificio. La cosa se iba a poner candente cuando él silbase las dos veces, como se había acordado.

Ya Ned estaba descerrajando la cerradura de la puerta. Lo hacía silenciosamente, hurgando con llaves maestras. Y dos hombres se disponían a cortar la línea del teléfono, que bajaba por una esquina del edificio.

Maiden, silencioso, aguardaba, pistola en mano, a poder penetrar en la mansión.

Ray se apartó poco a poco de ellos, simulando vigilar el parque. Llegó así hasta situarse detrás de un grueso tronco de encina, en la glorieta donde terminaba la estrecha carretera particular, ante el porche de entrada.

Dos agudos silbidos rasgaron el silencio de la noche. Ray se guareció tras el tronco.

—¿Qué...? —exclamó Maiden, revolviéndose como una serpiente a quien se sorprende cuando va a caer sobre su víctima—. ¿Qué es eso?

De entre las sombras del parque brotaron súbitamente muchas siluetas negras, que avanzaron rápidamente, trazando un círculo alrededor del edificio.

La puerta que estaba descerrajando Ned se abrió también repentinamente, y un grupo de agentes de uniforme se precipitó sobre él, golpeándole sañudamente.

De las ventanas del piso bajo del edificio se descolgaron más hombres, de paisano y uniforme, cayendo al parque.

Maiden, lanzando una blasfemia de rabia, buscó un lugar por donde huir de aquella encerrona. Ned luchaba desesperadamente con tres agentes, y Brown gritaba como un loco al otro lado del edificio.

Alguno de los «gangsters» tuvo la malhadada idea de disparar su «ukelele» contra los policías. Fue uno que, con Maiden, estaban todavía libres y corrían desesperadamente hacia la verja.

Una espantosa granizada de balas cayó sobre ellos, y el aire se llenó de alaridos de muerte y ruido de detonaciones de ametralladoras ligeras.

Cayeron bajo las balas los dos que vigilaban los coches y el parque, al pretender detener a balazos a la Policía para huir en los autos. Cayeron Maiden y su otro compañero de la misma forma. Pero salvaron sus vidas Ned, Brown y dos «gangsters» más, que apenas si hicieron resistencia.

Todo quedó tranquilo de nuevo, apenas cinco minutos después de comenzada la pelea. Era así cómo actuaba el

F. B. I.,

generalmente, gracias a sus servicios informativos, a sus medios de operar, a la inteligencia y disciplina de sus agentes e inspectores. Sus golpes eran demoledores y hasta carentes de emoción muchas

veces, debido precisamente a su inmensa potencia, que no daba lugar a resistencia alguna.

Ray penetró rápidamente en la mansión cuando todo acabó.

—¡Elisa! —gritó con todas sus fuerzas, apartando a los policías, que comentaban tranquilamente lo sucedido, disponiéndose a marcharse con los prisioneros.



*Cayeron bajo las balas...*

—¡Ray! —gritó ella, bajando la escalera de una manera alocada, seguida de su padre, que esgrimía un tremendo «Colt» del 45.

Vestía ella una bata de flotante seda y parecía ahora como un ser vaporoso, lleno de singular belleza.

Cayó en los brazos del joven, que la estrechó contra su pecho,

bajo la mirada un poco adusta del señor Broome.

—«Suenan los claros clarines...» —dijo ella, riendo y besándole, llenos los ojos de lágrimas de alegría—. ¡Qué día me has hecho pasar, Ray, al saber que estabas en la madriguera de esos bandoleros! Duncaster me lo dijo...

—Bien, Ray, suelte a la chica, ¡diablos! —rezongó Broome—. Abráceme a mí, si le da igual. Gracias, hijo... Todavía estoy asombrado de lo fácilmente que se ha resuelto este asunto —estrechó férreamente la mano de Ray, sonriéndole con afecto—. Yo no sé qué voy a hacer si me pide usted un premio por su valor al salvarnos de aquel lío...

—Eso me toca a mi dárselo, papá —dijo Elisa—. No te metas en todo...

Los inspectores Irvington, del  
F. B. I.,

y Peck, de la Policía Metropolitana llegaron al «*hall*», donde se hallaban Ray, Elisa y su padre.

—Bueno, Saddle, nos vamos —dijo Irvington, sonriéndole picarescamente—. Ahora, a dormir y olvidar lo pasado, señor Broome.

—Gracias, señores —dijo Broome enternecidamente—. Ha sido todo muy sencillo y tranquilizador. Les agradezco todo y les felicito.

—¿Viene, Saddle? —preguntó el inspector Irvington.

—Me quedo, si me lo permite. No ha acabado todo, jefe —dijo, sombríamente, Ray.

—¿No? La banda ha quedado triturada. La mitad no lo ha contado, por burros. La otra mitad está en nuestro poder...

—Falta el «boss», el jefe. Y debo decirle que mientras ese hombre no muera cuanto antes, no viviremos en paz, ninguno de nosotros tres —señaló a Elisa, a su padre y a él—. Cuando silbe «Santa Lucía», Dios nos ampare...

Los dos inspectores, atónitos, se miraron largamente, sin comprender.



## V



ÁYASE a descansar, Saddle —dijo al fin el inspector Irvington en tono amistoso—. Está usted nervioso, derrengado, y se comprende. Ha hecho un buen trabajo al meterse en la boca del lobo para darnos el triunfo sin costarnos apenas esfuerzo.

—Ande, Saddle —corroboró el inspector de la Metropolitana, Peck, sonriéndole y empujándole hacia la puerta—. Van a creer Broome y su hija que tiene usted...

—¿Miedo? —preguntó Ray, apretadas las mandíbulas y mirando hostilmente al inspector Peck—. Yo no sé, no sé... —Bajó la cabeza, como pensativo—. Ese Bossatti es capaz de hacer algo que escapa a nuestras fuerzas. Mire, inspector: yo no le conozco —cerró los puños, y su rostro se puso contraído por la emoción, dilatándosele las pupilas de los castaños ojos como si fuese a sufrir un acceso de nervios—. No le conozco, pero le oí hablar...

—Ray, domínate —susurró Elisa, cogiéndole de un brazo y

obligándole a sentarse en un diván, a su lado.

Broome y los dos inspectores mirándose con asombro, estupefactos por hallar en Ray, siempre tan alegre, optimista, dinámico, un hombre absolutamente poseído por un pánico que le era imposible ocultar, se sentaron también en unos sillones.

—¡Déjame! —dijo ásperamente Ray, levantándose y tomando de un estuche de cigarrillos, sobre una mesita, uno, que encendió nerviosamente—. Estaba... Sí... Yo no le conozco. No sé cómo es físicamente. Sus hombres decían que no tenía media bofetada, pero lo cierto es que le tenían un miedo espantoso. Después de este golpe, como esperaban salir con bien, iban a deshacerse de él. Bossatti había matado ya a tres de sus hombres. Yo oí, oí... cómo mató a un desdichado muchacho, un niño casi...

Broome se levantó de su sillón y fué hasta la mesita, tomando de ella una botella de «*whisky*» y vasos. Los llenó y ofreció a los dos inspectores y a Ray, que paseaba por el amplio «*hall*», frente a ellos, con gran excitación.

—Beba, muchacho —dijo el anciano al agente especial—, ¡por Dios!, no se deje llevar por los nervios. Creo que lo peor ha pasado —consultó con la mirada a los inspectores, que asintieron con un gesto tranquilizador—. Ahora, ese tipo se esconderá, tan pronto se entere de que se ha quedado solo, y es de esperar que pronto ustedes le pongan la mano encima.

—Oí cómo le mataba —siguió Ray, como si no hubiese oído a Broome, con la copa de «*whisky*» en la mano—. Apenas si habló. Tiene una voz de... —Miró a su novia y sonrió levemente— mujercita que produce náuseas. Es un degenerado. Ellos, sus hombres, decían que es un esquizofrénico, un loco, un peligroso neurótico. Apenas si habló, con su acento italiano. Pero el muchacho estaba muerto de pánico, pidiéndole perdón, creo que de rodillas, llorando. Bossatti reía muy bajito, quizá gozando indeciblemente al ver cómo el pobre Roy estaba muriendo de miedo, suplicándole le dejase vivir. Estábamos en el pasillo todos y a nadie se nos ocurrió entrar en el cuarto donde estaba él con el chico y matarlo como a un perro rabioso. Yo no debía hacerlo. Me interesaba que aquello fuese así. Creo que tampoco me hubiera atrevido a entrar...

—¡Ray! —exclamó Elisa, pálida, de asombro, mirándole con

enojo—. No estás bien de la cabeza, no lo estabas entonces, por lo que veo.

—Saddle, domínese —dijo severamente el inspector Irvington—. No nos quiera hacer creer ahora que es un cobarde. Un hombre no debe tener miedo a otro hombre, sea como fuere... Usted se vi o rodeado de una atmósfera especial, deprimente, con la muerte rondándole desde el momento en que, fué allá. Se lo jugó todo a cara o cruz, como un hombre. Todo pasará muchacho.

—Sí, —dijo Ray, y bebió de un solo trago el «*whisky*» de su copa —. Cuando le meta una bala en la cabeza, ¡cuando le aplaste con el pie su maldito corazón podrido! ¡Cuando jamás pueda volver a silbar entre dientes esa canción napolitana, precursora de su acción homicida! —Se inclinó sobre los dos inspectores, saltones los ojos, rodeados de un cerco sanguinolento, y dijo, muy bajo, roncamente —: Le oí silbar «Santa Lucía» entre dientes, mientras el muchacho, sollozando de horror, aullando como un condenado a tortura, retrocedía ante él, derribando sillas, esquivándole... Silbaba entre dientes cuando disparó sobre Roy, y seguía silbando cuando el chico cayó al suelo. Seguía gimiendo y disparó de nuevo él, silbando bajito, recreándose en lo que estaba haciendo. Y nosotros, inmovilizados por el horror, escuchábamos, pegados a la pared del pasillo, temiendo que saliese, silbando entre dientes, y nos matase uno por uno, como pájaros cautivos de su mirada, de su silbido de serpiente.

Irvington, pálido de emoción, se levantó de su asiento y cogió de un brazo a Ray.

—¡Vámonos, Saddle! —dijo con energía, autoritario—. No puedo tolerarle que se deje llevar por los nervios... y que nos influya también, ¡diablos! No doy por la vida de ese idiota teatral ni cinco centavos, ¿entiende? Y usted también lo sabe, majadero... Vámonos. Acuéstese y duerma. Mañana me vendrá, avergonzado, a pedirme perdón por haberse sentido también un poco histérico. Buenas noches, señor Broome. Dejamos dos agentes de vigilancia, aunque sea innecesaria tal medida. Ese Bossatti está ahora metido en alguna alcantarilla tratando de pasar inadvertido. Ya caerá. Buenas noches, señorita Broome. No crea que su Ray es siempre así —sonrió, mirando burlonamente al joven, que, muy pálido, se dejaba llevar.

—Adiós, Ray —dijo, un poco desdeñosamente, Elisa, estrechando la mano de su novio—. Descansa y no pienses en cosas ridículas. El inspector tiene razón; ese hombre se guardará muy mucho de hacer acto de presencia en bastante tiempo. Buenas noches, inspectores. Gracias por todo. No olvidaremos...

Salieron al jardín, tomando el coche. Ray, confuso, como avergonzado, apenas si pudo despedirse de su novia y de Broome, que le golpeó la espalda animosamente. Parecía como si el joven agente especial fuese un hombre que jamás dio muestra alguna de valor; un despreciable muchacho que estuvo en un rincón, atemorizado, cuando ocurrió el dramático episodio de la caza de los «gangsters»; como si él no hubiese sido, con su valor, decisión y serenidad, el único autor de aquella hecatombe ocurrida a aquellos bandoleros. Los inspectores, Elisa, Broome, parecían haber olvidado todo aquello para tratarle conmisericordias, con desprecio, creyéndole un pobre héroe casual, que, después de verificada su hazaña, se moría de miedo al pensar en el peligro pasado.

—Llévenme a Centre Street —dijo el joven cuando el coche arrancó—. Necesito...

—¿El qué? —preguntó secamente Irvington, gruñendo sordamente—. Que no se diga, muchacho... Aunque fuese verdad que ese Bossatti es así, ¿qué?

—No se ha lucido mucho, Saddle, ante su novia —murmuró el inspector, y lanzando el humo por la ventanilla abierta—. Comprendo que los nervios trastornan al más templado, pero opino que no tiene motivos para sentirse tan... alterado, tan espectacularmente aterrado porque un hombrecillo, un degenerado, haya escapado de la trampa.

—Inspector —repuso secamente Ray—: tema usted siempre mucho más a un degenerado, a un hombre que apenas si lo es, que a uno que se siente muy hombre y acude, como tal, a la lucha, por muy feroz que sea. Puedo decirle que me las he visto con tipos de degenerados y siempre he hallado en ellos una crueldad, un sadismo en hacer el mal, algo tan repugnante y temible,...

—Cierto. Parecen no tener nervios, ni sensibilidad, ni sentimientos —afirmó Irvington—. Cuando he tenido ante mí a uno de esos tipos es cuando me he cebado en aplicarles el tercer grado. Me parecía estar acogotando una serpiente. Déjele, que como le

echemos la zarpa...

El coche se detuvo ante el edificio sede de la Policía Metropolitana y del

F. B. I.,

local. Ray bajó prestamente del vehículo, empujando a sus jefes, que se miraron asombrados.

—Está endiabladamente nervioso —dijo quedamente Irvington a su colega de la Metropolitana—. Dejémosle.

Ray, en la acera, miraba ansiosamente aun lado y otro de la calle, como si buscara a alguien. Realmente, la vía estaba casi desierta. Algunos peatones pasaban tranquilamente, y un par de coches estaban parados ante el edificio de la Policía.

—¿Vamos? —dijo suavemente Irvington a Ray, empujándole al portal—. ¿Qué piensa hacer ahora, en vez de irse a la cama? Le llevará un coche a su casa.

—Quiero interrogar a esos que han quedado de la banda —repuso roncamente Ray—. Si me lo permite usted, claro.

Irvington no contestó. Llegaron al despacho del inspector. El inspector Peck se despidió de ellos, entrando en el pasillo donde estaba el suyo.

—¡Hola capitán Boynton! —dijo Irvington, saludando a un oficial de uniforme de la Metropolitana, que se levantó de la silla, ante la mesa donde estaba escribiendo—. ¿Qué tal la visita a la taberna de Fankfort Street?

—Regular, jefe —dijo el capitán, moviendo la cabeza con pesimismo. Era el capitán Boynton de alta estatura, de unos cuarenta y cinco años de edad, de rostro risueño y carácter optimista, jovial—. No muy bien que digamos...

—¿Y eso? —inquirió el inspector, arrugando el ceño—. ¿No han hecho prisioneros? ¿Resistencia y, como consecuencia, sarracina?

Ray, todo oídos, anhelante, se sentó nerviosamente.

—Cuando fuimos, después de las doce y media, como nos ordenó usted, encontramos un cadáver. Y a nadie más. El «boss» había huido, si es que estuvo allí, que lo dudo.

—Bueno. Y ¿quién era el muerto? ¿Se le ha identificado?

—Sí. Llevaba el mandil de «barman». Un hombre alto, fuerte, rubio...

—El dependiente, sí —afirmó Ray, estremeciéndose—. Muerto...

No sé por qué. Parecía muy adicto a Bossatti, el «boss».

—Tenía una herida de cuchillo en la garganta —siguió el capitán Boynton—. Registramos la casa, sin hallar a bicho viviente. Armas, cajas con estupefacientes. Y retratos de muchachos guapos —rió el capitán— en una alcoba que parecía la de una refinada señorita. ¡Dios, lo que nos reímos! No vivía allí una dama, no, porque vimos trajes de hombre, estupendos, corbatas, zapatos...

—El dependiente muerto de una cuchillada lo fué por Bossatti —dijo Ray, con convicción—. Le arrojó el cuchillo, como si lo viera.

—No sé. Allí no había nadie que lo aseguras. Y el caso es que cuando llegamos —siguió el capitán— vi un coche apostado en la esquina. Un hombre pequeñito subía a él, al parecer muy contento...

—¿Por qué? —inquirió el inspector, mirando de reojo a Ray, que se levantó vivamente, lleno de curiosidad.

—Porque iba silbando entre dientes... —repuso el capitán.

—«Santa Lucía» —gritó Ray, cogiendo de un brazo al capitán y volviéndole violentamente hacia él—. ¡A que sí!... ¡Era él!

—¿Quién era él? —exclamó Boynton, hostilmente, soltándose de Ray—. ¿Qué diablos le pasa? Silbaba eso, en efecto. ¿Quién era, si usted lo sabe?

—¡Bossatti! ¡El «boss» a quien iba usted a buscar! —exclamó Ray, irritadamente—. Y por lo visto, haciendo deducciones, él contempló desde lejos la destrucción de su «gang» en el asalto a la casa de Broome, regresó a la taberna y eliminó al dependiente, considerando que podría delatarle si caía en nuestras manos. Yo creo que ese dependiente sabía dónde se refugia Bossatti. Tiene varios escondrijos, según oí decir a uno de sus hombres. Maiden, el segundo, sabía dónde estaban, pero lo hemos matado, y ahora... ¡Ese Bossatti, capaz de matar a su padre, si con ello fuese él ganando algo!

—Si yo hubiese tenido alguna filiación de él —se excusó el capitán Boynton—, no se me habría escapado.

—¿Le vió usted la cara? ¿Podría hacer una descripción de él que nos permitiese...? —sugirió el inspector, caviloso.

—Tenemos quien lo puede hacer, jefe —dijo Ray, levantándose nerviosamente, como si un acceso de delirio estuviese sacudiendo continuamente—. Abajo están los prisioneros y lo dirán. ¡Voy a

interrogarles!

—Nunca he visto así a Saddle —murmuró el inspector Irvington, haciendo un gesto de preocupación cuando el joven agente especial salió como una tromba del despacho—. Se ve acometido de una especie de pánico o complejo de inferioridad con respecto a ese criminal, y eso le va a perder. Puede hacer mil disparates, e incluso volverse loco, creyéndose perseguido, viendo por todas partes a ese fantasma u oyendo su canción silbada. Capitán: hagamos lo que podamos por capturar a ese tipejo asqueroso. Ordene a sus patrullas volantes recorran esos lugares clásicos donde los maleantes suelen refugiarse cuando se ven acosados por nosotros. Yo diré ahora a Peck que mueva a los confidentes y delaten la presencia de Bossatti.

—Bien, jefe —repuso el capitán Boynton, poniéndose la gorra—. Aprecio de veras a Ray. Alguna vez me sacó de compromisos con su valor y decisión. Y me ha sucedido también que cierto malhechor me quitó el sueño cuando me enteré de que había salido de la cárcel, cumplida su condena. Me las había jurado y tuve que matarlo..., porque vino por mí como una fiera.

—Bueno, Ned —dijo Ray, sentándose al lado del «gángster», que estaba esposado, sentado en su cama, en la celda—. Vengo en son de paz. Interrogatorio de primer grado, ¿eh? Si te portas bien, te prometo aligerarte de una buena cantidad de pena que pueda caerte.

—Me da asco verle —murmuró Ned despectivamente—. Le creí un honrado compañero, uno del gremio, y no un espía, un traidor... Pero, bueno, usted ya vió que yo no he sido malo. Realmente, nunca me he manchado las manos de sangre, se lo juro —añadió en tono melifluo, exculpatorio—. Ni disparé cuando ustedes se nos vinieron encima. Ya me di cuenta de que usted no era de los nuestros, pero me callé...

—¡Bueno, bueno, Ned! —repuso, violentamente, Ray—. No me vengas ahora con cuentos de que sabías lo que yo era y me perdonaste la vida. Ya sabes lo que te he prometido si «cantas» bien. No te pido, sino algo que hasta quizá te agrade decirlo. Fíjate bien: dime dónde se puede ocultar Bossatti, vuestro «boss». Le teníais odio, y con razón. Es un perro inmundo. Él os lanzó a una empresa idiota...

—Eso sí que es verdad —asintió Ned, rotundamente, mirando a

Ray con humildad, aduladoramente—. Es un medio hombre repugnante. Nos le íbamos a cargar lindamente, y a no haber sido por ustedes...

—Eso es. Bueno; di dónde se oculta, Ned. Por las buenas, hombre...

Ned pareció reflexionar profundamente, hundido el mentón en la palma de la mano. Ray le zarandeó violentamente, incapaz de dominar sus nervios.

—Es para hoy, Ned —díjole, roncamente, brillando en sus ojos una luz siniestra—. Tengo que coger a Bossatti... y matarlo, Ned. Es una serpiente de la peor especie, y mientras viva no habrá tranquilidad ni reposo para mí. Te hablo como un hombre que se dirige a otro que fuese honrado. Me estoy rebajando a ti, ya lo ves. ¡Habla, Ned, o de esta hecha no lo cuentas tú tampoco! Sabes dónde se puede ocultar, ¡lo sabes!

Ned, aterrado, se estremeció bajo la férrea mano de Ray, que le apretaba implacablemente el cuello, por la nuca.

—Favor por favor, señor agente —dijo, al fin, suspirando hondamente—. Usted me aligera de responsabilidad en lo que pueda, y yo se lo digo. Bueno, pues..., que yo sepa, por lo que oí a Maiden, Bossatti tenía tres o cuatro sitios de confianza donde poder ocultarse.

—Sí. Aprisa, Ned, que el tiempo pasa y él puede hacer mucho daño —dijo Ray, dominando a duras penas su impaciencia—. Vamos, suéltalo...

—Tome nota —dijo Ned, dándose importancia—. ¿Un cigarrillo, amigo, para ir haciendo memoria? —Tendió sus manos, juntas las muñecas por las esposas.

Ray le propinó una terrible bofetada, arrojándolo violentamente hacia atrás, en la cama. Después, tranquilamente, sacó un bloc de notas y un lapicero. Dijóle suavemente, pero con intención enconada, agresiva:

—Yo no soy tu amigo, bandolero. Y hablarás o te despellejo, te lo advierto.

Ned, sangrando por la nariz, temblando de miedo, sin osar mirar a Ray, murmuró, quedamente:

—En Clifton, Nueva Jersey... ¿Ya sabe?

—Sigue. Lo sé. Precisa más la dirección.

—Ackerman Avenue. Va a dar a la presa del río Passaic. Una casa rústica, de un amigo suyo, llamado Glen. Es confidente de Bossatti. La presa es la Dundee, y Glen, uno de los guardas.

—Bien. Otra dirección, Ned. ¿Quieres un cigarrillo? —Se lo dió y con su mechero lo encendió—. Vamos; sigue...

—Spruce Street, setenta y nueve. Muy cerca de Frankfort, donde la taberna, ya sabe...

—Sí. El condenado sabe dónde meterse. ¿Otro amigo que le guarda?

—Sí. Un tal Hester. Un... degenerado como él. Depositario de estupefacientes, como Glen. Ande con cuidado con ese Hester. No silba como el «boss», pero mata a tiros, que es un gusto, sin quitarse la sonrisa de los labios. Es suave, suave... Yo lo vi una o dos veces y me quitó el sueño para una temporada. El caso es que es guapo como una «miss América» —rió, nerviosamente.

—Otro, Ned —dijo Ray, lanzando un suspiro de impaciencia—. El tercer refugio.

—Vaya a la parte trasera de los muelles Diecinueve y Veinte, sobre el Hudson. Donde están atracados los «*ferrys*» de Jersey City. Hay allí unas casacas de marineros, especie de posadas, con unos amigos de cuidado. No vaya solo, si me quiere hacer caso. En la tercera, la de en medio, encontrará a un tal Montauk. Es el dueño de la posada. Nunca habrá visto un hombre más bestia que él. ¡Si llegase a enterarse de que le he denunciado! Bueno, y yo no sé más.

—¿Nada más, Ned? —preguntó Ray, mirándole fijamente—. Si me oculta alguna otra dirección a sabiendas, Dios le ampare...

—No creo que tenga más refugios el «boss». Yo al menos no sé de ninguno más —dijo Ned rotundamente—. Si le he engañado, aquí estoy para responder. Y espero que usted, agente, haga por mí lo que pueda... Yo no soy tan pillo como usted cree. La vida, el estar uno sin nada que hacer al venir la desmovilización, el vino, las mujeres...

Ray salió presurosamente de la celta. Estuvo dudando si subir a ver al inspector Irvington o salir de Centre Street para comenzar inmediatamente la búsqueda de Bossatti. Optó por subir. Y abrió la puerta del despacho.

—¿Qué? ¿Ha sacado algo en limpio? —inquirió el inspector, mirándole curiosamente. «Este chico ha perdido por completo todo

control sobre sí mismo», se dijo, alarmado al ver la expresión del rostro de Ray, demudado, febril, con la mirada continuamente inquieta.

—Ha «cantado» bien. Le he sacado tres direcciones donde Bossatti puede esconderse cuando las cosas le van mal. Y voy a actuar ahora mismo, jefe.

—A ver esas direcciones —repuso hoscamente Irvington, tendiendo la mano—. Soy yo el que manda, Saddle, ¿verdad? Y usted se va a ir ahora mismo a la cama. Histerismos, no, muchacho. Este asunto lo voy a liquidar fácilmente, hijo. Una redada, y todo solucionado.

—Está usted en un error, jefe. Cree que Bossatti es tonto, ¿verdad? Me apuesto lo que quiera a que él no se encuentra ahora en ninguno de esos lugares, como tampoco lo estaría yo ni usted en el caso de él. Si sabe que Ned y Brown están en nuestro poder y van a «cantar» sobre esto, lo menos que hará será no ir a esos sitios, que le parecerán, lógicamente, unas ratoneras.

—Entonces, Saddle, ¿a qué tanto interés en querer saber ahora mismo dónde se puede ocultar? —preguntó, con asombro, Irvington—. Si no lo va a encontrar en esos sitios...

—Lo he querido saber porque quiero acorralarlo, empujarlo a uno de esos sitios, que yo sé ya, y allí aplastarlo, hacerlo trizas... Y no diga que no nos es de utilidad saber quiénes son sus cómplices. Pero ahora hay que dejarlo todo como si nada supiésemos, jefe. Tome: copie las direcciones.

Irvington examinó el papel que le integró Ray y copió su contenido.

—Este asunto lo llevo yo, jefe —dijo Ray, después que le revolvió el papel su jefe—. Lo llevo yo... y solo —su acento era helado, lleno de dramatismo—. Porque sé que si dejo vivir a Bossatti, él me mata, me mata... Tardará más o menos, pero me mata. Y matará a Elisa y a Broome. Nadie, sino yo, podrá encontrarle, seguirle, acosarle y llevarle hasta la muerte. Es cosa de uno solo, jefe. Jamás me perdonará que yo me haya metido en su «gang» y lo haya destruido, dejándole a él solo, huido. ¿Me entiende, jefe?

—Sí, sí... —repuso, emocionadamente, Irvington contemplando con asombro a su subalterno—. Creo que tiene usted razón, pero

también es cierto que usted no está en condiciones de luchar ventajosamente contra él. ¡Usted tiene miedo, Saddle, a ese hombre! ¡No lo niegue!

—Si entiende usted que es miedo el preocuparse uno porque se vea amenazado de muerte, una muerte a traición, y no solamente uno, sino varias personas más, tengo miedo, en efecto —repuso Ray, temblándole el mentón de rabia—. ¿Tiene miedo el

F. B. I.,

porque luche contra los enemigos del bien común, porque se preocupe y, en ciertos momentos, se sienta en inferioridad respecto a esos enemigos y adopte medidas de prudencia, «de miedo»? ¿Tiene miedo el Presidente Truman cuando permite que agentes nuestros y secretos le guarden? Yo me guardaría muy bien, jefe, de calificar de «miedoso» a un hombre que nunca ha sido cobarde. ¡Qué más quisiera yo que tener ahora frente a mí a ese Bossatti, y a cinco Bossatti más!

Irvington movió la cabeza, quizá no muy convencido por los argumentos de su subordinado. Para él, Ray estaba pasando por unos momentos de honda crisis nerviosa, de complejo de inferioridad con respecto a aquel asesino, y esto le inquietaba profundamente. Sabía muy bien que Ray no era cobarde, que nunca lo había sido y que era de esperar que no lo fuera, cualesquiera que fuesen las circunstancias en que se viera envuelto. Pero aquella excitación que sentía el joven, como un fatalismo o certeza de que iba a ser asesinado por Bossatti, equivalía a tanto como entregarse a él sin ninguna moral combativa, y por ello, a salir derrotado.

—Bueno, bueno —dijo, suavizando el tono de su voz—. Haga lo que crea oportuno. Luche solo, pero luche bien. ¡Pegue duro, Ray! Piense que no tiene ante usted un dragón de siete cabezas, ni un monstruo mitológico de cien vidas. Adiós, muchacho, y suerte.

Y pensó que a aquellas horas ya el capitán Boynton estaba buscando a Bossatti con docenas de hombres a sus órdenes.

## VI



AY salió del despacho de su jefe más animado. Le quedaba aún la amargura de haber escuchado de labios del inspector Irvington que le suponía acobardado, que tenía miedo a Bossatti. Y, en efecto, reconocía que tenía miedo a aquel hombrecillo, mas no un miedo como lo entendía el inspector. Ya demostraría que no era él un cobarde, que jamás lo había sido.

Entró en el despacho de agentes especiales, desierto a la sazón. Fué al teléfono y llamó al domicilio de Broome. Miró la hora en su reloj de pulsera y vió que eran casi las tres de la madrugada.

—¿Qué hay? —Gruñó, malhumoradamente, el propio Broome.

—Soy Ray, señor Broome —dijo el joven, un poco temblorosa la voz—. Espero que no haya ahí ninguna novedad, ¿verdad? ¿Está Elisa acostada?

—¡Hola, Ray! Que yo sepa, no hay novedad —repuso el anciano, un poco burlona la voz—. Espere, voy a conectar con Lissa, que debe estar durmiendo. ¿Y usted? ¿Está más tranquilo? Buenas noches, amigo.

Sonó un chasquido en la línea, y la voz soñolienta de la joven llegó a oídos de Ray, que se reprochó el haberla llamado tan intempestivamente.

—¡Qué sorpresa, Ray! —dijo ella, en tono indiferente, reprimiendo un bostezo—. ¿Qué tal te encuentras, querido? Debieras estar durmiendo, después de tanto jaleo...

—Quería saber si había alguna novedad por ahí —contestó él, percibiendo la frialdad del acento de su novia—. Siento haberte despertado. Perdóname.

—¿Qué novedad podría haber, Ray, cuando gracias a ti podemos dormir a pierna suelta? Además, aquí están dos tremendos agentes, que me parece están durmiendo beatíficamente. Dime: ¿te encuentras mejor de tus nervios? Me hiciste pasar un mal rato con tus temores... infundados. Acué...

—¡Buenas noches! —exclamó Ray, impulsivamente, colgando después el aparato con brusquedad.

Quedó unos instantes silencioso, fija la mirada en el suelo con terrible obstinación. Se rehízo y fué hasta una de las ventanas que daba a la calle. Se asomó y oteó durante unos momentos las aceras, los pocos transeúntes que pasaban de tarde en tarde. Estaban dos coches parados ante la puerta, y un tercero, más lejos, casi esquina a Baxter Street.

Salió a la calle, no sin antes mirar a un lado y otro de la acera, y enfrente. Un agente de uniforme estaba en el umbral, de guardia, y le saludó amistosamente cuando él partió, con paso apresurado, hacia Broadway por Grand Street. Había decidido, en efecto, ir a su casa, dormir y luego planear serenamente la captura de Bossatti. Reconocía que estaba excesivamente nervioso, y todos lo habían notado, aunque se equivocaban al juzgarle como invadido por el miedo. Mejor sería dormir. Llevaba dos noches sin apenas descansar, con una tensión nerviosa espantosa. Dormir, sí...

Pasó ante el coche que estaba parado en la esquina de Baxter Street.

Era un modelo algo anticuado. Un «Mercury» del año 45 ó 46,

tal vez. Matrícula N. Y. 345-7-334. Color azul marino...

Vió que dentro había un hombre, aunque las luces estaban apagadas, así como los faros. Fumaba. Brilló en la mano la lumbre del cigarrillo al sacudirlo fuera de la ventanilla para arrojar la ceniza. No sabía si Bossatti fumaba o no.

Lo dejó atrás, aunque volvió la cabeza dos o tres veces, por si el hombre se bajaba del vehículo.

Dobló la esquina para entrar en Grand Street. Y apresuró el paso para llegar a Broadway, la inmensa vía cuajada de luces multicolores de los anuncios de neón, donde circulaba más gente todavía y los coches corrían en mayor número.

Se volvió para mirar atrás. Ya estaba en Broadway. Todo seguido hasta llegar a 4th Street, y la continuación, Washington Square, y después, Waverley Place, en la misma plaza, donde estaba su casa.

Se cruzó con varios hombres, que caminaban tranquilamente, gozando de la apacible noche. Todavía a aquella hora estaban abiertos algunos «*night club*», ante cuyas puertas de entrada estaban los uniforma dos porteros, y filas de coches esperando.

Volvió la cabera de nuevo. Y se detuvo, como clavado en el suelo o como si se hubiese convertido en una estatua de sal por divina condenación.

Un hombrecillo caminaba tras él. Como a cuarenta yardas de distancia.

Un terrible estremecimiento lo sacudió de cabeza a pies. Y su frente comenzó a sudar copiosamente. Un sudor helado, al par que la angustia, le atenazaba el corazón. Quiso decirse que aquel hombrecillo, envuelto en una trinchera clara, con el cuello subido y el sombrero flexible de anchas alas, echado sobre la cara, podía ser un pacífico viandante, un buen señor con perfecto derecho a pasear por allí a aquellas horas o que volvía a su domicilio, como él mismo hacía.

Recordó entonces que había cometido un olvido imperdonable al no haber preguntado a Ned, el «gángster», cómo era físicamente Bossatti. Era, sí, un hombre pequeño, que «no tenía media bofetada», pero esto no bastaba para reconocer a Bossatti entre los hombres bajitos que pudiera encontrarse en adelante. Tampoco era cosa de «fajarse» a tiros con todos los hombrecillos que se

encontrase, por si eran Bossatti. En cambio, el «boss» sí sabía cómo era él, y esto era terrible para él, para Ray.

De nuevo comenzó a caminar. Sintió deseos de esperar a que el hombrecillo llegase a su nivel, pero algo en su interior le empujó, con fuerza irresistible, a seguir andando. Y más aprisa aún. Un extraño silbido, un cuchillo arrojadizo... y se vería agonizando, estúpidamente asesinado por aquel implacable enemigo esquizofrénico, degenerado, feroz.

No volvió la cabeza hacia atrás, porque estaba seguro de que el hombrecillo le seguía. No hacía falta volverse. Sintió tras él unos pasitos rápidos, como los de un hombre pequeño que acelera el paso. Esto era significativo. Como lo fué el que estuviese el coche parado casi frente al edificio de la Policía, en Centre Street. Bossatti le estaba esperando en su coche, por si él, Ray, iba en otro. Al verle ir andando se bajó, y ahora le seguía también andando. Bossatti sabía que su enemigo no debía temer una filiación detallada de él, pese a que le dieran datos sobre sus facciones. No es lo mismo ver a una persona que tratar de reconocerla por detalles que le han dado a uno. Además, llevaba el cuello de la trinchera subido y el ala del sombrero muy bajada. Otro dato sospechoso...

Ray caminaba con largas zancadas, sin volver la cabeza. Quizá Bossatti pudiese creer que estaba equivocado si no volvía preocupadamente a mirarle. Aparentar indiferencia, aunque andando aprisa, más aprisa aún...

Los pasitos del hombre pequeño iban atrás, rápidos, sonando en el cemento de la acera como el taconeo de una mujer que fuese muy aprisa. Y Ray, lívido, empapado en sudor todo su cuerpo, desenchajado el rostro, temblando de rabia y emoción, alargaba sus piernas y caminaba ya como si alguien efectivamente le fuese siguiendo.

Un agente de la Metropolitana, apostado en la esquina de East Houston con Broadway, al lado del indicador de señales de circulación, que a aquella hora no funcionaba ya, se volvió para mirarle curiosamente. Ray se fué a él, rectamente, para colocarse a su lado y esperar a que Bossatti, si era él, pasase; pero la vergüenza de verse interpelado por aquel gigante para que después pudiese ser que el hombrecillo no fuese Bossatti...

Se desvió bruscamente cuando estaba a dos pasos del agente,

que ya se le encaraba, atento, enarcando las cejas, esperando que Ray le dirigiese la palabra. Y el asombro del servidor de la Ley se trocó en una sonrisa conmisericordiosa al verle girar como un soldado al dar la media vuelta. Supuso que estaría borracho y no hizo ademán alguno para salirle al paso.

Ray miró ahora hacia atrás. No oía los pasitos del hombrecillo.

Efectivamente, su seguidor no estaba ya a sus espaldas. Cruzaba la calle rápidamente, indiferente al parecer, y seguía después, con su taconeo femenino, por la acera de enfrente.

El agente especial reanudó su caminata a largas zancadas, llevando la delantera al hombrecillo. No sabía por qué prefería ir delante, en vez de dejar que el otro le adelantase. Temía que al llegar a su nivel le disparase un balazo, ahora que no cabía el ser agredido por un cuchillo arrojado.

Llegó ya a S. W. 14th Street y distinguió la arboleda y los focos que iluminaban la Washington Square Park, verde de hierba y arbustos. Torció y penetró en la estrecha calle que desembocaba en la gran plaza-parque.

Miró de reojo a su seguidor, que ahora había aflojado la marcha, entretenido en encender un cigarrillo. «Una treta demasiado conocida —pensó Ray, apretando el paso— para saber la dirección que toma el perseguido y luego seguirle sin adelantarle,»

Llegó a Waverley, su calle. El taconeo, detrás, cómo a veinte yardas...

El número 75. Su casa, de 18 pisos. El portal, abierto, y dentro, durmiendo, el vigilante de noche.

Dio un salto, incapaz de controlar ya sus nervios, y penetró en el anteportal, ante el ascensor, lanzando un grito ahogado, a duras penas, de alivio. Se puso a escuchar... Miró tras los cristales, a la calle.

El hombrecillo pasó rápidamente, con su taconeo femenino. El sombrero inclinado sobre el rostro; el cuello de la trinchera subido. No desvió la mirada, para ver si Ray se había metido allí o no. Absolutamente indiferente... Y poco a poco, el taconeo dejó de oírse.

—Buenas noches, señor Saddle —dijo el vigilante, abriendo la puerta del ascensor—. Tarde viene usted esta noche. Dentro de un par de horas será de día, o antes. ¿Mucho servicio?

—Regular. ¿Ha venido alguien a preguntar por mí, Donald? —inquirió Ray, entrando en la cabina.

—Han preguntado por teléfono si usted vivía aquí. Dije que sí...

—¿Eh? —dijo Ray, volviendo a sentir que su frente se cubría de frío sudor—. ¿Quién lo preguntaba? ¿Qué dijo? ¿Era un hombre pequeño? Bueno...

—Esto último no suele verse por el teléfono, señor Saddle —replicó, riendo, el vigilante—. Cuando haya televisión en todas partes, sí. Bien; es el caso, que un hombre...; bueno, creo que era un hombre...

—Una voz afeminada, vamos —dijo Ray, haciendo esfuerzos desesperados por mostrar tranquilidad—. Y con acento italiano, ¿no?

—Eso es. ¿Ya sabe quién es, entonces?

—¡Por Cristo, diga qué es lo que le dijo ese hombre! —rugió Ray, lívido de rabia—. ¿Qué habló?

—¡Oiga! —El vigilante se sobrecogió y puso mal gesto—. Pero, señor Saddle, no es para ponerse así, me figuró... Total, apenas si dijo nada. Que si vivía aquí un tal Saddle, del

F. B. I.

Le dije que sí, y que usted no estaba en su departamento. Me dijo que gracias, que volvería a llamar...

—¿A qué hora llamó? —inquirió Ray, apoyándose en la verja del ascensor.

Se sentía muy enfermo, vacilante, y era inútil que tratase de dominar sus encabritados nervios, como estaba tratando de hacer.

—Hacia la una y media. Desde luego, debe ser un italiano. Esa dulzura en la pronunciación... —quiso explicar Donald, oficioso.

—¿Dijo quién era él? —preguntó Ray, anhelante.

—Debe ser un tío guasón, porque al preguntarle yo de parte de quién, me dijo burlescamente: «Dígale que de parte de su “boss...”». Y colgó. Nada más señor Saddle. Yo no sabía que fuese usted un “gángster”».

—Gracias. Envíeme al «cielo». Buenas noches. Donald —repuso Ray en un susurro.

Subió él ascensor rápidamente hasta el piso 14. Allí, Ray se bajó de él y fué por el pasillo adelante, pistola en mano, hasta llegar ante su departamento, el 22. Abrió la puerta y alargó la mano,

encendiendo la luz del «hall», sin dejar de apuntar con la pistola hacia adelante. Escuchó durante varios segundos antes de dar un paso adelante. Lo hizo al fin, como un gato en casa extraña, oliscando continuamente, la mirada inquieta, presto a saltar de costado, mientras disparase todas las balas de su arma al menor atisbo de peligro, de movimiento en las cortinas del «hall», tras los dos sillones...

Lanzó un suspiro de alivio cuando recorrió toda la casa, castro habitaciones, pequeñas, una cocina, el cuarto de baño, y constató que nadie había allí sino él, y su pánico espantoso.

Se dió una ducha de agua fría y seguidamente metióse en la cama. Debajo de la almohada puso la pistola, quitado el, seguro y con una bala en la recámara. Sobre la mesilla, otro cargador de balas. Cerró los ojos y procuró estar muy quieto, muy silencioso, para poder escuchar todos los rumores de la casa, si alguno se producía a aquellas horas. Ahora ya sabía que Bossatti quería matarlo y que estaba buscándole. Que ya sabía también dónde vivía y que, en definitiva, tenía todas las ventajas a su favor.

Sintió dar las cuatro en un reloj cercano. Aún había oscuridad en el exterior, aunque iba haciéndose menos densa. Pronto comenzaría a amanecer...

Media hora más, y seguía inmóvil, fumando, escuchando los ruidos de la calle, que se iban haciendo ya más perceptibles y seguidos. Camiones que pasaban, haciendo sonar sus sirenas o bocinas. Los autobuses, los autos, el ruido del agua de las regadoras de calles.

Otro ruido llamó su atención, haciéndole sobresaltar. Se sentó en la cama, palidísimo, y sacó la pistola de debajo de la almohada.

«Ya está ahí», se dijo, sintiendo latir su corazón con celeridad de vértigo.

Era un ruido casi familiar para él, al que no puso nunca atención. Ahora se la concedía en grado sumo.

Sonaban unos quedos pasos sobre los escalones de hierro de la escalera que había, colgante, para casos de incendio, a espaldas del edificio. La cocina tenía una puertecilla-ventana que daba a la escalera en cuestión. En caso de incendio por la fachada, los vecinos habrían de abandonar la casa por aquella escalera de urgencia.

Sí; eran unos pasos quedos, pausados, pero que forzosamente se

oían, porque el que subía lo hacía sobre escalones de hierro. Y porque la escalera se movía lentamente, haciendo chirriar alguna polea oxidada cada vez que se subía un escalón. Éste era el ruido familiar para Ray.

Se levantó sigilosamente, empuñada la pistola, y fué por el estrecho pasillo, a oscuras, hasta la cocina, deteniéndose en el quicio de la puerta. Allí había más luz, la del amanecer, que penetraba por la ventana de la puerta.

«Si no le mato, me mata él. ¡Quiere matarme!... ¡No descansará hasta matarme, hasta matar a Elisa y a su padre! ¡Pero, sobre todo, a mí, a mí!...».

Los pasos sonaban cada vez más cerca, más arriba. La muerte se elevaba, y pronto, muy pronto, asomaría su carátula espantosa por la ventana, buscándole, para segar su joven vida a traición, a manos de un siniestro hombrecillo, personificación de la abyección.

«Ya está ahí. Ha llegado a la plataforma, terminados los escalones. La polea no gime. ¡Está ahí!... Ha dado un paso sobre la plataforma de hierro. Se acerca, se acerca... ¡Me va a matar!... ¡Si le dejo, me mata, me mata!...».

Vió aparecer en la ventana, en un ángulo, parte de la copa de un sombrero flexible gris. El ala, por delante, muy bajada sobre un rostro aún invisible.

Bossatti, inclinado, iba poco a poco irguiéndose, coma una fiera pronta a saltar, tensos los músculos.

«Va a disparar sobre mí... ¡Me va a ver y disparará!... ¡Dios mío, empieza a silbar entre dientes! ¡“Santa Lucia”!... ¡La muerte!...».

Ray lanzó un terrible alarido de miedo, de rabia, de exasperación propia de un demente por pánico insuperable, y, lanzándose como una catapulta, rugiendo de furor, descompuesta la faz, llorando, se lanzó sobre la puertecilla y con la pistola hizo trizas el cristal, mientras con la izquierda corría el cerrojo de la puerta, que abrió como un rayo, saliendo a la plataforma.

—¡Huyes! ¡Huyes! —gritó roncamente, viendo bajar al hombrecillo los escalones a una velocidad vertiginosa, moviendo las cortas piernas, encogidas, como todo su cuerpo, a una velocidad loca—. ¡Huyes tú!

Comenzó a disparar su pistola ciegamente, asomándose por la barandilla, buscándole para disparar de nuevo, mientras bajaba de

tres en tres los escalones, siguiéndole con inaudita rabia.

La escalera se bamboleaba sobre sus poleas a los vaivenes que le imprimía el tremendo cuerpo de Ray, lanzado hacia abajo como una tromba.

Bossatti disparó sobre él, asomándose sobre la barandilla y mirando hacia arriba. Después, muy encogido, volvió a bajar con aquel ridículo repiqueteo de sus pequeños pies sobre los escalones de hierro.

Ninguno de los dos hacía blanco sobre el otro. Era imposible, con aquellos movimientos violentos, lanzados en un desenfrenado descenso por la movable escalera. Ray ganaba terreno. Bajaba, como un gimnasta, tramos enteros, agarrándose al resbaladizo pasamanos de acero. Dos veces resbaló y cayó rodando hasta el final del tramo. Se levantaba de un salto, inyectados los ojos en sangre, y bajaba, bajaba, acortando la distancia entre él y Bossatti, que disparaba cada vez que le veía al descubierto.

Piso octavo. Séptimo, sexto, quinto...

—¡Espera!... ¡Me buscabas y aquí me tienes! ¡Mátame, si puedes! —aullaba Ray, sollozando y riendo al mismo tiempo.

Y disparó sobre él dos veces más, lanzando un rugido de rabia cuando falló la puntería.

Piso cuarto, tercero, segundo...

Bossatti, al llegar al piso primero, se lanzó desde el final del tramo de la escalera. Un salto maravilloso de agilidad, que dejó a Ray asombrado, inmóvil. Cayó de puntillas, como si fuese un gato, y salió disparado hacia el portal, muy encogido, haciendo regates a las balas de Ray, que se lanzó tras él, en otro asalto por encima de la barandilla.

—¡Donald, a él! —gritó el agente especial, corriendo por el amplio patio a toda velocidad—. ¡Donald, deténgalo!...

Las ventanas todas del inmueble aparecían ya llenas de cabezas curiosas, asomadas, y gritaron, asustados, los vecinos.

Ray llegó al portal, pistola en mano. Cayó de bruces al suelo, al tropezar con el cuerpo de Donald, el vigilante nocturno, sobre el pavimento. A su alrededor corría la sangre en cantidad.

Se inclinó sobre él, jadeando.

—Le ha matado... —dijo roncamente.

Y vio que tenía una enorme cuchillada en el cuello.

Se irguió y reanudó con nuevos bríos la persecución. Salió a la calle y miró a su alrededor.

—¡Asesino! —aulló al verle correr como una libre hacia la acera opuesta, donde estaba un coche azul marino: un «Mercury» de modelo anticuado.

Disparó sobre él dos veces mientras corría desesperadamente, agotando sus fuerzas en la carrera.

Algunos transeúntes, aterrados, corrieron a guarecerse en portales y tras los árboles.

—¡Un coche! —gritó Ray cuando vio partir a toda velocidad al «Mercury» de Bossatti—. ¡Eh, taxi, taxi!...

Uno de los varios taxis que estaban, apostados en la esquina de la gran plaza arrancó y se detuvo ante Ray, que iba a su encuentro.

—¡Digo, si es el señor Saddle! —gritó, excitadamente, el chofer, un joven pelirrojo, abriendo la portezuela presurosamente—. ¿Qué diablos pasa?

—¡Aprisa, siga a aquel «Mercury»! ¡Voy a su lado, en el «baquet»! —gritó Ray—. ¡Lo que quiera si le damos alcance! ¡Es un marrano asesino silbador!

—¡Si no es más que eso, señor  
F. B. I.!...

—exclamó, riendo, el chofer.



*—Le ha matado...—dijo roncamente.*

Y se lanzó el «Buick», modelo 49, a toda velocidad, en seguimiento del lejano «Mercury», que iba por Waverley Place, aún con poco movimiento rodado.

## VII



—RONTO echó de ver el taxista que, aunque él llevaba un coche más poderoso que el «Mercury» de Bossatti, éste sabía sacarle un rendimiento insospechado, además de que lo conducía con enorme pericia.

Mientras corrían por Waverley Place, el «Mercury» les sacó aún más ventaja y llegó a no parecer sino un punto que regateaba temerariamente a los demás coches. Hubo de frenar cuando llegó al cruce peligroso de la avenida de las Américas, tomando la vuelta casi en las dos ruedas del costado izquierdo, para bajar como un relámpago por la larguísima vía, hacia el Sur.

—Se nos va a marchar —murmuró sordamente Ray—. Apriete

ese acelerador sin miedo.

El taxista, un poco pálido, hizo lo que le ordenaba el agente especial, fija la vista en el muy distante «Mercury», El «Buick» pareció saltar como un carnero hacia adelante. El marcador de velocidades indicó las 60 millas por hora. Los demás coches quedaban atrás, en tanto que asomaban sus cabezas, asombrados, los que los conducían.

El taxista, aún más pálido, dejó de pisar el acelerador. Ray le miró escrutadoramente, casi con hostilidad.

—Tiene miedo, ¿verdad? —le dijo acremente—. ¡Se nos va a escapar, y eso no puede ser!

—Yo nunca... he ido tan aprisa, señor Saddle —confesó el hombre—. No tengo bastante serenidad, lo siento. Me costó este bicho mucho dinero, y si lo estrello...

—¡Déjeme conducir! —exclamó Ray imperativamente—. Le respondo de todo cuanto pueda ocurrirle. Frene un poco y véngase a este lado.

El agente especial no dejó que el taxista lo pensase. Frenó con el pie y empujó al hombre a su lado, mientras él saltaba al asiento del volante. Instantáneamente pisó de nuevo el acelerador y lanzó al «Buick» a 65 millas por horas, mientras hacía sonar continuamente el «claxon». Pasaban como rayos los coches que dejaban atrás y se metía en la mano contraria, cuando encontraba un resquicio, para volver a la suya si se aproximaba otro coche.

—Señor Saddle... —murmuró el taxista, muy larga la cara por la preocupación—, piense, que me costó muy caro y que debo aún seis plazos.

—Piense que ese asesino me ha querido matar, y que puede matar a otros, como ya lo ha hecho —refunfuñó Ray, manejando el volante con segura mano—. Y cálese, haga el favor. Vamos adelantando a ese canallita...

Sí. El «Buick» iba ganando terreno al «Mercury», aunque poco a poco. Volaban ambos, haciendo eses y guiñadas a los otros coches y camiones, a los «buses». Y debido a que aún era muy temprana la hora, podían mantener aquella escalofriante velocidad, por el poco tránsito de vehículos y también a que las señales de tráfico aún no funcionaban.

Ray hubo de dar un frenazo cuando los coches que iban delante

de él se desviaron violentamente de su mano. Y era que el «Mercury», al llegar a la esquina con Chambers Street, tomó la derecha en un viraje que hizo rechinar los neumáticos y que el coche oscilase, derrapando peligrosamente.

—Toma ahora por Chambers Street —murmuró el taxista, con el aliento contenido por la angustia, cuando Ray hizo la misma maniobra que Bossatti—. Va hacia los muelles del Hudson...

Ray sonrió con tremenda crueldad, volviendo a pisar el acelerador. Volvió a frenar violentamente, para no echarse encima de un enorme camión de diez ruedas que se le atravesó en el cruce con West Broadway, y contempló, sin apenas enfadarse, cómo el «Mercury» se alejaba vertiginosamente.

—Se nos va, patrón —dijo el taxista, mirándole con asombro—. Corra, hombre...

—Ya sé adonde va —murmuró Ray, sin abandonar su escalofriante sonrisa—. No perdiéndole de vista, no me interesa ahora adelantarle o ponerme a su nivel.

El «Mercury» llegó a la inmensa Elevated Highway, atravesándola de una manera suicida, pues por allí sí había gran tráfico, procedente de los inmensos muelles sobre el Hudson.

—¡Mi coche, patrón!... —gimió el taxista, cuando Ray se lanzó, aunque más despacio que el «Mercury», tras él, haciendo eses por entre los camiones y peatones—. ¡Que le da a ése! ¡Dios, por los pelos! ¡Aaay!... Frene, frene, por favor...

Cuando el joven frenó y detuvo el coche muy pálido, junto a la acera, una vez atravesada la calle, el taxista lanzó un terrible suspiro de alivio.

—Haga la cuenta y preséntela al inspector Irvington, en el F. B. I.

—dijóle con voz trémula, bajándose del coche.

Sacó su pistola, la quitó el seguro y metió una bala en la recámara. Se tentó, dentro del bolsillo de la trinchera, los seis o siete cargadores que llevaba de repuesto, y echó a andar.

—Señor Saddle —dijo el taxista, mirándole temerosamente, mientras le cogía de un brazo—: ¿aviso a la Policía, para que le ayuden? Me parece que se va a meter usted en un mal jaleo, ¿no?

—Quite —dijo Ray secamente, desprendiéndose de él—. Esto es para mí solo. Como soy un cobarde...

El taxista le vió alejarse con paso precipitado, pistola en mano, despeinado, como un demente homicida. Los transeúntes se volvían, temerosos, cuando pasaron a su lado, y se quedaban parados, contemplándole atónitos.

Llegó el agente especial a la parte posterior de los muelles 19 y 20. Había allí, como le dijera Ned, unas casuchas bajas, sucias, en medio de un laberinto de callejas horrendas, por las cuales circulaban gentes de pésimo aspecto: marineros de todas las razas, cargadores de los muelles, maleantes que ofrecían en voz baja toda clase de mercancías de contrabando.

Se detuvo ante la puerta de una especie de taberna, en la tercera casucha. Dos pisos, con ventanas pequeñas de rotos cristales, tapados los agujeros con papeles amarillos. Y la puerta, casi negra de mugre, ante la que estaban sentados dos hombres que trataban de disimular su aspecto de centinelas. Llevaban unos chaquetones de paño, por el escote de los cuales se veían como unos tirantes de cuero, que Ray adivinó eran los que sostenían la funda con la pistola, bajo la axila del lado izquierdo.

El agente especial quiso pasar por el estrecho pasillo que dejaban las dos sillas ocupadas por los maleantes. Pero uno de ellos se levantó un poco, cruzando su brazo para detenerle.

—¿No es esto una taberna? —inquirió Ray, apartando el brazo del centinela con un gesto, decididamente amenazador—. ¡Quite de ahí!

—Está reservado el derecho de admisión —dijo el hombre, levantándose del todo.

Su compañero le imitó, llevándose la mano derecha al interior del pecho.

Ray no dudó un solo segundo. Pensó que allí dentro estaría oculto Bossatti, pese a que su refugio era ya conocido por la Policía y de él mismo. Quizá no tenía donde meterse más que en aquéllos ya conocidos. Y era preciso matarlo cuanto antes, aunque hubiese que exterminar a todos aquellos que le ocultaban y defendían.

Sacó su pistola con un movimiento rapidísimo, bien aprendido en la escuela especial del

F. B. I.,

en Quántico. Y con ella encañonó a los dos hombres, que aún no esperaban la agresión, creyendo que con su gesto fanfarrón podrían

intimidarle.

—¡Adentro y las manos arriba! —murmuró entre dientes, uniéndoles de un violento empujón, para dominarles con el arma—. ¡Adentro, adentro!...

Uno de ellos se mostró remiso en levantar las manos. La pierna derecha de Ray, rápida y potente, fué lanzada como una flecha, en un movimiento corto y seco, golpeando la punta del zapato la ingle del hombre, que lanzó un grito de dolor, encorvándose instantáneamente.

El puño izquierdo de Ray, tan rápido como la pierna, cayó sobre la nuca del ya atontado centinela, que cayó de bruces al suelo como una masa inerte.

Se inclinó Ray, sin dejar de apuntar al otro centinela, que le contemplaba con indecible asombro, muy levantados los brazos, y le arrebató la pistola al caído. Se incorporó después, brillantes los ojos de deseo de matar, y dijo, apretadas las mandíbulas:

—Mételo adentro, tú... Y si haces algo extraño, ya sabes...

El centinela se inclinó para recoger a su compañero. Se lo echó sobre un hombro, y Ray aprovechó aquella postura para quitarle la pistola que llevaba bajo la axila. Le empujó adentro, apoyando en su espalda el cañón del arma.

La pequeña sala del bar estaba en penumbra, y Ray miró a su alrededor con desconfianza. En el fondo, tras el mostrador, estaba otro hombre, de enorme estatura, grueso, con espaldas inmensas. Vestía un jersey fino, a rayas azules y blancas estrechas, manchado. Su vientre voluminoso rebosaba por encima del cinturón que sujetaba unos pantalones arrugados y sucios. Su rostro sin afeitar desde hacía días, era abotagado, de colgantes mejillas, sudorosas, prominente nariz y ojillos bovinos, de estúpida mirada.

—¡Levante las manos! —le gritó Ray, tan pronto lo divisó—. Usted —golpeó con la pistola en la espalda al que sostenía a su compañero desmayado—: tire al suelo a su amigo. Y póngase encima de él, boca abajo...

—¡No le haga caso, Bert! —gritó el que parecía dueño del bar, que no había levantado las manos aún—. Vamos a ver qué hace este niño guapo con la gente honrada...

—Usted es Montauk, ¿verdad? —preguntó Ray, sonriendo ferozmente—. Y dice que es un hombre honrado...

—Soy Montauk, y ningún idiota me ha hecho aún levantar las manos como un cobarde. Dispare si quiere, pero como falle el tiro... —respondió el hombre de mirada de buey, colgantes los brazos, avanzando lentamente hacia Ray—. Dispare, joven... ¡Vosotros, arriba, idiotas!

Ray perdió un tanto su serenidad. También era la primera vez que, cara a cara, un hombre se negaba a levantar las manos cuando para ello era intimidado por un representante de la Ley. Una cosa era matarlo en plena lucha, y otra asesinarlo a mansalva porque no levantaba las manos.

El agente especial avanzó hacia él, y le propinó un terrible puñetazo en el mentón grasiento. Después se echó hacia atrás, encañonando al tabernero. Los otros dos hombres se levantaban, temerosos de la pistola de Ray.

Montauk no se inmutó al recibir el científico golpe de Ray. Cerró un instante los ojos y luego lanzó una risotada que hizo temblar su vientre sobre el cinturón. Abrió los brazos, mostrando unos bíceps enormes bajo la corta manga del jersey, y los puños, velludos y nudosos, como mazas.

—¡Otro, jovencito, si puede! —gritó sin dejar de reír, llorosos los ojillos por las lágrimas.

Y como un bisonte se lanzó, resollando, sobre Ray, que le esquivó ágilmente, propinándole al mismo tiempo un patadón a la ingle. Se inclinó el gigante un poco, palideciendo, pero cuando se irguió, ya había sacado del cinto un cuchillo. Ray dió un paso atrás, rehuyendo el cuerpo a cuerpo. Y disparó sobre Montauk, considerando que ya su vida corría un serio peligro, y su enemigo estaba armado. Sonó la detonación como un latigazo, y Montauk, al recibir el balazo en pleno vientre, se quedó muy quieto, mirándole estúpidamente. De la herida comenzó a brotar, como si se hubiese abierto un agujero con espita abierta, un chorro de sangre negruzca.

—Pero, niño, ¡qué has hecho! —gritó Montauk, con asombro burlón, mirándose la herida y la sangre que brotaba a borbotones de su vientre. En su tardo cerebro aún no había nacido la idea de que pudiese haber sido objeto de semejante agresión—. ¡Te daré lo tuyo!...

Los otros dos hombres, sentados en el suelo, a un lado de Ray y de Montauk, contemplaban la escena aterrados, las manos en alto.

Ray, muy pálido, dió otro paso atrás cuando Montauk, como si efectivamente no estuviese herido mortalmente, se le fué encima bufando, con inmenso poder, cuchillo en mano. Lo esquivó de nuevo y disparó sobre él dos veces más, temblón el pulso.

Dos impactos en el pecho, bajo la tetilla derecha, que hicieron bambolearse solamente al gigante, pese a recibirlos a menos de tres yardas de distancia y ser del 45.

El vientre de buda de Montauk volvió a moverse, sacudido por la risa, espantosa, y la sangre manó a raudales de la abierta espita. Brotó también de las dos heridas del pecho, manchando el jersey. Ray, aterrorizado ante aquella resistencia inhumana de aquel hombre terrible, que seguía con el cuchillo en la mano avanzando hacia él, tratando de acorralarlo contra el mostrador, se pasó una mano por la frente sudorosa, helada, y apuntó de nuevo, sacudiendo el pánico que le invadía.

—¡Antes tú que yo, mequetrefe! —rugió Montauk, cuya respiración se iba haciendo fatigosa, asomando por entre sus labios gruesos una espuma sanguinolenta.

Y de nuevo lo embistió con un ímpetu ciego, cuchillo en ristre.

Dos ensordecedoras detonaciones sonaron, y Montauk se detuvo, perforada la frente por dos nuevos balazos, cuando Montauk ya había cogido de un brazo a Ray.

El «gángster» se desplomó como buey sacrificado de un mazazo en plena cabeza. Cayó cuan largo era, con un ruido sordo, y quedó rígido.

—¿Dónde está Bossatti? —preguntó Ray, reanimándose cuando vió a Montauk muerto, dirigiéndose a los temblorosos hombres, sentados en el suelo y con las manos en alto—. ¡Pronto u os acribillo a balazos!

—Se marchó por ahí dentro —dijo uno de ellos, mirándole suplicantemente—. Le dijimos que había estado hace unas horas la Policía y que no debía esconderse aquí.

—¿Adónde iba? —preguntó Ray—. ¿Qué hay ahí dentro?

—Habitaciones —respondió el hombre, encogiéndose de hombros—. No dijo adónde iba... Entre ahí y verá que no está —y miró disimuladamente a su compañero.

Ray captó la mirada de inteligencia entre ellos.

—¡Arriba y delante de mí, sin rechistar! —exclamó el agente

especial.

Cuando los dos hombres estuvieron en pie, dándole la espalda, metió otro cargador en su pistola. Y esgrimiéndola por el cañón, golpeó en la nuca a los dos maleantes. Lo hizo todo con gran rapidez, sin darles tiempo a revolverse ni hacer un movimiento de defensa.

Cayeron pesadamente ambos, sangrando por la cabeza abajo.

Ray se metió, andando sigilosamente, por el pasillo lóbrego que había tras el mostrador.

«Está escondido aquí. Ahora no puedo retroceder. Me mataría... Habrá estado observando la lucha con Montauk sin exponerse, al verme armado, a caer él también. Está aquí, y debo matarle... Me mataría si ahora intentase retroceder. ¡Está aquí!... Su cuchillo silencioso, Dios... ¡Me va a ma...!».

Sintió silbar, primero, el cuchillo, que avanzaba hacia él con rapidez vertiginosa, siniestramente. Y también, entre dientes, a Bossatti, con su canción napolitana «Santa Lucía», como celebrando ya la muerte del joven.

Se inclinó instintivamente, encogiéndose, cuando ya el cuchillo se hincaba con un golpe sordo en la pared, vibrando.

Disparó tres o cuatro veces, a ciegas, lanzando un grito de angustiada rabia, avanzando como un alud por el pasillo, sin ninguna habitación lateral. Solamente en el fondo se veía algo más de luz. Un hueco, tapado por una arrugada y sucia cortina. Allí estaría Bossatti, que seguía silbando, quizá sin poderse contener, como un loco inconsciente, excitado por el afán de matar.

Dió un terrible salto al llegar cerca del hueco de entrada. Y penetró con los pies en alto, encogido, como un balón de «rugby» en la portería.

Cayó de puntillas, y se irguió instantáneamente, presto a disparar sobre cualquier bulto visible. Oyó los pasitos vertiginosos que se alejaban por otra habitación.

—¡Otra vez huyes, hijo de perra! —aulló, con desconsuelo, trémulo de rabia—. ¡Otra vez libre para poderme matar!...

Un disparo le hizo arrojar al suelo, tembloroso. Cada habitación que hubiese ahora iba a constituir para él una terrible amenaza de muerte. Porque seguía silbando la canción, entre dientes...

Cogió un viejo sillón, sosteniendo la pistola con los dientes, y lo arrojó al interior de la habitación, casi a oscuras.

Cayó el mueble con ruido ensordecedor, y otro disparo sonó. Se lanzó de un salto de león al interior de la otra habitación. Y no oyó ya silbar a Bossatti, pero sí sus pasitos de mujer, muy cortos, repiqueteantes, en la próxima estancia. Y después, un portazo y el chirriar de un cerrojo.

—¡No te irás, porque me volveré loco, loco!... —gritó Ray, casi sollozante de rabia—. ¡Cobarde, da la cara!...

Sin adoptar precauciones, franqueó la entrada de la habitación, y siguió adelante, pistola en mano, a la próxima. Allí había una puerta, que intentó abrir, pero resistió sus embates feroces a ser derribada. Por ahí había huido Bossatti, y ahora quizá estaría a salvo.

A toda velocidad, tropezando en los muebles, salió de las habitaciones y llegó al pasillo. De allí a la sala del bar, donde estaban los dos hombres tirados en el suelo, desmayados. En la puerta, agolpados, curioseando, estaban muchas personas, que retrocedieron apresuradamente al verle. De entre ellas se destacó un agente de la Policía Metropolitana, que, al ver a Ray pistola en mano, manchado, despeinado, feroz la expresión, sacó a su vez su pistola y le apuntó, mientras le decía, secamente:

—No intente hacer resistencia. Deje caer la pistola esa al —suelo...

—Déjeme en paz —replicó adustamente Ray.

Y sacó del bolsillo de la trinchera su insignia del

F. B. I.,

mostrándosela al agente.

—En buena se ha metido usted —dijo el guardia, mirándole con inquietud—. Ha matado a Montauk, por lo que veo. Y a esos otros dos...

—Esos están durmiendo nada más. ¿Ha visto salir en un coche azul marino a un hombrecito muy poco parecido a un hombre, ahora? —dijo Ray, pasándose una mano por la frente.

—Salió corriendo como alma que lleva el diablo por la otra puerta de al lado —afirmó el agente—. Y subió en un coche azul, sí... ¿Quién es?

Ray se dejó caer pesadamente sobre una silla, al lado de una

mesa. Incluyó la cabeza, apoyándola sobre una mano, mientras mantenía el codo sobre la mesa.

—¿Está herido? ¿O solamente vapuleado? —le preguntó el agente, inclinándose sobre él—. ¿Puedo hacer algo por usted?

—¿Hacia dónde partió el coche ese? —preguntó Ray, levantando la cabeza.

—Hacia el Sur. Es como no decir nada, realmente. Debí detenerle, es la verdad, al verle en aquella actitud. Iba riéndose, como si estuviese muy contento. Y luego se puso a silbar, cuando arrancó el coche, y me miró muy fijo...

—En ese momento estuvo usted muy cerquita de la muerte, amigo —dijo Ray, estremeciéndose—. Es un criminal que silba una canción italiana cuando va a matar. Un loco...

—¡Maldito sea! Si yo lo hubiese sabido... —rezongó el agente, apretando los enormes puños—. Bien; debo dar cuenta a los jefes de lo que hay aquí —señaló con la mano el cadáver de Montauk y a los dos hombres desvanecidos.

Ray salió a la calle. Los curiosos se desbandaron, haciendo comentarios.

Siguió andando hacia el Sur, yendo a situarse ante el embarcadero de los «*ferrys*» que iban a Weehauken, al otro lado del Hudson. Apoyado en la barandilla, miró una de las embarcaciones, que iba a partir ya, haciendo sonar su sirena.

—¡Que nos vamos, amigo! —le gritó uno de los marineros, haciéndole un gesto de invitación, sonriendo—. Veinticinco centavos...

Ray, sin pensarlo, abstraída su mente, dió un salto y bajó a la embarcación. Se sentó en uno de los largos bancos, a popa, y encendió un cigarrillo, contemplando cómo se alejaba pesadamente el barco de la ciudad.

«Acabará por matarme... Esa clase de locos, degenerados, no conocen la tranquilidad, ni la piedad, ni pueden pensar en otra cosa que no sea en matar a quien se les pone enfrente. Tampoco yo podré estar tranquilo mientras él viva. Realmente, somos dos locos ya... Nunca creí que un solo hombre, la más mínima expresión de hombre, lo peor de un hombre, pudiese convertirme en lo que voy siendo. Acabará por matarme, Dios mío...», murmuró, mientras se estremecía de pies a cabeza.

¿Cconoce usted

**NOVELISTAS DE HOY?**

*Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.*

**EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS**

**Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN**

## VIII



LEGÓ, con paso cansino, caídos los hombros, muy pálido, hasta el hotel de Broome. El parque estaba desierto, y no acudió nadie cuando se acercó a la puerta del porche. Hallando al timbre.

Acudió una criada, que le miró con temor, y pasó.

—¿Está ella? —dijo él, con voz vacilante. Y se dejó caer en un sillón, pesadamente—. Dígale que he venido, por favor...

En lo alto de la escalera sonaron los pasos de Elisa.

—¡Hola, Ray! —dijo, asomándose por encima de la barandilla.

Bajó rápidamente, y fue hasta él, contemplándole con misericordia. Se sentó sobre uno de los brazos del sillón, inclinándose sobre él, mimosamente.

—¡Pobre, querido mío, qué malos ratos estás pasando! —le dijo, conmovida—. Y cómo estás de derrotado... ¿Qué te ha pasado? Estás enfermo...

—Estoy muy bien —replicó él en tono sarcástico—. Muerto de miedo, como ves...

—No es que piense que tienes miedo, Ray —murmuró ella, con voz dolida, quejosa—. No quise ofenderte, puedes creerme. Pensamos que quizá le das excesiva importancia a ese hombre. Por otra parte, la Policía y tus compañeros le están buscando y no tardará en caer. Eres muy impresionable, Ray.

El agente especial movió la cabeza con abatimiento. Cogió un cigarrillo de un estuche y lo encendió nerviosamente.

—Se me escapa, Lissa; se me escapa —dijo, roncamente—. Dos veces le he tenido esta mañana al alcance casi de la mano, a tiros las dos, y se ha escurrido como una serpiente.

—Pero ¿realmente te anda buscando, Ray? —preguntó ella, palideciendo—. Yo creí que era pura imaginación tuya; una suposición, más o menos lógica, de lo que él pudiera pretender, para vengarse por haberle destruido su banda.

Ray sonrió, encogiéndose de hombros despectivamente. Y relató a su novia las aventuras corridas desde hacía unas horas, luchando con Bossatti a muerte.

—Me huye cuando estamos frente a frente. Pero después vuelve, vuelve implacablemente por mí, en una nueva tentativa para matarme. Lo hará mientras viva yo... o él. Y te aseguro —dijo, con voz sombría— que en esta lucha no cuenta nada la Metropolitana ni el

F. B. I.

Saben cómo yo dónde puede refugiarse y han ido por él. Se les escapa y vuelve a la lucha personal contra mí, con esa ciega terquedad del maniático homicida. Acabará por matarme...

—¡Por Dios, Ray, no hables de esa forma! —exclamó Elisa, exaltadamente—. Yo creo que lo cogerán, que acabará por caer al fin. Es imposible luchar contra dos organizaciones policíacas como la Policía Metropolitana y el

F. B. I.,

unidas para atraparle. ¡Qué diferente eres ahora del Ray que conocí hace tan poco en el tren! ¡Parecías un volcán de optimismo, de

exultante alegría y dinamismo! Te amé por eso, porque vi en ti un hombre capaz de poner alegría en el corazón más abatido. Ahora parece que no te encuentras a ti mismo...

Ray sonrió, y durante un instante pareció que su buen humor habitual volvía por sus fueros. Cogió el rostro de ella entre sus manos, y dijo, en tono fingidamente dramático:

—Me estoy muriendo de hambre, pequeña... No sé cuántos huevos fritos con jamón me comería, ni los litros de café con leche que tomaría si un alma compasiva me lo sirviese ahora mismo.

—Es cierto, querido —repuso ella, confusamente—. Con todo esto, se me olvidó preguntarte si habías desayunado. Espera; lo voy a pedir.

Unos minutos después, Ray pasaba al comedor, y desayunaba con una voracidad que hizo reír a su novia.

—¿Y tu padre? —preguntó él, cuando encendió un cigarrillo, después del desayuno—. También me olvidé de preguntarte por él.

—Está aún en la cama. No tardará en bajar. Piensa ir, como de costumbre, al restaurante. Se muestra muy optimista y cree que ya el susto pasó.

Ray se encogió de hombros.

—Yo creo que, mientras viva ese hombre, existe el peligro de que ocurra algo muy grave. No pensamos de la misma forma. Si quiere hacerme caso, debe guardarse bien de Bossatti.

—Están aún aquí los dos agentes que dejaron anoche de guardia —dijo ella, como queriendo dar a entender a su novio que alguien les guardaba.

—Sí. Y yo he entrado en esta casa sin verlos. Igual podría haber sido ese bandolero y armar una matanza —repuso Ray, despectivamente—. Por eso, querida, os pido permiso para estarme aquí por tiempo indefinido. Ya voy conociendo a Bossatti.

—Haz lo que quieras. Yo me alegro de tenerte conmigo —contestó ella, y se inclinó, besándole en los labios—. Pero si lo haces por... precaución ante la posible presencia de ese hombre, me parece que exageras la gravedad de las cosas. Sería necio que, sabiendo que estamos sobre aviso, se aventurase a venir.

—Quisiera ver a esos dos agentes encargados de guardar la casa —dijo Ray, haciendo como que no se daba por enterado de las palabras que había pronunciado su novia—. ¿Quieres llamarlos,

Lissa?

—No irás a ponerte con ellos inconveniente, supongo —dijo ella, fríamente—. Considera que solamente tú eres el pesimista.

—¡Y con razón, diablos! —exclamó Ray, irritadamente—. ¡Ninguno os habéis visto las caras con él, como yo, ni le habéis oído silbar, ni disparar, ni sentido su cuchillo cruzando el espacio, recto al blanco! Está visto que como yo no os salve, seréis tu padre y tú presas muy fáciles de ese maldito demente... ¡Diles a esos hombres que vengan!

Ella, sobrecogida, fué hasta una de las paredes, y llamó a un timbre. A la criada que se presentó, la dió el recado de que hiciese que los dos agentes de la Policía Metropolitana se presentasen.

Ray se los quedó mirando cuando los dos gigantes aparecieron, risueños, llevando en los labios unos hermosos cigarros habanos. Saludaron con un gesto al agente especial, campechanamente, aunque no pudieron ocultar la sorpresa que les causó el verle.

—Buenos días —dijo Ray, sonriendo irónicamente—. ¿Sabían que estaba aquí?

—No. Estábamos en la cocina... —dijo uno de ellos, confusamente.

—¿Me han visto llegar? ¿Saben el tiempo que llevo aquí? —insistió Ray, sin abandonar su sonrisa irónica.

—Pues... no —contestó sinceramente el otro agente, enrojeciendo de vergüenza—. No esperamos que suceda nada, señor Saddle. Liquidamos la banda, y por ese lado no hay nada que temer.

—¿Y por el lado de que ande suelto el «boss», el italiano Bossatti, matando a todo el que se le pone delante, menos a mí? ¿No suponen ustedes que se le habrá metido entre ceja y ceja vengarse de su derrota y que tiene en esta casa sobre quién hacerlo? Claro que como ustedes vigilan tan celosamente... —replicó Ray, suavemente, con un tono de punzante ironía, que acusaron los agentes, mirándose nerviosamente—. Yo he entrado en esta casa sin ocultarme, por la puerta del parque, y he llamado a la puerta del porche, y ustedes no se han enterado de ello. Figúrense si yo hubiese sido Bossatti, con deseos de hacer una matanza aquí, quién me lo hubiera impedido...

Los dos agentes, con cara de compunción, bajaron la cabeza, anonadados por las palabras del agente especial.

—Pueden marcharse a Centre Street —dijo Ray, secamente—. Yo ahora hablaré por teléfono con el Centro, y diré que me dejen vigilar esto solo. Y si quieren hacerme caso, cuando les ordenen vigilar, háganlo, aunque no sea más que por conservar sus propias vidas, por egoísmo. Les he podido matar impunemente.

Los dos agentes salieron silenciosamente.

—¡Qué duro te has mostrado, Ray! —suspiró Elisa, contrariada.

Clark Broome, el padre de Elisa, penetró en el comedor, sonriente. Miró festivamente a Ray y después con asombro al verle desaseado, con la pelambreira alborotada, manchada la trinchera, los pantalones...

—¡Hola, muchacho! —dijole, sonriendo con ironía—. ¿De dónde sale usted?

Elisa hizo una seña a su padre para que rectificase su actitud burlona.

—Dando vueltas por ahí —dijo Ray, despreocupadamente—. Creo que ayudándole a dormir bien, porque supongo que lo habrá hecho así, ¿no?

—En efecto —repuso el señor Broome, arrugando el ceño—. Gracias por su ayuda, Ray. Vamos, hijo —se acercó a él y le dió una palmada en la espalda, sonriéndole con afecto—: está usted, sigue usted muy impresionado, por lo que veo, con ese Bossatti. ¿Cree que hay motivo para ello, realmente?

—Lo creo —dijo el joven firmemente—. Que le cuente su hija lo que me ha pasado. Si lo hago yo, puede creer que pongo fantasía en el relato. Voy a lavarme un poco, si me lo permiten...

Salió del comedor, dejando al padre y la hija solos. Fue a uno de los cuartos de baño y rápidamente se aseó, cepillándose después la ropa lo mejor posible. Seguidamente telefoneó a Centre Street para dar cuenta de que había enviado a los dos agentes al Centro, por quedarse él vigilando en lugar de ellos.

Broome fue a su encuentro después que hubo hablado con su hija. Sus palabras eran más afectuosas, así como el tono de su voz, sereno y ponderado.

—Bueno, Ray; la cosa varía —dijo, gravemente—. Es un mal asunto, en verdad, que ese tipo ande suelto dando guerra. Pero tengo la impresión de que no osará presentarse aquí. Tiene razón Elisa al decir que como sabrá que estamos sobre aviso...

—Es posible —repuso Ray, indiferentemente—. Pero si no tiene algo muy importante que hacer en Nueva York, quédese aquí. Y lo mismo Elisa. Los tres aquí.

—Yo creía que lo que desearía usted sería todo lo contrario. Escondernos, alejarnos de aquí, dispensarnos, para que él no nos encuentre —murmuró Broome, extrañado—. No le entiendo muy bien, muchacho.

—Déjelo, entonces —dijo Ray, fríamente—. Les ruego no se muevan de aquí; pero si quieren, pueden marcharse. Me figuro lo que va a hacer Bossatti.

El teléfono sonó en aquel instante en el «*hall*». Broome fué al aparato. Ray fué tras él, muy interesado no sabía por qué en saber lo que iba a escuchar el californiano.

—Sí... —dijo Broome, escuchando—. Está aquí, sí. Espere... —Se volvió hacia Ray y le entregó el microteléfono—. Le llaman del F. B. I.

El agente especial lo tomó, y dijo, secamente:

—Saddle al aparato ¿Con quién hablo?

—¡Hola, Saddle, querido! —dijo una voz, con acento italiano muy pronunciado. Una voz casi femenina, cantarina, llena de ironía insultante, que hizo estremecerse a Ray de pies a cabeza, poniéndole lívido—. Ya sé que está usted ahí. Le acompañé en el «*ferry*» hasta Weehauken. Me debe la vida, ¿sabe? Estaba usted tan ensimismado, tan ¡lleno de miedo!, que me dije: «Vamos a dejarle que siga pensando cuándo le quitaré de en medio. Que se vuelva loco», y no hice nada contra usted. Bueno; esto ahora no hace al caso. Le aconsejo se pase por Kenmare Street, y vaya al número noventa. Ya sabe que allí vive el inspector Irvington, su querido jefe del F. B. I... Vaya a verle; se lo aconsejo...

—¿Con quién habla? ¿Qué le pasa, Ray? —inquirió Broome, asustado al ver la gran palidez de Ray, que escuchaba al aparato, muy abiertos los ojos.

—Es... Bossatti. ¡Calle! —murmuró Ray, y siguió escuchando.

—He estado hablando con él —seguía la voz afeminada de Bossatti, llena de alegría—. Y he tenido el honor de silbar enterita mi canción favorita napolitana, tan evocadora para mí, «Santa Lucía». Le ha gustado enormemente. Él se lo dirá, Saddle. Vaya, vaya a verle enseguida...

Broome oyó por el auricular cómo Bossatti silbaba su canción favorita durante unos segundos, pues Ray había apartado el aparato de su oído. Colgó despacio, y dejó caer los brazos, desalentado.

—Ha debido asesinar a mi jefe, a Irvington —dijo en un soplo de voz.

Y cogiendo de nuevo el aparato marcó un número rápidamente. Esperó ansiosamente...

—Está llamando el aparato, pero nadie contesta —dijo el joven, con voz desfallecida.

Siguió escuchando dos minutos más, anhelante. Colgó después, y quedó fija su mirada en el suelo.

—Pero... —dijo Broome, tembloroso—. Algo hay que hacer para reducir a ese loco. Yo no sé; pero esto no puede seguir así.

—Présteme su coche, señor Broome —dijo Ray de repente, recobrando su dinamismo—. Voy a ver a mi jefe. Sé que lo encontraré muerto.

—¿No será una celada, Ray? —dijo angustiadamente Elisa, que había entrado y oyó la conversación—. ¡Ten cuidado, querido mío! ¡No vayas! ¡Telefonea al

F. B. I.,

y que de allí vayan a casa de Irvington! ¡Es una celada, y vas a caer en ella como un conejo!

El agente especial movió la cabeza desesperadamente, poseído de una atroz confusión mental.

—No es por eso, no es por eso —dijo, roncamente—. ¡Ojalá se pusiese frente a mí una vez más! Lo que temo es que si me voy, él puede venir y seguir su serie sangrienta, ahora con ustedes.

Broome, muy pálido, se abalanzó al aparato telefónico, y marcó el número del

F. B. I.,

en Nueva York.

—¡Oigan! —gritó, cuando se estableció la comunicación—. ¡Bossatti acaba de decir por teléfono a Saddle, que está aquí, que ha ido a casa del inspector Irvington y que ha «hablado» con él! Tememos que lo ha asesinado... ¡Vayan inmediatamente a ver qué ha sucedido! Les habla Broome.

—Estábamos extrañados de que el inspector aún no se hubiese presentado en su despacho —dijo una voz, temblona—. Le habla el

inspector Clove. ¡Vamos inmediatamente a ver qué ha sucedido! ¡Esto es horrible!

Broome miró triunfalmente a Ray, que parecía estar como atontado.

—Ahora, a esperar. Unos minutos a que nos diga el inspector Clove lo que ha sucedido. Creo que si llega usted a ir hubiera sido asesinado por ese maldito demente. Hay que ser cautos, muchacho...

Dejaron pasar un cuarto de hora, sentados los tres en un diván, fumando nerviosamente y cambiando miradas desesperadas. Ray estaba poseído de un temblor nervioso que le sacudía todo el cuerpo.

Al fin sonó el timbre del aparato, imperiosamente, tercamente. Ray se precipitó sobre él, seguido de Broome.

—Saddle al aparato —dijo, roncamente.

—Le habla Clove, Saddle —dijo la voz temblona del inspector—. Sí...; era eso, desgraciadamente. Tenía un cuchillo clavado en el pecho, sobre el corazón. Los muebles, destrozados... La cara del pobre Irvington, con una horrible expresión de... pánico. Y ha sucedido algo extraño, que ahora recuerdo, por lo que dijo usted de que ese asqueroso criminal silba algo... Fué que, al penetrar en el portal de la casa de Irvington con mis hombres, sentí que silbaba alguien una canción..., no sé...

—«Santa Lucía» —dijo trémulamente Ray—. Era él, jefe. Estaba allí, para darse el placer de verles ir allá, a casa de Irvington.

—¡Maldito sea mil veces! No hice gran caso del silbador, claro es... Bueno, Saddle: este «*round*» lo hemos perdido. Siga usted ahí. Temo por Broome y su hija. No sabemos qué orden lleva esa alimaña para suprimirnos...

Colgó Ray despacio, y refirió a Broome y su hija lo que el inspector Clove le había comunicado. Ellos escucharon al joven con la respiración contenida, anhelantes. Y cuando terminó, Broome, limpiándose el frío sudor de la frente, exclamó impulsivamente:

—Lissa: nos vamos a California... Aquí estamos... vendidos, asesinados más o menos pronto. El

F. B. I.,

no sabe qué hacer, ni la Metropolitana, ni la Policía Federal. Mira a Ray... —le apuntó con la mano, sonriendo desdeñosamente. Más

muerto que vivo... de precaución. ¡Pensar que esto lo puede hacer un solo hombre, un degenerado que no tiene medio puñetazo!

—Papá: cálmate —dijo Elisa, suplicantemente y mirando a su novio, que, inclinado hacia adelante en el diván, con los codos apoyados en los muslos y la frente descansando en las abiertas manos, parecía estar como dormido—. No pretendas ahora agravar las cosas con salidas de tono. ¡Yo estaré con Ray!

—No se trata de que estés o no con tu novio —replicó adustamente el anciano—, sino de la cantidad de tiempo que pueda estar él contigo. Oiga, Ray —se dirigió al joven, golpeándole ligeramente un hombro—: ¿usted cree que así, como está ahora, podrá quitarse de encima esa pesadilla de Bossatti?

Ray levantó la cabeza. Estaba medio dormido, y así lo dijo, con voz soñolienta.

—Tengo que dormir señor Broome. Llevo dos días y dos noches casi sin parar, recibiendo unos sustos de muerte... —rió alegremente, ante el asombro de Broome y su hija—. Déjenme dormir, se lo ruego. ¿Puedo ocupar una cama?

El padre de Elisa se encogió de hombros y salió apresuradamente del «*hall*».

—Vete a la cama, Ray —dijo ella, compadecida—. Mi padre y yo estaremos alerta, por si algo ocurre. Anda, ven. Te llevaré al piso de arriba y ocuparás una alcoba silenciosa. ¡Pobre Ray mío, que tiene miedo!

El agente especial rompió a reír de nuevo, y, apoyándose en un hombro de su novia, se dejó conducir a la alcoba prometida. Allí, después de colocar su pistola bajo la almohada, se quitó los zapatos, la trinchera, aflojándose la corbata, y se tumbó pesadamente. Dos minutos después dormía a pierna suelta.

A las siete de la tarde despertó, sentándose en la cama y mirando con asombro a su alrededor. Sonrió alegremente, y, después de desperezarse, encontrándose bien descansado, fué al inmediato cuarto de baño, y estuvo dándose una ducha de agua fría, que le hizo recobrar el vigor muscular.

Bajó al «*hall*», desierto. Llamó al timbre, y apareció Elisa, sonriente.

—Pareces otro —dijóle, echándole los brazos al cuello—. Tendrás un apetito formidable, supongo. Ven; vas a comer.

—¿No ha habido novedad? ¿Y tu padre? —preguntó él, yendo con ella al comedor.

—Está convertido en un Tartarín. Ha subido a la habitación de la torre con unos prismáticos, un rifle con telémetro para cazar osos, una pistola ametralladora y luego su «Colt» del 45. Pienso en qué apuro se hubiera visto de haber venido Bossatti para usar todas las armas a la vez. Afortunadamente, ese asesino debe estar muy ocupado en huir de la Policía para tener tiempo de venir a vernos.

Ray, silenciosamente, se dedicó a devorar metódicamente cuanto le presentaba la criada, demostrando estar desfallecido de hambre. Elisa, a su lado, seguía haciendo comentarios sobre el candente tema que ocupaba su imaginación, sin demostrar temor alguno por la hipotética llegada de Bossatti. No la creía factible, y así lo estaba diciendo cada cinco minutos, sin lograr arrancar de Ray una ratificación a su creencia.

—Vamos a dar un paseo por el parque, querida —dijo el joven, cuando terminó de comer, encendiendo un cigarrillo—. Está la tarde magnífica, ¿verdad?

Ella asintió. Cogidos, del brazo, salieron al parque, caminando por la mullida hierba durante un buen rato. En lo alto de la torre, Broome les gritó que él velaba por su seguridad, y les mostró su rifle con aire protector.

—¡Baje de ahí, señor Broome! —le gritó Ray, riendo—. ¡No pierda el tiempo en contemplar el campo sin ganas de ello! Ese tipo no vendrá ahora, se lo aseguro...

—Pero ¿vendrá? —inquirió Broome, inclinado sobre la ventana—. Eso es lo que convendría saber, muchacho. Sigo con mi idea de partir para California. Yo no valgo para estar pendiente de una amenaza como ésta. Las cosas, cara a cara y pronto. Si pierdo, mala suerte.

Bajó el anciano seguidamente, pero portando su pistola ametralladora, metida en la funda, que llevaba en bandolera. Se miraron los tres, y prorrumpieron en una carcajada nerviosa, casi forzada, con la que trataron de disimular su angustiada inquietud. Sabían que en aquel mismo instante, Bossatti, escondido desde detrás de la baja cerca de piedra, podría disparar sobre ellos impunemente y aniquilarlos. Y no ignoraban que las precauciones que adoptasen serían poco menos que inútiles, a no ser que un

cordón de agentes armados rodeasen estrechamente, día y noche, la finca. Pero Ray había despedido a los dos agentes que estaban allí para guardarles, porque vió que los hombres no creían en absoluto que Bossatti se presentase y descuidaron la guardia.

Estuvieron en el jardín, a instancias reiteradas, de Ray, hasta cerca de las diez, hora en que penetraron en el edificio para cenar. Broome y su hija estaban altamente desconcertados con el agente especial, que ahora se mostraba bastante más alegre y animoso que horas antes. Parecía seguro de sí mismo, y hasta alejó de la conversación, como tema principal, a Bossatti y la amenaza de que se pudiera presentar allí.

A las once, Ray disimuló un bostezo, que hizo que Elisa se levantara de la mesa y dijese a su padre, sonriendo:

—Es la hora de descansar, papá. Creo que todos, después de los sobresaltos, estamos deseosos de hacerlo. Ray aún tiene sueño...

—Sí; pero... —Miró Broome con cierto temor a los dos jóvenes—. ¿Vamos a dormir todos, sin vigilar? Francamente, creo que no voy a poder estar tranquilo en la cama, pensando en que ese asesino demente puede penetrar aquí...

—No tema, señor Broome —dijo Ray, sonriendo—. Está todo previsto. Voy a telefonear a Centre Street para que esta noche vigilen el exterior, en el parque y fuera de él.

Fue al aparato telefónico, y, de espaldas a Broome y su hija, mientras sostenía cortada la comunicación, apretando el conmutador sobre su soporte, descolgó y marcó un número. Hizo como que esperaba, con el microteléfono sobre la oreja.

—¿Centre Street? ¿Inspector Peck? Soy Saddle, jefe. No, no ha habido novedad aquí. Pero no puedo con mi alma, y creo que si esta noche hubiese de vigilar aquí, no podría hacerlo ni dos horas más. ¡Eso es, eso es! Gracias, jefe. Una docena de agentes, pero en el parque y al exterior de la finca. La noche es magnífica y estarán confortablemente sobre la hierba. Gracias, jefe. Buenas noches y a sus órdenes.

Colgó el aparato muy seriamente, y se acercó a Broome, que mostraba ahora un aspecto mucho más tranquilo y conforme.

—Doce agentes armados, de paisano, estarán vigilando toda la noche en el parque —dijo, sencillamente—. Si Bossatti se atreve, se llevará lo suyo.

—Eso es otra cosa —afirmó Broome, gravemente—. Confieso que, de no ser así, me hubiese pasado la noche dando vueltas por la casa, pistola en mano, con todas las luces encendidas. A mí no me asesina como si fuese un borrego ese títere degenerado. Bueno, Lissa, a la cama, hija.

—Dentro de media hora estarán aquí los agentes —dijo Ray, ahogando otro bostezo—. Buenas noches, señor Ray. Buenas noches, Elisa.

La servidumbre se retiró poco después a sus habitaciones, y quedó en silencio y a oscuras el edificio.

---

**¡ATENCIÓN!**

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

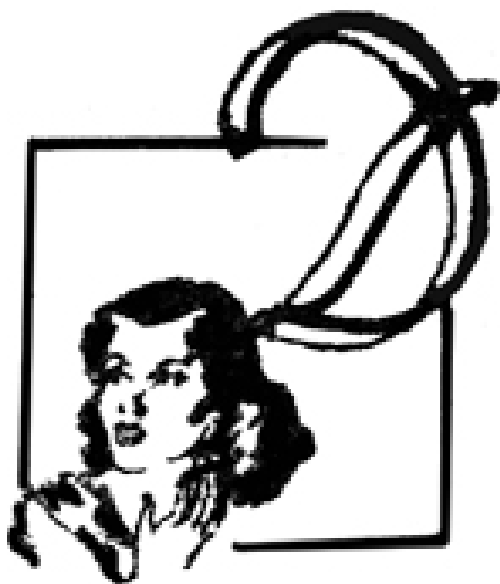
triunfa una vez más al crear la inigualable  
Colección

**P R O E Z A S**

Un género nuevo, interesante, para toda clase  
de públicos, como lo es el invencible

**F. B. L.**

## IX



ESPUÉS de vestirse, Ray metió en un bolsillo de su americana la pistola y los cargadores de balas. Se quitó los zapatos y salió de su alcoba, en puntillas, caminando sigilosamente por el pasillo. Bajó la escalera con las mismas precauciones, y llegó al «hall». La casa estaba a oscuras, y solamente la luz pálida de la luna, que hacía un rato había salido, prestaba un poco de luz a través de los ventanales.

Abrió uno de ellos, en el piso bajo, y saltó ágilmente al parque. Dió la vuelta al edificio, pegado a la pared, comprobando que les demás ventanales estaban bien cerrados. Solamente quedó entornado aquél por el que salió. En el piso superior, todo estaba cerrado y sin luces.

Por la alameda de pinabetes, saltando como un piel roja entre uno y otro, para no dejar su cuerpo al descubierto a la luz lunar, fué alejándose algo del edificio. Buscó un seto y se arrojó en medio,

bien cubierto por la espesura. Tendido cuan largo era, divisaba perfectamente las dos entradas del edificio. La puerta de servicio, a un costado, y la principal, bajo el porche de columnas de mármol blanco, con los tres escalones de piedra. Y frente a él, el ventanal, entornado ostensiblemente.

Dejó la pistola, quitado el seguro y con una bala en la recámara, en la hierba, a su lado, y apoyando el mentón sobre los recogidos brazos, elevada la cabeza, para no perder de vista el edificio, esperó ansiosamente los acontecimientos.

Un gran silencio reinaba en las cercanías de la villa de Broome. Cerca de allí solamente había otras villas de lujo, con sus jardines, y por la carretera no circulaban coches ni paseantes. A lo lejos podían oírse las sirenas de algunos barcos que cruzaban el Hudson, el rumor de moscardón de los aviones que pasaban por encima de Nueva York y el sordo y trepidante ruido, amortiguado a ratos de la gran ciudad, de la que emergía en la clara noche un siniestro resplandor, procedente de la gran iluminación de sus rascacielos y grandes avenidas.

Oyó, quizá de alguna iglesia cercana, dar las doce. Unas campanadas dulces, espaciadas, que quedaron vibrando en la límpida atmósfera, fresca y agradable. Un poco después se repitieron las campanadas.

Se sentía cada vez más nervioso, con más deseos de salir de su escondite y ponerse a recorrer el parque a grandes zancadas, metiendo ruido, tosiendo, hablando en voz alta, haciendo ostentación de su presencia allí, pistola en mano, desafiador, belicoso.

Oyó cómo seres invisibles y diminutos, quizá escarabajos, algún pájaro sobre las enramadas, las ranas del cercano estanque, se movían, produciendo imperceptibles ruidos, que sus oídos recogían con sobresalto, produciendo en su cerebro choques violentos, que le hacían estremecer. Todo le parecía ser como pasos de un hombre pequeño, de andares femeninos, cortos, acelerados. Podía entrar Bossatu por cualquier punto del parque, saldando sobre la baja cerca de piedra, con gran facilidad; pero si pretendía penetrar en el edificio, y no iría hasta allí si no era para eso, había de pasar forzosamente ante su vista.

Oyó pasos... Y se puso a temblar, mientras un sudor frío invadía

su frente y las manos se le humedecían, temblorosas, al recoger la pistola.

Eran unos pasos largos, quedos, sobre el «macadam» de la carretera. Pero era más de una persona la que avanzaba. Distinguió el sonido fuerte, más recio, de unos pasos de hombre, y otros más cortos, más leves, de una mujer. Percibió un poco después el rumor de unas palabras, en voz algo ronca, varonil, y otras de mujer, que rió quedamente, después de sonar claramente el chasquido de un beso.

—Son más de las doce, y estamos aquí, tan frescos... —murmuró ella, muy cerca del muro que separaba la posesión de Broome de la carretera.

Y al apoyarse la pareja en él, cayó al suelo una piedra, que sonó sordamente.

—Otro beso y me voy —murmuró él, emocionadamente—. Ya sólo nos quedan dos días para estar casaditos, Eve. ¿Piensas lo que esto significa? A mí me quita el sueño, y si consigo conciliario, sueño y sueño contigo... Estás tan hermosa...

—Vete ya... Has de volver a Nueva York, figúrate —dijo ella, riendo quedamente—. Dijiste que otro beso y te marcharías, y van ya... ¡Oh Dick, qué loco te vuelves! Hasta mañana, cariño mío. Déjame en la puerta...

Se alejaron los enamorados, con sus pasos pausados, haciendo muchos altos y llegando a los oídos de Ray el restallido de sus besos apasionados. Cesó, al fin, el rumor de los pasos de la pareja.

Un rui señor, sobre un pinabete, comenzó a cantar maravillosamente, llenando de melodías el silencio del parque. Otro, más lejos, le contestó.

Ray escuchaba con gran atención, por encima del cántico de los pájaros, del rumor de las ranas en el estanque, de los escarabajos que subían y bajaban de los troncos de los árboles, queriendo distinguir claramente, a través del susurro de las hojas de los plátanos, del chasquido de sus ramas, que oscilaban levemente, movidas por la brisa, unos pasos cortitos, apresurados, los de Bossatti, avanzando hacia el edificio.

El reloj lejano dió una campanada armoniosa. Más lejos sonó, como un trueno sordo, el paso del tren elevado a la otra orilla del río. Una sirena de auto sobre el viaducto de Hoboken, que fue

apagándose lentamente, con trémolos angustiosos. El zumbido de otro avión, cuyas luces blancas y rojas y la verde delante vió Ray por encima de su cabeza. Después, el haz luminoso de un reflector potentísimo, quizá del aeropuerto no lejano de Newark, que salió en busca del avión, iluminándolo plenamente durante un segundo para ir luego como guiándolo por el claro cielo, cuajado de estrellas brillantes.

Pensó si Bossatti no aparecería. De ser esto así, no sabía si sus nervios podrían resistirlo. No podría vivir con el pleno dominio de sus facultades mentales, durante mucho tiempo, bajo la espantosa amenaza de muerte que Bossatti hacía pesar sobre él con demoníaca astucia. Tenía que llegar, y con toda seguridad, aquella misma noche. Había estudiado la extraña psicología de Bossatti y comprendía que él tampoco, llevado de su demencia, de su esquizofrenia, creando un odio mortal contra Ray, podía dejar pasar mucho tiempo sin, por lo menos, intentar asesinarlo. Y que, de fracasar una y otra vez, su locura iría agravándose en términos espantables, hasta no constituir sino un solo y agobiador objetivo: matar a Ray.

Le estaba esperando y tenía la casi absoluta certeza de que llegaría. Iría empujado por su locura, como iría al otro extremo de América tras él, incansable, astuto y solapado, hasta encontrarlo. No había descanso tampoco para Bossatti, cuya mente solamente trabajaba febrilmente con un solo y delirante fin. No conocía tampoco el descanso, ni siquiera el circunstancial reposo mental que le permitía a Ray reflexionar para precaverse y estar atento. Dormido, el asesino nato seguiría fraguando planes y proyectos para matarle. Era muy cierto que el mundo se había quedado muy pequeño para aquellos dos hombres, y que uno de ellos habría de ser eliminado para que el otro conociese el descanso, aunque, de ser Bossatti el que siguiese viviendo, tampoco por ello hallaría solución a su vida bajo la demencia homicida.

Vió encenderse la luz en el cuarto de Elisa. Solamente unos momentos, para luego apagarse. Quizá la joven tampoco dormía y miraba la hora, angustiada por sus pensamientos, llamando al nuevo día, a la luz diurna, a Ray y a su aparente tranquilidad y optimismo.

Sonó de nuevo la campanada del reloj de la iglesia. Unos

segundos después se repitió el dulce tañido. Era la una.

El rumor de un auto que se acercaba le hizo prestar más atento oído.

La luna descendía lentamente, bañando de plateada luz el Este, sobre Nueva York. Por Manhattan resaltaban los rascacielos como espectrales figuras que emergiesen de entre la oscuridad, perfilándoles la claridad del astro.

El runruneo del coche cesó no lejos. Ray se estremeció y volvió a coger la pistola. Sentía un temblor, que no podía dominar, en las piernas y los brazos, y aquel sudor tan angustioso sobre la frente, la espalda; la anhelante respiración, como si el corazón se le quisiese paralizar. Una auténtica sensación de pánico, dominándole férreamente, impulsándole a salir del escondite y alejarse; huir lejos, muy lejos...

«Es él... Tiene que venir a matarme. No puede vivir si no me mata. Por no poderme matar, mató al inspector Irvington, y matará a otros, como desahogo de su furia homicida. Ese coche es el suyo. Lo ha dejado cerca de aquí, y ahora viene callandito, como si yo lo tuviese atado de una larga cuerda y fuese tirando de él hasta ponerlo ante mí. Si ahora no lo mato, él me mata a mí. Quiere matarme, y lo conseguirá, Dios mío, si yo no sé reaccionar frente a él. Me huye, y esto es lo peor. Huye y vuelve, y volverá siempre que fracase en su empeño. Y siempre estaré con este vivir a medias, esperando la cuchillada a traición, el tiro por la espalda, tras de oír su silbido, cuando ya no pueda hacer nada por defenderme».

Apretó los puños rabiosamente, porque le pareció que sus mismos pensamientos, allá en lo más recóndito de su cerebro, producían un ruido que no le permitía escuchar. Y ahora había que escuchar, porque algo estaba sonando; algo que antes no percibía. No era el susurro de las hojas movidas por la brisa, ni el subir y bajar por los troncos de los escarabajos o procesionarias, ni las ranas moviendo el agua del estanque o croando débilmente.

Era un rumor muy quedo, a ratos suspendido, de unos pasos. Sobre la carretera. Rechinaba débilmente la suela de los zapatos del caminante sobre alguna piedrecilla. Seguramente llevaba en la punta del calzado topes metálicos.

El ruiseñor comenzó su cántico maravilloso, cerca de la carretera. Y de improviso, lo cortó, y Ray oyó su vuelo rápido,

pasando por encima del parque.

«No cesó el pájaro de cantar por su gusto. Alguien lo asustó, interrumpiéndole, y ha huido. Alguien que avanza hacia aquí; lo percibo ya... ¡Sí! Está en la cerca. Ha dejado caer una piedrecilla al apoyarse y una rama se ha doblado bajo el peso de su pie. ¡Ya está ahí, Dios mío! Es como el Destino... No puede dejar de presentarse, y con él va la Muerte.

»Nunca he tenido miedo a la muerte. En otras ocasiones me he visto ante ella, y la acometí con ganas, a lo hombre, o quizá a lo fiera, y salir adelante. Ahora que sé que está ya ahí, no tengo miedo. ¡No tengo miedo! ¡No puedo temblar como temblaría Elisa, porque en ello me va la vida! Él no temblará si me ve. Se pondrá a silbar, ebrio de alegría, su “Santa Lucía”, y matará implacablemente. Si me ve valeroso, como otras veces, huirá, correrá con toda su alma, para volver, para volver siempre. Ahora no debe escapar, si quiero vivir. Si no le mato, me matará, ahora o mañana, pasado, dentro de una semana, de un mes... ¡Quieto, corazón! Tú me traicionas y quieres mover mis piernas para huir, como si con ello... ¡Es él! ¡Bossatti, nos lo jugamos todo ahora!».

Le vió bajar de la cerca mediante un saltito que en él parecía como el salto de un muchacho de diez años o menos. Y se encogió el hombrecillo, escuchando. Llevaba el sombrero, flexible, echado hacia adelante, tapando su rostro. Y la luz de la luna iluminó la hoja de un cuchillo que llevaba en la mano izquierda. Iba a cuerpo, sin trinchera ni gabán. El tiempo era ya más bien caluroso y no lo precisaba.

Avanzó cautamente, muy inclinado hacia adelante, como si lo exiguo de su estatura no le bastase para su empeño de pasar inadvertido a una vigilancia que quizá temía. Avanzaba escondiéndose tras los troncos de los pinabetes y plátanos, pisando quedamente. Pero Ray le veía y le sentía. La luna lo dejaba algunas veces al descubierto, iluminándole. Avanzaba hacia el edificio, el señuelo, el cebo, que le atraía como un formidable imán. Ray tiraba de él con más seguridad y firmeza que si lo tuviese atado y lo atrajese hacia él.

Pasó a una docena de yardas del seto donde estaba el agente especial.

«Ahora puedo matarlo. Si levanto la pistola, y apunto,

apoyándola sobre el antebrazo, no fallo. ¡Quieto, corazón, que eres tú el que me quitas la seguridad de poder hacerlo! Si fallo, él no fallará. Silbará, y ya no podré hacer sino dejarme matar. Silbará también su cuchillo o la bala que me envíe, y me matará, me matará... Si disparo ahora, ya no tengo seguridad de atinarlo. Se va alejando, y habré de salir de aquí, mostrarme a él a pecho descubierto. Si silba, huyo; sé que huiré. Hasta ahora, no lo he hecho, pero me horripila sentirle alegre, seguro de que me va a matar. Es un loco con un profundo conocimiento de lo que puede hacer el pánico cuando se busca un terrible choque psicológico mediante una acción tan idiota como ponerse a silbar o cantar ante una persona desmoralizada. El pobre Irvington tenía el rostro lleno de pánico cuando Clove le halló muerto. Sabía Irvington que este maldito silbaba antes de matar. Y cuando lo oyó, por más que hizo para apartar el pánico de su corazón, no lo consiguió, y murió. Aquel pobre Roy, el muchacho a quien mató en la taberna, estaba medio muerto de terror cuando comenzó a silbar éste; estábamos inmovilizados por el terror cuántos en el pasillo escuchábamos cómo silbaba y lo mataba después. Mató a otros “gangsters” antes que a Roy por el terror que inspiraba, no como hombre, sino por ese espantoso choque psicológico de su silbido antes de matar. Ahora no silba y puedo matarlo. Ya está lejos para hacerlo desde aquí...».

Y vió, sin salir de su escondrijo, tal que si allí estuviese atado, cómo Bossatti estaba recorriendo las fachadas del edificio, buscando por donde penetrar en el interior. Tanteaba las ventanas del piso bajo, las dos puertas, y volvía a empujar quedamente. Encontró, al fin, el ventanal entreabierto, que lo había dejado así Ray para salir al parque. Se quedó un poco sorprendido, empujando las hojas con gran precaución hacia adentro. Volvió la cabeza a un lado y otro, desconfiado, quizá temeroso de que aquello fuese una trampa para hacerle acudir precisamente a aquel lugar del edificio y hacerle caer acribillado a balazos.

«Si fueses una persona en tu cabal juicio —pensó Ray, viéndole indeciso—, no entrarías por esa ventana. Yo nunca lo haría. ¿Qué puede haber tras una sola ventana abierta, sino la emboscada, la espera sigilosa a que asomes para sacudirte un tiro en la cabeza? Sin embargo, vas a entrar, porque tu mente no ve sino que por ahí puedes llegar hasta el objeto ansiado. Si entra, y va a entrar, ¿qué

va a hacer, mientras yo estoy aquí inmovilizado por el terror? Elisa, Broome, están durmiendo, confiados en que una docena de agentes vigilan aquí. Les engañé, y ni siquiera yo valgo para hacer lo que esos agentes harían si estuviesen. Le he visto llegar y no le he matado. Ahora va a entrar para asesinar a Elisa y a su padre, y yo oiré su silbido de muerte y cómo me busca después de haber matado a esas dos queridas personas, que duermen confiadas, porque yo las engañé. ¡Va a saltar por la ventana, a desaparecer de mi vista, a matar!...».

Bossatti, en efecto, adoptando mil precauciones, había dado un salto y estaba ya de rodillas sobre el alféizar del ventanal, mirando hacia adentro, con el cuchillo en la mano derecha. Demostraba con ello un valor fuera de todo raciocinio, un febril estado de impaciencia por matar a Ray, que le impulsaba a hacer aquella acción, equivalente a un suicidio. Y el agente especial, temblando de ansiedad, solamente se había atrevido a incorporarse, asomando la cabeza por entre el matorral espeso en que se ocultaba. Temblaba su mano oprimiendo la pistola. Temblaba su cuerpo sobre las fuertes piernas de atleta, que ahora parecían las de un anciano temblequeante. Y su corazón, su fuerte y noble corazón, templado y firme siempre, le estaba fallando lastimosamente bajo una arritmia incontenible. Su sistema nervioso, destrozado, le volvía débil, egoísta, pasivo, llenándole de angustia por sí mismo, autocompadeciéndose con argumentos dictados por el pánico.

Bossatti ya estaba dentro del edificio. En el «*hall*», orientándose a la luz lechosa de la luna, seguramente. Llevado de su demencia, que le daba un valor espantoso, que Ray reconocía y temía. Pero había que ver lo que iba a hacer: escuchar lo que sucediese. Puesto que ya estaba dentro, podía ir él, Ray, hasta la ventana y observar, escuchar...

Salió de su escondrijo y avanzó sigilosamente por el claro, bajo la luz del astro de la noche. Se detuvo al escuchar cómo un ruiseñor hembra, piando desafortadamente en una rama sobre la que tal vez había un nido con sus crías, luchaba encarnizadamente contra un ululante mochuelo, que revoloteaba pesadamente, tratando de matar al pajarillo para luego devorar a las crías, que piaban angustiadamente.

Ray se sintió sacudido por un estremecimiento terrible. Rompió

a sudar, y algo extraño rugió en su pecho. Como si la rabia le quisiese ahogar...

Cogió una piedra y la arrojó fieramente contra el mochuelo, que estaba ya sobre la rama, tratando de atontar al ruiseñor con fuertes aletazos. Y le atinó con el proyectil, haciéndole huir rápidamente.

«Dios, ese animal me ha enseñado algo... Iba a morir, pero defendía a los suyos, sin importarle nada su sacrificio. Yo estoy dejando que Bossatti pueda asesinar a mi Lissa. Ya estará muy cerca de ella. Quizá habrá comenzado a silbar “Santa Lucía”. Morirá de terror cuando le vea y le oiga silbar...».

Se irguió, respirando con toda la fuerza de sus pulmones. Sintió que su corazón no fallaba ahora. Que sus nervios estaban tranquilos, aunque tensos, impeliéndole a actuar, a entrar en acción. Sintió deseos de matar, de hacerle pagar a aquel hombrecillo todo el pánico que le había hecho pasar. Y más que matarle, destrozarle, reducirlo a piltrafas, aplastando su corazón podrido.

Llegó hasta la ventana entreabierta. Escuchó durante unos segundos. Nada se oía adentro. Bossatti estaría ya buscándole. Iba a encontrar a Broome y a Elisa, y a él no. No importa; mataría a aquellos dos seres que ahora dormían tranquilamente, confiados en la vigilancia de doce fantasmas.

Brincó ágilmente y se puso de rodillas sobre el alféizar. Metió la pistola en la funda, bajo la axila.

Y saltó adentro. Iba descalzo y no producía el menos ruido.

El «*hall*». La difusa luz lunar iluminaba fantásticamente la gran estancia. La mesa central. Los sillones, cerca de la blanca chimenea. Las sillas adosadas a las paredes. Una mesita con bebidas, vasos, tabaco, revistas. Y la escalera, que arrancaba de allí. Monumental, con escalones de mármol y barandilla de hierro labrado.

En la escalera, un rumor, muy leve, de pasos. Casi al terminar el último de los tres tramos. De allí arrancaba el ancho pasillo, con las habitaciones que a él daban. Estaba, pues, muy cerca de sus víctimas.

De dos en dos, sin producir ruido, sin respirar apenas, subió Ray los escalones, pegado a la pared, escapando así a los rayos de la luna que penetraban por el ventanal. El primer tramo, el segundo, deteniéndose para escuchar... El tercero y al suelo, porque los pasos

de Bossatti sonaban muy cerca, sobre el «*parquet*» encerado del pasillo. Estaba a unas diez yardas de él, y si se volvía repentinamente y le veía, dispararía sobre él.

Le veía inclinado, tratando de hacerse más pequeño aún. Quizá como la fiera cuando se dispone a saltar. Vacilaba, no conociendo la distribución de la casa. Buscaba, ante todo, a Ray, con toda seguridad. ¿Dónde estaría metido? Veía el hombrecillo varias puertas cerradas y dudaba...

Estaba Ray a ocho yardas de Bossatti, tras una cortina, al principio del pasillo. Allí había más oscuridad, y no era fácil acertarle si pretendía disparar sobre él. Veía el pequeño bulto de su cuerpo inclinado, como escuchando.

«Me oye respirar, tal vez... Escucha y teme algo. No. Está escuchando y se acerca a la puerta de Lissa. ¡Pone su mano sobre el pomo y quiere abrir! Yo también oigo respirar a Lissa. Suspira la pobre. No podrá dormir bien, inquieta por esta amenaza que pesa sobre mí. Porque ella teme más por mí que por ella misma. Es valerosa. Seguramente haría lo que el ruiñeñor hembra... ¡Dios mío, va a entrar! ¡Ya silba!».

Bossatti, después de escuchar atentamente, con la mano izquierda cogió el picaporte de la puerta y comenzó a abrirla, empujando muy despacio hacia adentro. Y entre dientes comenzó a silbar aquella bella canción napolitana «Santa Lucía».

Ray se dobló sobre sus rodillas, espantosamente aterrado. Dejando la pistola entre el pecho y la camina, se llevó ambas manos a los oídos y apretó con tremenda fuerza para no oír silbar, cerrando los ojos nerviosamente.

Crujió un poco la puerta y Ray abrió los ojos. Quitó las manos de los oídos y oyó silbar a Bossatti, que entraba ya en la alcoba de Elisa.

Rugiendo de rabia, tan demente como el italiano, por el miedo, que lo lanzaba ahora a la acción desesperada, gritó con voz estridente, que resonó en toda la casa:

—¡Basta ya! ¡No me matarás!... ¡Aquí estoy!

Bossatti, que ya había cogido el cuchillo por la hoja, para lanzarlo sobre la dormida Elisa, se volvió como si le hubiese acometido una víbora por la espalda. Pero siguió silbando, agazapado, tratando de distinguir a Ray, que se le iba encima,

jadeando, rugiendo poderosamente.

Disparó el agente especial cuando estaba a tres yardas de Bossatti. Sobre el bulto que vió inclinado. Y oyó a Elisa lanzar un agudo grito de horror, saltando de la cama, envuelta en una ligera bata.

El agente especial, queriendo no oír a Bossatti, que silbaba, sonriendo demoníacamente, con el cuchillo en la mano derecha y la pistola en la otra, gritaba con todos sus alientos, buscando al escurridizo asesino. No halló ante él sino el vacío cuando, lanzado como una locomotora, llegó donde estuviera el hombrecillo. Sintió, en cambio, el frío siniestro del arma al hundirse en su antebrazo izquierdo.

—¡Cuidado, Ray! —gritó Elisa, en un rincón de la alcoba, espantada—. ¡Detrás de la cortina ésa!

—¡Voy! —tronó la voz de Broome, en el pasillo; y sus pasos de gigante, su respiración anhelante, mientras sonó el seguro de su pistola ametralladora al ser quitado con un movimiento seco—. ¡Hijos, dejadme que me vengue de ese animalucho asqueroso!

Ray, todo furor, aún más encorajinado porque Broome pretendiera quitarle su presa, fué de un salto hasta donde se ocultaba Bossatti. Partió de detrás de la cortina el cuchillo, como una flecha brillante, hacia el pecho de Elisa, que se encogió, lanzando un alarido de terror, cayendo después al suelo.

En la pared, vibrando como si tuviese vida, quedó el arma clavada a muy pocos centímetros de altura de donde estuviera la joven.

—¡Déjame, Ray! —clamó Broome, despeinado, los ojos saltones de horror y rabia—. ¡Las veinticinco balas se las voy a meter en el cuerpo! ¿Dónde está?

Ray y el anciano dispararon sus armas sobre la cortina. La pistola de Broome, soltando un chorro de fuego, con una rapidez espantosa. Ray, apuntando con cuidado.

Se abrió la cortina, y Bossatti, lleno de sangre el cuerpo, apareció ante ellos como una fiera acorralada. Tenía un rostro de facciones de muchacho bello, sin sombra de barba, con una nariz regular, labios rojos y bien delineados, mentón pronunciado y frente alta y noble. Sus ojos, profundamente negros, con pestañas inmensas y cejas pobladas, tenían una gran belleza meridional.

Solamente que en aquellas pupilas brillaba una llama siniestra, de locura homicida.

Broome se fue hacia atrás para poder seguir apuntando a Bossatti. Y Ray se adelantó, como celoso de que el viejo californiano quisiera matarlo antes que él.

Soltó la pistola y echó sus manos sobre los hombros del «gángster», aferrándolo con terrible furia. Lo levantó en vilo, mientras el hombrecillo pateaba desesperadamente y trataba de destrozarse la cara del joven con puñetazos secos y rotundos. Poseído por la locura, desarrollaba una fuerza insospechada, pese a tener en el cuerpo media docena de balas de grueso calibre.

—¡Tíralo al suelo y déjame! —aulló Broome, enfilando con su pistola ametralladora—. ¡Te está zurrando, idiota!

Ray, como insensible, apretaba contra su cuerpo el de Bossatti. Pecho contra pecho, los brazos de Ray, como ramas de una milenaria sequoia, aprestaban con fuerza espantosa, poco a poco, el cuerpo del bandido, que se debatía furiosamente, haciéndose por momentos su respiración más dificultosa.

—¡Déjale, Ray! —gritó Elisa, contemplando con terror cómo Bossatti iba destrozando el rostro de su novio a fuerza de puñetazos y arañazos.

Broome, de un lado a otro de ambos combatientes, trataba de aplicar la boca de su arma al cuerpo del hombrecillo sin matar a Ray.

—¡Es mío! —exclamó Ray, roncamente—. Aplastaré su corazón contra el mío.

La cintura de Bossatti parecía ahora como la de un niño recién nacido. Más encogida cada vez, como si fuese a partirse en dos. Broome y su hija, inmóviles ya, callados por la emoción, contemplaban la muerte del italiano, que respiraba peor a cada instante que pasaba. Ya no pegaba. Solamente trataba de desprenderse de Ray, apoyando en sus hombros sus manos ensangrentadas.

Algo en el cuerpo de Bossatti crujió siniestramente. Un chasquido, al que siguió otro y otro. Las costillas se le doblaban, primero, y después saltaban rotas, destrozándole el pecho interiormente.

Los antebrazos de Ray, el izquierdo manando sangre en

abundancia, apretaban implacablemente, haciendo resaltar los músculos hinchados, con las venas azules como pequeñas serpientes entrelazadas.

Se dobló hacia atrás el cuerpo de Bossatti, que aullaba de dolor. Otro crujido, aún más neto y horripilante. Fue cuando partió Ray su columna vertebral, apretando desesperadamente los brazos sobre la cintura de su enemigo.

La cabeza del italiano cayó pesadamente hacia atrás, como desnucado. Pendieron laciamente sus piernas, sus brazos, y Ray ya no tuvo entre sus brazos sino una especie de pelele sin vida, una pequeña, liviana y movediza masa de carne, huesos rotos y músculos flácidos. Pero siguió apretando, inconsciente de que lo había matado. Tal vez aún más furioso por la renuncia a luchar de Bossatti. Quizá más rabioso porque era muy poca una sola vida, la de su enemigo, para satisfacer su ansia de venganza, para hacerle pagar el cervical miedo que le había hecho pasar.

—Ya, Ray... —murmuró Elisa, con voz estrangulada por el espanto—. Déjale ya. Está muerto...

—Vamos, hijo —murmuró también Broome, tratando de arrebatarse el cadáver a Ray—. Es bastante horrible lo que ha pasado. Tíralo al suelo y ven que te curemos. ¡Vamos, Ray, vuelve en ti!

Ray, apretando desesperadamente contra su cuerpo el de Bossatti, que le inundaba de sangre, prorrumpió en sollozos y risas nerviosas. Y salió de la estancia con paso autómatas, apretado el cadáver contra él, riendo y llorando. Tras él, espantados, Broome y su hija, que no podían quitarle a Bossatti del mortal abrazo.

Llegó ante la ventana, abierta, del pasillo y se asomó a ella. Separó de sí a Bossatti y lo arrojó al parque con un gesto de absoluta insensibilidad.

Sonó el cuerpo del hombrecillo sordamente al estrellarse contra las losas de piedra que rodeaban el edificio.

Elisa se abrazó a Ray sollozando de alegría. Broome, un poco distante, les contempló largamente, emocionado.

—Lo mataste, querido de mi alma —dijo ella, besándole con cuidado en el rostro, lleno de heridas, verdugones y arañazos—. Pudiste con él, pese a todo...

—He sido tan valiente... como un ruiseñor hembra —murmuró él trabajosamente— cuando ataca a sus polluelos un mochuelo.

¡Qué cosas más... extrañas pueden enseñarle a uno a ser como es debido!

—Todo era debido a que te reconocías inferior a él, Ray. El oír silbar una canción, juntamente con una serie de actos, te produjo ese complejo de inferioridad ante él. Le tuviste miedo, aunque él siempre huyó de ti...

—He matado al Miedo, no a Bossatti —repuso él, estremeciéndose—. De ahora en adelante, a nada tendré pánico. Solamente... cuando tú te enfades conmigo.

—Eso será si no me quieres como yo te quiero a ti. ¡Bésame, descendiente de héroes espartanos!





¡EL TERROR GOBERNANDO UNA CIUDAD!  
¡RAFAGAS DE BALAS CONVERTIDAS EN LEYES!  
UN VALIENTE CONTRA LA CORRUPCIÓN!

Todo esto es

## Una ciudad abierta

La mejor novela surgida de la pluma del brillante  
autor EDDIE THORNY,  
próximo número de esta colección.

## Una ciudad abierta

En Norteamérica se llama «Ciudad abierta» a aquélla donde la lenidad de las autoridades consiente los juegos de azar, de los que chupa ávidamente toda una fauna de criminales. La Kansas City moderna es un juguete en manos de los politicastros y de los «gangs». El **Federal Bureau of Investigation** se ve obligado a intervenir y destituye a sus mejores agentes especiales con la famosa orden: «¡Vencer o morir!».

## Una ciudad abierta

es una historia tensa, emotiva  
y de un interés alucinante.

¡LLEVA LA MARCA DE LOS ÉXITOS:  
EDITORIAL ROLLANI

